Diego de Saavedra Fajardo

REPÚBLICA LITERARIA

Edición de

Francisco Javier Díez de Revenga

REAL ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO

Diego de Saavedra Fajardo

REPÚBLICA LITERARIA

Edición conmemorativa de la

LV Asamblea de la CECEL

(Confederación Española de
Centros de Estudios Locales)

Murcia, 26-28 de septiembre de 2008

Diego de Saavedra Fajardo

REPÚBLICA LITERARIA

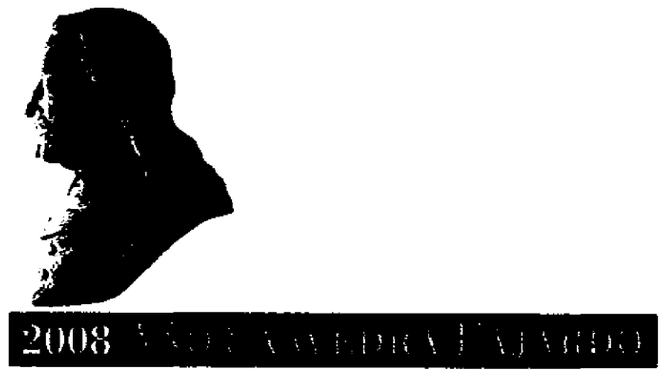
Edición de
Francisco Javier Díez de Revenga

REAL ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO

CLÁSICOS MURCIANOS

6

En esta edición ha colaborado



ORGANIZAN Y PATROCINAN

Región de Murcia

OBRAS SOCIALES

y la
Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas
Consejería de Cultura, Juventud y Deportes

© De la introducción, Francisco Javier Díez de Revenga, 2008.
Edición de la Real Academia Alfonso X el Sabio
Avda. Alfonso X el Sabio, 9 - 30008 MURCIA

Portada: José Lucas, *Saavedra Fajardo.*

I.S.B.N.: 978-84-96308-57-2
Depósito Legal: MU-1.696-2008
Imprime: Selegráfica, S. L.
P. I. Oeste. C/. Uruguay, parc. 23/2. San Ginés (Murcia).

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

República literaria

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA 11

REPÚBLICA LITERARIA..... 63

APÉNDICE..... 147

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

Saavedra Fajardo, testigo de un mundo crepuscular

La personalidad de Diego de Saavedra Fajardo hay que situarla en la España y en la Europa controvertida de su tiempo. La España de la época era de los reinados de Felipe III y Felipe IV, cuyos intereses defendió en diversas cortes europeas desde los diferentes escalones de una brillante carrera diplomática. La Europa era la de la Guerra de los Treinta Años, la que marcó el declive exterior de la monarquía española, frente a los intereses de la cada vez más poderosa Francia, que culminaría en la época del cardenal Richelieu. En el marco de este contexto trascendente se desarrolla la vida de Diego de Saavedra Fajardo y también su singular obra literaria, que hemos de enmarcar no en el campo de la literatura de creación sino en territorios de literatura doctrinal, ya que la figura de Saavedra Fajardo no responde al concepto habitual del escritor de su tiempo y su peculiaridad reside precisamente en la variedad de reclamos literarios que adornan su obra.

Diplomático de profesión, y con un largo ejercicio de la misma en diversos países de Europa, Saavedra es escritor político, crítico literario, poeta, filósofo, jurista, y quizá por esta variedad no se ajusta su personalidad al prototipo del escritor de creación que hoy capta la preferencia del público lector. A cambio, sus obras mantienen una insólita vigencia y despiertan el interés de los lectores, sin decaer al paso del tiempo, en sectores intelectuales de diferente origen, ya sean

historiadores, filósofos, estudiosos de la historia política y diplomática, juristas de diversas ramas del Derecho, estudiosos de la historia del arte y —naturalmente— críticos y estudiosos de la literatura tanto en el campo de la teoría como en el de la historia literaria. En estos últimos ámbitos —los estrictamente literarios— interesa no sólo su escasa obra de creación, constituida por un breve pero sustanciosa obra poética tanto en latín como en castellano, sino también, —y en una medida aún mayor— su obra de crítica y teoría de las letras, su *República literaria*, cuya amenidad y curiosidad pueden ser motivo del interés de algunos lectores.[1]

Pero es su obra maestra la que se vincula con una mayor facilidad a su valiosa personalidad cultural. Sus *Empresas políticas*, que se titularon *Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien Empresas*, se constituyen en la obra del ingenio murciano que concita mayores devociones al ser una creación de gran dimensión intelectual, tanto por la riqueza y solidez de su contenido como por la brillantez de la exposición, el rigor de construcción, la variedad de sus fuentes informativas y la inteligencia y carácter empírico de sus planteamientos y soluciones de tipo político. En su *Idea de un príncipe político-cristiano*, Saavedra consigue lo que pocos escritores en su tiempo: aunar en una obra literaria la información obtenida a través de los libros y la conseguida en la experiencia diaria, en la práctica habitual de su labor de diplomático, aprendida en los foros más adversos y difíciles de su tiempo: la Santa Sede y las cortes alemanas del Imperio[2].

---

[1] Ver Diego Saavedra *Empresas Políticas*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Barcelona, Clásicos Universales, Planeta, 1988, y bibliografía en esta edición recogida.

[2] Véase, sobre todo, Conde de Roche y Pío Tejera, *Saavedra Fajardo, sus pensamientos, sus opúsculos, precedidos de un discurso preliminar*, Madrid, Fortanet, 1884; Ángel González Palencia, «Estudio preliminar», Diego de Saavedra Fajardo *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1946, y

Patria, estudios, destinos en Italia

Nació Diego de Saavedra Fajardo en las proximidades de la ciudad de Murcia, posiblemente en una quinta cercana a Algezares o a La Alberca y fue bautizado en la iglesia de Santa María de Loreto de Algezares el día 6 de mayo de 1584. Dalmiro de la Válgoma [3] estudió la genealogía de las familias nobles de Murcia a las que perteneció don Diego, sobre todo la materna, la de los Fajardo, que enlaza con los marqueses de los Vélez y con importantes figuras de la historia murciana de los siglos XIV, XV Y XVI.

Su padre era don Pedro de Saavedra y Avellaneda y su madre doña Fabiana Fajardo Brián. Fue el menor de los cinco hijos del matrimonio, tras Pedro, Juan, Constanza y Sebastián. Por su condición de segundón fue destinado a realizar estudios de letras que quizá comenzaría, aunque no se ha podido documentar tal extremo, en el seminario de Murcia, pero a partir de 1600 se encuentran estudiando en la Universidad de Salamanca Jurisprudencia y Cánones. Se graduó bachiller el 21 de abril de 1606 y no se sabe si obtuvo una titulación más alta, aunque es posible que la alcanzara ya que en ocasiones es denominado Licenciado y más aisladamente Doctor. Lo más probable es que entre 1606 y 1608 trabajase como pasante en Salamanca y, al terminar la pasantía, obtuviese el título de Licenciado. Tampoco existe documento alguno que demuestre su condición de sacerdote, aunque posiblemente lo fue, debido a que en su testamento deja sus

---

Vicente García de Diego, «Prólogo», Diego de Saavedra Fajardo, *República literaria*, Madrid, Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, 1956, ya que realizan los estudios biográficos más completos sobre el autor. Véase también Francisco Javier Diez de Revenga, *Saavedra Fajardo*, Cuadernos Bibliográficos, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1977.

[3] Dalmiro de la Válgoma, *Los Saavedra y los Fajardo de Murcia*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1957.

ornamentos sagrados a la iglesia de San Pedro de Murcia. Es seguro que alguna orden tenía, quizá órdenes menores, ya que firma con el título de capellán habitualmente.

En 1610, posiblemente en junio de aquel año, según conjetura con suficiente convicción Quintín Aldea,[4] debió de llegar Saavedra a Italia por primera vez. Quizá había partido el 17 de mayo en el séquito del nuevo Virrey de Nápoles, el conde de Lemos, en el que figuraron otros intelectuales de la época como los poetas hermanos Lupercio Leonardo y Bartolomé Lenorado de Argensola y el dramaturgo Antonio Mira de Amescua. La fecha del 1610 se ha tenido comúnmente entre los estudiosos de Saavedra como la del comienzo de su vida y de su trabajo en Italia que se desarrollaría en aquellas tierras hasta 1630, veinte años en los que se forjó una importante carrera como diplomático y como gestor de los intereses nacionales en territorios extranjeros.

Su primer cargo importante lo desempeña a partir de 1612 como familiar y secretario de cifra del embajador de España ante la Santa Sede, el cardenal don Gaspar Borja y Velasco, tercer hijo de los sextos duques de Gandía y perteneciente a una de las familias más respetadas en la política y en la diplomacia tanto española como pontificia. Junto a este importante personaje aprendería don Diego muchos de los secretos y muchas de las habilidades de las que luego daría, a lo largo de su vida profesional y de su obra política, tan buena cuenta.

De 1612 son las primeras obras literarias que conocemos de Saavedra. Escritas en latín y en castellano, son unas poesías que figuran al frente del libro *Desengaños de Fortuna* de Gutierre Marqués de Careaga. Luego, habrían de aparecer más poemas de este tipo suyos en otros libros en los años

---

[4] Diego de Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, edición de Quintín Aldea Vaquero, Madrid, Editora Nacional, 1977, I, pág. 10 y siguientes.

siguientes. Así, al frente de las *Tablas poéticas* de su paisano el Licenciado Francisco Cascales se imprimirá un epigrama latino firmado por Saavedra, y de 1612 es también el primer manuscrito que se conoce de la que fue su obra primigenia, la *Republica literaria.*

Por un memorial escrito por el propio Saavedra en 1644, sabemos que se encargó de los negocios de Nápoles y Sicilia durante cinco años, es decir entre finales de 1612 y 1617. Por estas fechas su nombre aparece en diferentes documentos de interés. Consigue, en 1617, una canonjía de la Catedral de Santiago de Compostela, que no llegó a desempeñar por permanecer en Italia, y en consecuencia, hubo de renunciar en 1621. Por otro lado, sus destinos marchan junto al Cardenal Borja, entre 1617 y 1623 en la embajada romana como secretario de cifra y provisionalmente, en Nápoles, como secretario de Estado y Guerra, cuando a su superior lo nombra Felipe III Virrey de Nápoles en sustitución del Duque de Osuna.

Con el cardenal, vuelve a Roma y participa en los cónclaves en los que fueron elegidos papas Gregario XV (1621) y Urbano VIII (1623). En 1622 había estado brevemente en Madrid. A partir de esta fecha, la fama de nuestro diplomático alcanzará dimensiones notables, a juzgar por los ascensos y premios que va recibiendo en su carrera. En 1623 es nombrado Procurador y Solicitador de Su Majestad en Roma, por lo cual levanta su casa de Madrid y se avecina definitivamente en la Ciudad Eterna, y en 1627, el papa Urbano VIII le concede otra canonjía, la de Chantre de la Catedral de Murcia, de la que tampoco podría posesionarse y habría de renunciar.

En 1630 lo encontramos en Madrid, en misión secreta, para investigar las actividades de la curia romana en relación con la Nunciatura de Madrid. En marzo de 1631, todavía en Madrid, escribe al Ayuntamiento de Murcia, con el que siempre mantuvo excelentes y permanentes relaciones,

recomendándole que construya, tal como él había visto en los ríos de Lombardía, en sus viajes por Italia, un canal navegable, paralelo al río Segura, que una la ciudad con Orihuela y Guardamar, para que el comercio murciano se mejorase con una salida al Mediterráneo.

Y por estos años empieza a tenerse noticia de nuevos escritos, esta vez ya carácter político. El 1.° de febrero de 1630 dedica a don Gaspar de Guzmán su primera obra en prosa, una especie de adelanto de las *Empresas*, que no llegaría a publicarse en aquella época y no aparecería hasta el siglo XIX: *Introducciones a la política y razón de estado del rey católico don Fernando*. El 29 de diciembre también de 1630 fecha su *Indisposizione generale della monarchia de Spagna*, en Madrid. Otra vez en Roma, interviene para calmar los ánimos en el conflicto surgido entre el Papa Urbano VIII y el embajador español, el cardenal Borja, cuando éste reclamó al Papa ayuda económica para los ejércitos católicos en su lucha contra los suecos, muy fuertes y victoriosos en ese momento, cuestión que se habría de complicar aún más al designar el rey, con carácter extraordinario, otro embajador de España ante el Papa, el Marqués de Castel Rodrigo.

La cuestión no se resolvería sino con la salida del Cardenal hacia España, donde alcanzaría muy importantes cargos políticos. Pero Saavedra ya había marchado de Roma, dos años antes, con nuevos destinos en Centroeuropa. Se había despedido de sus superiores, había sido recibido por Urbano VIII en Castel Gandolfo y había partido hacia Baviera pasando por Milán. Allí coincide con la comitiva del Cardenal-Infante don Fernando, que debió causarle mucha impresión por su boato, tal como han señalado sus biógrafos y posiblemente el despliegue por calles y plazas de la comitiva, los arcos triunfales llenos de emblemas, símbolos y lemas, hubieron de influir en su imaginación y en la concepción, que ya debía de estar cavilando, de las *Empresas*.

Saavedra en Europa central

Es, por tanto, a partir de 1633, designado ya Residente ante Maximiliano de Baviera, cuando se desarrolla la actividad europea más intensa de Don Diego. Al llegar a Braunau, lugar de residencia del Duque bávaro, los conflictos entre los poderosos del imperio alemán son muchos, ya que se hallan divididos entre los partidarios de la Contrarreforma y aliados de Francia (El Duque de Baviera era uno de ellos, por lo que sus territorios habían sido invadidos por el rey de Suecia) y los que no lo eran, entre ellos el jefe del ejército imperial, el poderoso General Wallestein-Duque de Friedland, que luego sería asesinado en 1634 y, muchos años después se convertiría en el protagonista de una trilogía dramática de Federico Schiller.

La intención de la cancillería de Felipe IV era españolizar la política del Duque bávaro, gestión que le fue encomendada a Saavedra. En 1634 se daría la importantísima batalla de Nördlingen, decisiva para el desarrollo de la guerra de los Treinta Años, entre el ejército sueco y las tropas católicas del cardenal-infante y su cuñado el rey Fernando III de Hungría y Bohemia y Archiduque de Austria, que más tarde llegaría a ser emperador de Alemania (1636). A esa elección, celebrada en la Dieta de Ratisbona (Regensburg) asistiría Saavedra Fajardo.

De la importancia diplomática de su actividad durante este tiempo dan buena cuenta los diferentes estudios publicados en torno a las gestiones vitales para la corona española por parte de Saavedra Fajardo, especialmente los libros de Fraga Iribarne y de Quintín Aldea.[5] Y también quedan testi-

---

[5] Manuel Fraga Iribarne, *Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*, Murcia-Madrid, Academia Alfonso X el Sabio-Ministerio de Asuntos Exteriores, 1956. Y Quintín Aldea Vaquero, *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo*, Madrid. CSIC, 1987.

monios de este interés en los diferentes textos realizados por Saavedra de carácter más o menos literario, en los que se percibe su buen conocimiento del terreno y sus cualidades como diplomático y gestor. Entre estos papeles, caben citarse la *Respuesta al manifiesto de Francia*, de 1635, en la que Saavedra, como réplica a la declaración francesa de guerra contra España de aquel año, publica este escrito fingiendo ser un caballero francés dirigiéndose a su rey; el *Discurso del estado presente de Europa*, de 1637, escrito en Ratisbona; o el *Dispertador de los trece cantones esguízaros*, de 1638. Ese mismo año da a conocer la *Relación de la jornada del Condado de Borgoña*, informe sobre la misión de paz que le había llevado al Franco Condado aquel año, muy activo para él, ya que ese mismo 1638, en abril, había estado en Mantua para llevar a cabo unas también delicadas negociaciones ante la duquesa de Mantua.

Edición de las *Empresas*

Entre 1638 y 1642 participó nueve veces como embajador plenipotenciario en las dietas de los cantones suizos. De todos estos años, el más importante para nuestro diplomático fue 1640 y no sólo porque había de ser ascendido por Felipe IV al cargo de Plenipotenciario por el Círculo de Borgoña en la Dieta Imperial de Ratisbona, sino porque el día 10 de julio, en Viena, firmaría la dedicatoria de sus *Empresas políticas*, que habrían de ver la luz, antes de fin de año, en Munich.

En su introducción «Al lector», nuestro escritor explica cómo la obra surge en los pocos ratos libres que le deja su trabajo de diplomático: «En la trabajosa ociosidad de mis continuos trabajos por Alemania y por otras provincias pensé en esas cien *Empresas* que forman la *Idea de un príncipe político-cristiano*, escribiendo en las posadas lo que

había discurrido entre mí por el camino, cuando la correspondencia ordinaria de despachos con el rey nuestro señor y sus ministros, y los demás negocios públicos que estaban a mi cargo, daban algún espacio de tiempo [...] No escribo esto, oh lector, para disculpa de errores, porque cualquiera sería flaca, sino para granjear alguna piedad de ellos en quien considerare mi celo de haber, en medio de tantas ocupaciones, trabajos y peligros, procurado cultivar este libro, por si acaso entre sus hojas pudiese nacer algún fruto, que cogiese mi príncipe y señor natural, y no se perdiesen conmigo las experiencias adquiridas en treinta y cuatro años que, después de cinco en los estudios de la Universidad de Salamanca, he empleado en las cortes más principales de Europa, siempre ocupado en los negocios públicos, habiendo asistido en Roma a dos cónclaves, en Ratisbona a un convento electoral en que fue elegido Rey de Romanos el presente Emperador; en los cantones Esguízaros a ocho dietas, y últimamente, en Ratisbona, a la dieta general del Imperio, siendo plenipotenciario de la serenísima casa de Borgoña. Pues cuando uno de los advertimientos políticos de ese libro aproveche a quien nació para gobernar dos mundos, quedará disculpado mi atrevimiento».

El destinatario no era otro que el hijo de Felipe IV, el velazqueño príncipe Baltasar Carlos que, muerto aún niño, no llegaría a reinar en España. Mientras corregía las pruebas de imprenta que le llegaban desde Munich, en el último trimestre de 1640, otra buena noticia venía a premiar sus trabajos en favor de España: el rey le concede por Real Decreto de 28 de septiembre y Real Cédula de 12 de octubre el hábito de Caballero de la Orden de Santiago, que no llegó a tiempo de incluir entre sus títulos en la primera edición de las Empresas que terminaba de imprimir cuando conoció la noticia. Sí lo haría constar en la edición de Milán de 1642.

A partir de 1640, Saavedra trabajaba en otras obras suyas. Amplía por este tiempo la redacción inicial de la

República literaria y prepara personalmente la segunda edición de las *Empresas políticas*, que habrá de corregir sustancialmente, para lo que cambia de editor y elige uno, muy prestigioso, de Milán. Trabaja en estos años también en *Las locuras de Europa*, que no verían la letra impresa hasta el siglo siguiente, en 1748, y en 1645 fecha la dedicatoria de su *Corona gótica*, una obra escrita en plenas negociaciones de Münster para ganarse la amistad de los suecos, descendientes como nosotros de los godos.

Saavedra jugaría la carta sueca en esos momentos frente a los franceses. Entabló buena amistad con el embajador sueco Rosenham y con él llegó a proyectar la boda del rey Felipe IV, viudo en ese momento, con la mítica reina Cristina de Suecia. La *Corona gótica* será, pues, otro de sus libros escrito sobre el terreno y con fines muy concretos. Tan febril e inagotable actividad no impide, sin embargo, el ejercicio de importantes cargos profesionales, entre los que destaca el que fue más importante de su vida, su nombramiento en 1643 de Ministro Plenipotenciario en el Congreso de Münster, que habría de acordar la paz de Westfalia, final de la Guerra de los Treinta Años. En 1643 lo encontramos en Madrid, antes de recibir este nombramiento. Aprovecha su estancia para tomar posesión, en enero, de su cargo de Consejero de Indias, para el que había sido nombrado en 1635.

Mientras, en Europa, las potencias se aprestan a encontrar una salida para el ya largo conflicto bélico que asola las principales naciones del continente. El emperador decide impulsar un congreso de paz, que se desarrollaría en Münster para los católicos e imperiales y los franceses y en Osnabrück para los imperiales, protestantes y suecos. Se nombra a Saavedra plenipotenciaro y se despacha su credencial el 11 de julio. Nuestro diplomático realiza un penoso viaje desde Madrid, enferma durante el mismo y no se le permite detenerse en el París de Richelieu, quien no le dio más tiempo que para oír una misa en los Cartujos. Llega enfermo a Bru-

selas, pasa allí algún tiempo bajo los cuidados de buenos amigos (el médico Jean Jacques Chifflet, gran amigo de España y el célebre Enrique Dupuy, Henriech van den Pute), quien dejará testimonio en sus escritos de su admiración hacia Saavedra y de su confianza en el acierto de su nombramiento como Plenipotenciario.

Saavedra en Münster

Llegaría a Münster, sin recuperarse del todo, el 20 de noviembre de aquel año. Quintín Aldea, uno de sus mejores biógrafos, se refiere a lo triste de esta última empresa del diplomático murciano: «De esta fecha hasta su vuelta a Madrid en 1648 corren los cuatro años más tristes de la vida de don Diego, reflejo del lánguido crepúsculo de aquel atardecer de España. Si la vida de Saavedra fue siempre soldada a la existencia de aquella España contrarreformista, en ningún momento se identificó tanto con ella como en estos infaustos años del fin de su vida, y hasta el mismo año de su muerte coincidió, para mayor simbolismo, con el de la paz de Westfalia, que fue el final de la hegemonía española en Europa y el cambio de rumbo de la Modernidad». [6]

Sus actuaciones en Münster fueron difíciles y no siempre bien comprendidas. Frente a los franceses era enérgico y su inmediato superior, el marqués de Castel Rodrigo, llegaría a preocuparse por la vehemencia con que llevaba las negociaciones. En Madrid empezaron a minarle su crédito político, y en abril de 1646 es relevado de su cargo, por lo que regresa a España. En agosto sería nombrado Introductor de Embajadores y ocuparía el cargo de Consejero de Indias, aunque tenía casa propia en la calle del Pez. Se estaba pre-

---

[6] Quintín Aldea Vaquero, edición citada, p. 26.

parando una residencia en el Convento de los Agustinos Recoletos de Madrid, cuando le sobrevino la muerte el 24 de agosto de 1648.

Sus restos descansarían en ese convento hasta que fueron profanados cuando la invasión napoleónica en busca de algún tesoro. Posteriormente, tales restos mortales vivirían, curiosamente, una ajetreada existencia acorde con la que su dueño experimentó en vida. Serían utilizados como símbolo en honras fúnebres en el propio convento —parece como si el mismo Saavedra se convirtiera con su propia calavera en una *Empresa*, similar a la número 101, que cierra la *Idea de un príncipe* con el lema de «Ludibria mortis»— y, a partir de la desamortización de Mendizábal, serían trasladados a la iglesia de San Isidro de Madrid, donde permanecerían en la cajonería de la Sacristía suponiéndose que eran los de Cervantes por estar inscrita en ellos la palabra «Saavedra», hasta que, rescatados en 1884 por celosos murcianos, serían trasladados a la catedral de Murcia, en donde reposan definitivamente, y a partir de entonces, con la dignidad de quien fue figura excepcional en su tiempo. Cuando tales restos se encontraban aún en los Agustinos, se cuenta que un hispanista inglés que visitaba el convento con su hijo, le pidió a éste que sostuviera la calavera y le dijo: «Toma, para que digas que has tocado con tus propias manos el cráneo del primer político de esta nación y uno de los mayores ingenios de su siglo».

La obra literaria

La primera obra publicada por Saavedra Fajardo fue las *Empresas políticas*, pero sabemos que no fue la primera que escribió. En 1631 había redactado las *Introducciones a la política y razón de Estado del rey Don Fernando*, que no verían la publicación hasta la segunda mitad del siglo

XVIII, y se supone que realizó una primera redacción de la *República literaria* muchos años antes, en 1612.

Las primeras obras que conocemos impresas de don Diego son poesías que aparecieron en diferentes libros de la época, algunas de ellas escritas en latín. Son todas ellas composiciones de circunstancias, en su mayor parte laudatorias —es decir, situadas como elogio al frente de un libro escrito por un contemporáneo— o funerarias, aparecidas en certámenes de poetas reunidos con motivo de la muerte de un personaje real o principal. En el caso de Saavedra Fajardo, sus poemas fúnebres aparecieron en Roma en 1612 en una colección de este tipo dedicada a la muerte de la reina Margarita de Austria. Entre los dedicados a sus amigos, podemos destacar el poema latino que escribió para las *Tablas poéticas* de su paisano y admirador Francisco Cascales, aparecido el libro en 1614. Bastantes años más tarde daría a conocer otro poema de circunstancias, publicado en el libro de elogios a Felipe IV, el *Anfiteatro de Felipe el Grande*, en el que colaboraron otros ingenios del Madrid de 1631, como Quevedo, Ruiz de Alarcón, Calderón de la Barca, etc.

Sin embargo, las poesías más significativas y valiosas de Don Diego no fueron ninguna de las señaladas, sino dos sonetos que se han hecho particularmente famosos. Están integrados, respectivamente, en sus dos mejores obras: la *República literaria* y las *Empresas*. El de la *República* es el titulado «A una fuente» y es un típico soneto, todavía muy renacentista, de carácter moral en el que se fomenta la candidez o sinceridad, poniendo como ejemplo la claridad de una fuente en un paisaje muy idílico. Podría ser una muestra juvenil del estilo poético de Saavedra.

En cambio, el de las *Empresas*, titulado «Lubidria mortis» («Los ultrajes de la muerte») es de contenido y de forma muy barrocos. Se puede relacionar con la serie de sonetos desengañados ante las riquezas del mundo y ante el poder

temporal de los gobernantes o, de una forma más amplia, ante la vitalidad y juventud ya desaparecidas, tales como el «Miré los muros de la patria mía» de Quevedo o el titulado «A una calavera de mujer» de Lope de Vega.

La *República literaria* [7] es una obra de crítica de libros realizada bajo un planteamiento simbólico o alegórico muy bien construido. Con dos redacciones bastante diferentes, que podrían ser de 1612 y de 1640, aproximadamente, no se imprimió hasta 1670. La obra es una sátira de la ciencia y de la cultura libresca propia de un estudiante de la Universidad de Salamanca que, cansado de los libros, crea para ellos y para sus autores una vida de ultratumba que descubrimos en un relato bastante ameno y divertido. Saavedra lleva a cabo la relación de un sueño que le conducirá a un mundo de ficción, el mundo culto que va a satirizar. Se encuentra ante las murallas de una ciudad, quizá Salamanca, y tras ellos ante una urbe poblada por los ingenios más significativos de las artes, las letras, la filosofía y las ciencias, agrupados por su actividad y situados en diferentes lugares según su oficio o arte. Se hace acompañar el visitante, siguiendo la tradición de este tipo de obras alegóricas, de un guía que le informará de las diferentes estancias y personajes que van encontrando en su visita. En el caso de Saavedra, de dos guías se sirven sucesivamente: de Marco Varrón y de Vergilio Polidoro. Se trata de una experiencia bastante distinta del resto de la obra de Don Diego, ya que, lejos de grandes planteamientos históricos o políticos, aquí tan sólo se lleva a cabo una sátira libresca, en la que se elaboran

---

[7] Ver Diego de Saavedra Fajardo, *República literaria*, edición de José Carlos de Torres, Barcelona, Plaza & Janés, 1985. Y Alberto Blecua, *Las Repúblicas literarias y Saavedra Fajardo*, discurso de recepción, Barcelona, Academia de Buenas Letras, 1984. También *El Crotalón. Anuario de Filología Española*, 1, 1984. Y recientemente recogido en *Signos viejos y nuevos. Estudios de historia literaria*, Barcelona, Crítica, 2006.

importantes y severos juicios sobre muchos escritores de la época y más remotos, lo que nos da una imagen de la gran cultura de Saavedra y de su conocimiento de la bibliografía de la época. Cultura libresca de la que luego hará gala, de forma muy precisa y a través de las constantes citas de autores antiguos y modernos, en las *Empresas políticas*.

Ya sabemos las circunstancias históricas en que se produce la *Corona gótica*, que aparecería en Münster en 1648, en plenas negociaciones de la Paz de Westfalia. Si en las *Empresas* había llevado a cabo una obra de carácter teórico, en la *Corona* pretende revelar la práctica de esta teoría a través de la historia. Su proyecto consistía en que tras el estudio de la monarquía goda en España, habrían de seguir la «castellana» y la «austriaca» hasta llegar a los propios días de don Diego.

De hecho, él no pudo ver terminada su obra, que sería continuada en las partes castellana y austriaca por Alonso Núñez de Castro. Se ha asegurado que esta obra no es buena y que supone el fracaso de Saavedra como historiador, él que había sido tan elogiado, y lo sería durante siglos, como teórico y tratadista político. No fue capaz de entender la historia con una visión moderna que ya se practicaba en las comunidades cultas del siglo XVII y se basó en los falsos cronicones para muchos de los asuntos por él tratados.

Significado de las *Empresas*

Dejando aparte otras obras menores, la que sobresale por su extraordinaria calidad es la *Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas*, obra maestra de don Diego. Se trata de un libro o manual de educación de príncipes compuesto de cien capítulos —ciento uno, en realidad—, en los que se van tratando todas las cuestiones que el príncipe puede llegar a encontrarse cuando ejerza como rey y sea dueño absoluto del poder.

Muy bien informado por las numerosas lecturas de tratadistas políticos de que hará alarde, Saavedra se vale también, como una de sus fuentes más preciosas, de su propia experiencia personal, que a la altura de 1640 es mucha y de gran valor político. Para que el príncipe comprenda bien los preceptos que Saavedra quiere inculcarle y para que vea con claridad los peligros del ejercicio del poder, nuestro autor se vale de un recurso literario y plástico ciertamente bastante extendido en tratados de educaciones diversas —principalmente de carácter moral— por toda Europa. Se sirve, en efecto, de unos emblemas o empresas, unos dibujos de contenido simbólico en los que se condensa la enseñanza política de cada capítulo que se resume con un lema habitualmente latino. Todas las ediciones de Saavedra Fajardo contaron, pues, con una hermosa colección de dibujos de una gran belleza plástica, tales como los de la segunda edición, la famosa de Milán, 1642, o los de las flamencas que se multiplicaron en lo que quedaba de siglo.

Las *Empresas* han sido muy valoradas desde diversos puntos de vista, como ya tenemos señalado, pero no es el menor el estrictamente literario, a pesar de no ser una obra de creación. Pero en las *Empresas*, como estudió Baquero Goyanes,[8] se descubren todas las raíces más sólidas de la literatura y la cultura barrocas: el desengaño, el perspectivismo óptico y moral, los recursos visuales, los paralelismos y las antítesis, la simbolización moral, así como temas literarios muy integrados en la literatura de este tiempo: el desprecio del mundo y la miseria de la condición del hombre, la consideración del mundo como gran teatro, los ultrajes de la muerte y la pérdida de la juventud y la lozanía, la cuna y la sepultura, la presencia del tiempo, los engaños y disfraces, los trampan-

---

[8] Mariano Baquero Goyanes, *Visualidad y perspectivismo en las «Empresas» de Saavedra Fajardo*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1969.

tojos, los espejos, la falsedad de las apariencias. Sólo la inteligencia, el ingenio, la reflexión y la autenticidad sirven para conducir al príncipe por este mundo engañoso y lleno de peligros, simbolizados por multitud de objetos de raíz literaria, que aparecen dibujados en cada una de las empresas.

Desde el punto de vista político, Saavedra es hombre muy de su tiempo. Concibe la política con un carácter providencialista y con una gran deuda al valor de la historia para la formación del príncipe. Practica rendidamente admiración constante hacia Tácito como historiador político y de hecho el escritor latino es el más citado por Saavedra, más aún que la Biblia o que todos los demás autores juntos. Se refiere a la razón de Estado como uno de los principios más discutidos de los teóricos de la época y se sitúa frente a Maquiavelo, como muy bien acertó a observar Azorín,[9] aunque sin definirse, y finalmente se considera ante todo hispanista, es decir defensor de España y de lo que la monarquía española supone en el concierto de las naciones.

Por suerte para él no llegó a conocer con claridad las consecuencias de la Paz de Westfalia, cuyo acuerdo no suscribió por haber cesado en sus responsabilidades antes de 1648. En las *Empresas* quedó el modelo teórico. La historia se encargaría, con su lección desengañada, de impedir la realidad y el vigor de un riguroso e ilusionado proyecto político.

Espíritu de su tiempo

Fue Saavedra Fajardo reflejo del espíritu de su época. Señala Fernández Carvajal que sus estudios en Salamanca a partir de 1600 le incardinan culturalmente con «la que podríamos llamar generación del Conde-Duque, nacido en 1587;

---

[9] Ver Azorín, *Saavedra Fajardo*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 1993.

generación que llega a su plenitud en el reinado de Felipe IV y sobre la que gravita el gran tema de la crisis de la hegemonía de España».[10] El soneto que cierra sus *Empresas*, bajo el lema de «Ludibria mortis», «Los ultrajes de la muerte», con sus columnas truncadas y arrojadas por el suelo junto a la corona, es representativo, como el «Miré los muros de la patria mía» de Quevedo, de un tiempo y un espíritu singulares. Como tantos otros de su misma edad, le corresponde llegar al final de una época que había sido brillante.

Cuando Saavedra nace en las proximidades de Algezares en 1584, fray Luis de León publicaba *Los nombres de Cristo*, y un año después Cervantes vería impresa su primera novela, *La Galatea*. En ese mismo año, su admirador y paisano Francisco Cascales estaba en Flandes sirviendo al rey. Cuando en 1606 nuestro autor recibía su graduación en la Universidad de Salamanca, Cervantes ya había publicado, el año anterior, su primer *Quijote*. Polo de Medina, otro de sus grandes admiradores y coterráneo fiel, había nacido en 1603. Durante su larga estancia en Roma, entre 1606 y 1633, se desarrollan en España los principales acontecimientos que dan forma a la literatura de nuestro Siglo de Oro. Los grandes escritores han publicado sus mejores obras y Cervantes ha muerto en 1616. Góngora en 1627. Cuando Saavedra asiste en Ratisbona a la elección de Fernando III como rey de romanos en 1636, ya había muerto Lope de Vega el año anterior, mientras aparecía impresa *La vida es sueño* de Calderón de la Barca.

En 1637 don Pedro fue nombrado Caballero de la Orden de Santiago, en 1640 don Diego alcanzaría el mismo honor. Es la fecha de las *Empresas* y también de *El político don*

---

[10] Diego de Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, edición de Rodrigo Fernández Carvajal Francisco Javier Guillamón Álvarez y J. M. González de Zárate, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 1985, p. XVI.

Fernando de Baltasar Gracián. En 1648, el año de la muerte de Saavedra, aparece *Arte y agudeza de ingenio* del jesuita aragonés, mientras en Europa se cierra simbólicamente toda una época con la Paz de Westfalia, punto final de la supremacía española en el Continente y comienzo de una eterna decadencia.

En el tiempo que le tocó vivir le correspondió también tomar parte activa en la vida política internacional. Por eso, su figura ha sido objeto de la atención de los estudiosos desde dos perspectivas, la del político y diplomático, participante activo en la difícil Europa de su tiempo, y la del escritor, autor de una obra literaria de características singulares, pero impregnada del sentimiento de desengaño que fue la lección permanente de todo ese gran siglo de España. Pero lo más brillante de su personalidad es, sin duda alguna, la confluencia de ambas actividades en un mismo único pensamiento, en una misma única personalidad, tan vinculada al espíritu de la España de Felipe IV, decadente en lo político y en lo económico, brillante en lo artístico y en lo literario. Saavedra Fajardo fue, en definitiva, según acuñó con tanto acierto Tierno Galván, «teórico y ciudadano del Estado barroco». Fundió en su personalidad al hombre de letras, escritor simbólico y plástico, y al soldado y ciudadano militante en el exterior de la lucha más difícil, en la que sólo la inteligencia es el arma adecuada: la diplomacia.

La *República literaria*

Al lado de su *Idea de un príncipe político-cristiano*, también denominada *Empresas políticas*, la *República literaria* ha sido considerada tradicionalmente una obra menor del diplomático y político murciano del siglo XVII Diego Saavedra Fajardo. Es curioso que hoy se siga denominando así a la *República literaria*, sin duda porque es obligado con-

siderarla de esta forma si se la compara con las *Empresas políticas*, objeto de admiración de toda la Europa difícil del siglo XVII. Pero en nuestros días, en que tanto se aprecia la ficción histórica y tanto entretienen los encuentros insospechados, el interés de la *República* quizá supera al de las *Empresas*.

Su brevedad, desde luego, sería una de las ventajas que se debería destacar, aunque también pesaría el sentido de proximidad a nosotros mismos. Porque en el fondo, la *República literaria* es una obra de crítica literaria, de comentario de obras y de análisis de escritores, de sátira de vicios y de elogio de virtudes, de una sociedad literaria que desfila por unas páginas desenfadadas, consideradas por su autor como «primer parto de mi ingenio, delito de juventud, como se descubre en su libertad y atrevimiento». Los distintos tipos de escritores, entre los que el autor halla críticos, retóricos, historiadores, poetas, médicos, astrólogos, lógicos, *perspectivos* (especie que despertó singular curiosidad a Mariano Baquero Goyanes en sus investigaciones sobre don Diego), dan idea de la variedad y amenidad de un libro excepcional, que por la pureza de su lenguaje y por su sagacidad crítica fue objeto de admiración entre los lectores del siglo XVIII, justamente cuando tantas obras del barroco eran condenadas.

La *República literaria*, la más amena de las obras de don Diego Saavedra Fajardo, en palabras de Menéndez Pelayo, constituye en cierto modo también una excepción dentro de la producción toda del escritor. El hecho de que no apareciera, en la primera edición, a su nombre sino como obra de un tal Claudio Antonio de Cabrera y fuese edición póstuma, ya que se publica por primera vez en 1655, y don Diego había muerto en 1648, así como la existencia de dos versiones diferentes, ha planteado muy serios problemas bibliográficos e incluso de autoría, de los que se vienen ocupando reputados especialistas desde hace muchos años.

En 1655, siete años después de la muerte de Saavedra Fajardo, se imprimió por primera vez, en los talleres de Julián Paredes, en Madrid, la *República literaria*, que apareció, con el título de *Juicio de artes y ciencias*, atribuida a un tal Claudio Antonio de Cabrera. Tales circunstancias y la existencia de por lo menos dos versiones manuscritas, una abreviada y otra extensa, así como la seguridad de que algún otro manuscrito se ha perdido —aunque su texto ha visto la luz en varias impresiones de la obra— han determinado que la *República literaria* pase a la historia bibliográfica española como una obra problemática y discutida sobre la que se han vertido argumentaciones llenas de interés, entre las que destacan las que se refieren a la atribución a Saavedra Fajardo, cuya autoría ha sido puesta en duda en más de una ocasión.

Historia de un libro

En este complicado panorama, el enjambre bibliográfico se aclara bastante teniendo en cuenta las observaciones que, con el título de «Saavedra Fajardo's *República literaria*: the Bibliographical History of a Little Masterpiece», publicó hace años en una revista del hispanismo norteamericano uno de los más veteranos estudiosos de Saavedra Fajardo, el profesor John Dowling, de la Universidad de Georgia. [11]

La «historia bibliográfica» de la *República literaria* comienza en 1612, cuando el autor, posiblemente don Diego de Saavedra Fajardo, escribió una primera versión breve que, años después, en 1640, reescribió creando un segundo texto más largo, conservado en una grosera copia

---

[11] John Dowling, «Saavedra Fajardo's *República literaria*: the Bibliographical History of a Litle Masterpiece», *Hispanófila*, núms. 67 (págs. 7-38), 68 (págs. 11-27) y 69 (págs. 27-44), 1979-1980.

en la Biblioteca Nacional de Madrid, con revisiones y adiciones, al parecer, de la propia mano de Saavedra Fajardo (BNM Ms 6436). La versión breve, también conservada en la Nacional (BNM Ms 7526) es relacionable, según apunta Dowling, con el famoso manuscrito perdido de Arana, base de la publicación del texto breve en el «Gabinete de lectura española» por Pedro Estala en 1793.

Respecto a las ediciones, precisaba el investigador norteamericano que el texto largo apareció por primera vez en 1655, con el nombre de autor y título que ya llevamos apuntado, y no sería sino en 1670 cuando aparecerá atribuida a Saavedra, en una edición con el título actual que contenía el prólogo de Francisco Ignacio de Porres, denostado por todos. El texto, que en opinión de Dowling sigue una copia desaparecida del Ms 6436, da pie a las siguientes ediciones. Curiosamente, existe un ejemplar de la edición de 1670 corregido por Tomás de Iriarte para ajustado al Ms 6436, que pone de manifiesto las variantes existentes y el posible proyecto, que no se llevó a cabo, de una edición que presumiblemente preparaba el conocido fabulista dieciochesco. El ejemplar a que hace referencia Dowling, sin duda de gran interés, se encuentra en la Colección de Ticknor existente en la Biblioteca Pública de Boston.

A partir de 1730 haría fortuna el texto de Mayans, obtenido a partir de la edición del *Juicio* (1655) y de la de Alcalá (1670), con correcciones de su propia cosecha que seguían criterios religiosos y literarios. Destaca Dowling el éxito de este texto ya que fue seguido en numerosas ediciones posteriores hasta su consagración en la BAE, cuya última edición ha sido de 1947.

Alberto Blecua [12] dio a conocer en 1984 dos interesantes investigaciones sobre la *República literaria* que pusieron

---

[12] Ver Alberto Blecua, *Las Repúblicas literarias y Saavedra Fajardo*, citado.

de relieve, una vez más, el interés bibliográfico que despertó siempre esta obra de don Diego. El primero de ellos, «Un nuevo manuscrito de la República literaria», tiene por objeto dar cuenta del hallazgo de un manuscrito, hasta entonces desconocido por la crítica especializada, encontrado en la biblioteca de la Universidad de Salamanca. El segundo, titulado *Las repúblicas literarias y Saavedra Fajardo*, plantea de forma novedosa la realidad de la existencia de dos textos diferentes de la obra, y pone en duda que Saavedra pudiera ser el autor de ambos, dados los cambios tan abismales de ideología que existen entre uno y otro: «Don Diego pudo ser, a pesar de las pruebas en contra, autor de la primera redacción. Pero si esto es así, el cambio que sufrió su personalidad es extraordinario. Don Diego alteró de raíz desde el estilo hasta la percepción. Giro ptolomeico, cabría decir, porque la segunda redacción significa, desde una perspectiva histórica, un retroceso intelectual y literario en relación con el texto primitivo y con las otras obras suyas.» Sus conclusiones, totalmente justificadas y basadas en un estudio exhaustivo de textos, renovaron entonces notablemente el panorama del estudio de la obra de Saavedra, y hoy hacen imprescindible su consulta y consideración en los futuros estudios que se aborden sobre nuestro diplomático barroco.

De todo ello y de otros varios asuntos relacionados con Saavedra trata José Carlos de Torres en su edición ya citada de la *República literaria*, en el ya lejano 1985, comenzando por recordarnos la apasionante vida del diplomático y andariego escritor que vivió la anhelada Europa en el peor momento para un español y para España, en un prólogo extenso y bien documentado, en el que da solución a muchas dudas y problemas. Además, anota el texto con profusión, acompaña un glosario y un índice de nombres, que facilita, para el lector no versado, la identificación de todos aquellos personajes que eran normales en la cultura de un hombre instruido en nuestro Siglo de Oro; incluye comen-

tario de texto representativo, facilita el trabajo del estudiante y, por si esto fuera poco, recoge el texto primitivo de la República, tomado directamente del manuscrito correspondiente de la Biblioteca Nacional de Madrid, lo que facilita la comprensión de esta obra menor de nuestro paisano.

Ha venido a poner orden, posiblemente de forma definitiva, en toda esta selva textual, la última edición publicada de la *República literaria*, a cargo de Jorge García López[13], quien establece su texto tras tomar en consideración, de forma crítica, todos los antecedentes aceptables. Tal como explica García López con todo detalle, en su estudio preliminar, «la *República literaria* se ha transmitido en dos redacciones, representadas, a su vez, por varios testimonios. De la primera redacción tenemos el manuscrito 7526 de la Biblioteca Nacional de Madrid y la edición del padre Estala. Se han realizado dos ediciones a partir del testimonio, la de M. Serrano y Sanz y la que editó como apéndice al texto de la segunda redacción J.C. de Torres».

Señala a continuación los testimonios de la segunda redacción: el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid 6436, el manuscrito 2102 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, dado a conocer por Alberto Blecua, la edición de Madrid, 1655, la de Alcalá [1665], 1670, además de las ediciones del siglo XVIII. y añade: «Por lo que respecta a la segunda redacción, la cuestión se presenta harto más complicada. Los errores de lectura e interpretación ya vistos sobre el texto de la primera redacción constituyen errores comunes a toda la tradición manuscrita e impresa, lo que nos asegura que ningún testimonio conocido hoy proviene de una tradición o subtradición diferente». Como indica García López, es cierto que manuscrito de la Nacional de Madrid

---

[13] Ver Diego Saavedra Fajardo, *República literaria*, edición de Jorge García López, Barcelona, Crítica, 2006.

constituye el borrador base de las ediciones Madrid, 1655 y Alcalá, 1670 a partir de un subarquetipo perdido: los errores y variantes comunes, muy numerosos, entre ambas ediciones ponen de manifiesto que las dos «derivan de un subarquetipo que ponía en limpio, sin añadir nada, excepto errores», el texto del manuscrito 6436 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Estas y otras complejas consideraciones, establece Jorge García López para llegar a la conclusión de que la selva textual de la famosa obrita de Saavedra Fajardo es asunto muy complejo, que él ha resuelto regularizando un texto crítico en el que ha tenido en cuenta todas las posibilidades más fiables para ofrecer el texto más cercano al que escribiera el propio Saavedra Fajardo.

Interés de la *República literaria*

Hay que destacar, en todo caso, el interés de la *República literaria* para el conocimiento de la personalidad artística de este escritor y político del siglo XVII. Es esta obra uno de los monumentos literarios barrocos dignos de la mayor atención, porque nada hay en ella que no suscite interés de un lector actual instruido y culto. Además de por ser uno de los productos más valiosos de un ingenio de la prosa barroca, su interés es grande porque, desde el punto de vista histórico, por ejemplo, es reflejo claro del momento cultural en que el escritor vive, aparte del continuado espejo que llega a ser del alma del autor, que asoma frecuentemente a la obra para ofrecer su opinión sobre lo que expone. Ideológicamente también son muchos sus valores, ya que es la obra depósito ingente de todas las teorías de una época y de un buen escritor. Pero mayor es su valor en el aspecto literario por dos razones esenciales: debe considerarse la obra, en primer lugar, un estudio crítico de la ciencia que en muchas ocasiones hace referencia

a la literatura, a lo literario y a los escritores; a esto se une la calidad de la obra en sí, su composición, sus ficciones, la expresión de sus ideas, que con tanto decoro realiza el autor. Traer aquí el juicio de Menéndez Pelayo sobre la obra es empezar a elogiarla sin haber entrado en materia. Aun así, no queremos dejar de recordar que para el crítico santanderino «todo es en esta *República* ameno, risueño y fácil... Una fantasía viva y pintoresca, alegre y serena, baña de luz las ficciones y alegorías de este libro...». [14]

Este juicio ha sido unánime. Anteriores y posteriores a Menéndez Pelayo, no dudan los críticos en alabar la composición de la *República*. Este virtuosismo formal es el que da al lector uno de los mejores alicientes para emprender su lectura. Las ideas de la obra podrán ser rebatidas en tanto que toda ella es una crítica personal y subjetiva de los valores de la ciencia; pero en cuanto a su construcción es digna de todos la más positiva de las valoraciones. No nos resistiremos, sin embargo, como ya se ha hecho, a revisar alguna de las ideas que en ella expone Saavedra Fajardo y que son fruto de su cultura e ideología. La crítica que ha estudiado a este autor ha dedicado la mayor parte de sus comentarios a su pensamiento político, reflejado sobre todo en las *Empresas*. La *República literaria*, considerada tantas veces como obra poco seria, ha recibido menos la atención de los escritores y lectores de Saavedra. A pesar de esto, creemos con John Dowling, el hispanista que ha estudiado en varias ocasiones a nuestro autor, que «si se quisiera leer una sola obra de Saavedra, la *República literaria* sería una agradable selección. Es corta y amena».[15]

---

[14] Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, 3ª edición, Madrid-Santander, C. S. I. C., 1962, vol. II, pág. 271.

[15] John C. Dowling, *El pensamiento político-filosófico de Saavedra Fajardo*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1957, pág. 53.

A lo largo de las obras de este escritor murciano, el lector va perfilando su figura intelectual. Era Don Diego, según han advertido sus biógrafos, uno de los más importantes diplomáticos del siglo XVII. Su presencia en Europa representando a la Corte de Felipe IV, en momentos en que España y todo el continente se hallan alterados por las diferencias ideológicas, hace de Saavedra un conocedor de la política de la época. Son las vicisitudes por las que pasa su vida las que le dan una experiencia que le será base útil para la exposición de sus ideas en la mayor parte de su obra. Hay que destacar también en el autor la enorme cultura que ha adquirido a través de sus numerosos estudios y lecturas.[16] Una gran formación humanística, apreciable en el apoyo frecuente en citas de autores clásicos, hace de él un hombre de juicio sólido y preparado para comentar muchos aspectos del saber de su tiempo, para elaborar con conocimiento una sólida obra de crítica, donde sorprenderá su autor con la frecuente mención de personajes y certero comentario de ideas.

A la hora de entrar en el conocimiento de la obra, podríamos preguntamos, en primer lugar, en qué consiste la *República literaria*. García de Diego dedica todo un capítulo del cuidadoso prólogo que precede a su edición, a estudiar el concepto de *República literaria*, partiendo de la consideración de que se trata de «una sátira de la ciencia».[17] Pero antes de llegar a esta conclusión, hemos de meditar sobre lo que en principio resulta ser tan interesante obra.

---

[16] Este aspecto está estudiado cuidadosamente por José Sánchez Moreno, *Formación cultural de Saavedra Fajardo*, Murcia, Excelentísima Diputación Provincial, 1959. Véase ahora, Diego Navarro Bonilla, «*De civitate librorum*: apuntes para una historia de la cultura escrita en la *República literaria* de Saavedra Fajardo (1612)», *Bulletin Hispanique,* 104, 2, diciembre 2002, págs. 731-752.

[17] Vicente García de Diego, «Prólogo», pág. XLVII.

La *República literaria* es el resultado de fingido sueño en que el autor va revisando subjetivamente todo el saber humano producido y adquirido por los libros. La cultura libresca que tanto preocupaba a los eruditos de su siglo, es la más atacada en la obra. Desde la aparición de la imprenta, la publicación de toda clase de obras, sin calidad ni valor, había ido en aumento creando una pseudocultura pedantesca e ignorante que produjo gran confusión en todo el ámbito de nuestras letras. Ese será el principal motivo de queja de Saavedra y de ahí se desprende la sátira de la ciencia humana que García de Diego considera que «en las horas del despecho y de la impotencia vive en todos nosotros». [18] En gran parte se debe a esta causa, pero también es un motivo el fustigar con fuerza el exceso, el abuso del saber, toda esa falsa e inepta cultura libresca que tanto abundó en el tiempo de Saavedra. Muchas veces, se sobrepasará en sus apreciaciones, haciendo de esta obra lo que el mismo autor llamó en la Dedicatoria, tal como hemos recordado, «delito de la juventud, como se descubre por su libertad y atrevimiento». Partiendo de estas consideraciones, se ha de apreciar en ella, sobre todo lo demás, la opinión de un autor preocupado por el momento cultural en que vive. Con García de Diego rechazamos la opinión de los que sólo ven en la obra —como lo hace García Prieto— «lo provechoso del asunto e idea, actitud ésta, panegirista más que producto de un auténtico convencimiento crítico».[19]

No hay que dudar, y esto se hará patente a cualquier lector, que la *República literaria* tiene un asunto creado para enmarcar la ideología que sobre la cultura tiene su autor. Como tantas obras en que lo que se va a tratar es una visión deformada, hiperbólica en muchas ocasiones de la realidad, la de Saavedra comienza con un sueño del autor que le llevará a un paisaje ficticio, a un mundo irreal, pero descendiente

---

[18] Vicente García de Diego, «Prólogo», pág. XLIX.

[19] Vicente García de Diego, «Prólogo», pág. XLVIII.

directo de la realidad de ese mundo culto que el autor va a satirizar. Se ve trasladado con esta alegoría del sueño ante las murallas de una ciudad «cuya descripción —como apunta Dowling— pudiera representar un recuerdo de la Salamanca que bien conocía».[20] Tras esta muralla encontrará Saavedra una ciudad poblada por los ingenios más importantes y significativos de las artes, las letras, la filosofía y las ciencias, agrupados por su actividad y perfectamente situados en el lugar idóneo a su carácter y contenido.

Conforme a la tradición de esta clase de libros, el visitante irá acompañado por un solícito guía conocedor de los parajes de esta urbe que le irá informando puntualmente de todos y cada uno de los personajes y estancias que a su vista aparecen. Será su primer guía Marco Varrón, el famoso gramático romano, que se verá sustituido por Vergilio Polidoro, volviendo de nuevo a ser el autor latino el guía al final de la obra. Las artes liberales, las del entendimiento, los libros, los literatos, los gramáticos, etc., serán revisados detenidamente por el observador visitante.

Vencido del sueño, el autor aparece en una ciudad con capiteles de oro y plata bruñidos. Se le presenta un anciano, Marco Varrón, y empiezan a visitar los arrabales de la ciudad, donde ven campos de eléboro para cultivar la memoria y aumentarla. El frontispicio de la ciudad está formado por columnas dóricas. Allí ve el autor a las musas. Pasados los arrabales se hallan ante las artes mesiánicas, donde no se detienen; atraviesan el río que las separa de las demás artes, ante las que llegan. Allí ven a la Arquitectura que tiene a su derecha a la Pintura y a su izquierda a la Escultura. Ven a Navarrete el Mudo y a Velázquez, ante el que Saavedra se inclina. Lisipo y Apeles discuten sobre la precedencia entre la pintura y la escultura. En la puerta de la ciudad están las

---

[20] John Dowling, Introducción, edición y notas a la *República Literaria* de Diego de Saavedra Fajardo, Ed. Anaya, Salamanca, 1967, pág. 19.

artes liberales, y tras ellas los filósofos estoicos que desprecian a la Gloria. Unas acémilas traen libros; algunas de ellas, tan sólo llevan uno, pero son las más fatigadas.

Saavedra y su guía se encuentran a continuación ante una sala donde se pesan los ingenios. Dará ocasión esto al autor para emitir muy interesantes juicios sobre los poetas más destacados. Tras estas aduanas, los personajes estarán ante unas escuelas en las que enseñan Nebrija y los gramáticos. Saavedra habla de la enseñanza de la lengua con Varrón, lo que da pie a que éste exponga sus ideas lingüísticas. Pasará luego ante los historiadores y los filósofos. Después, a lo poblado de la ciudad, en cuya descripción se entretiene Saavedra. Le dará esto un motivo para hablar del gobierno de la ciudad, tema que le era tan grato. Llegarán al edificio denominado la casa de los locos, donde cada uno cultivará sus extraños caprichos. Después, encontrarán a Demócrito, que, riendo, hará un juicio sobre todas las ciencias y las artes. Le contesta Heráclito y, al final, será Saavedra el que dé su opinión. Por último, el autor y su guía llegan ante las chancillerías y, entrando en una discusión que allí se entabla, el autor, al intentar darle una puñada a uno de los litigantes, se despierta.

Con este incidente termina el sueño y, con él, la obra. Lo expuesto es el asunto o trama que enmarca el propósito de Saavedra. Como hemos podido advertir, va pasando revista a toda la cultura y el saber de su época.

Originalidad de la *República literaria*

La *República literaria* es obra muy original. La ficción, la crítica y la forma de ser llevadas ambas son muy personales y originales de nuestro escritor. Aun así se han señalado modelos en los que Saavedra Fajardo pudo inspirarse. En cuanto a la forma, González Palencia señala que «es un sueño o ficción alegórica a la manera de Luciano o Platón

(en su *República*)».[21] Estos serían los modelos en cuanto a la construcción de la obra, en cuanto al marco. La formación cultural de Saavedra, que era muy amplia, hacía que nuestro autor conociese estas obras como muchas otras en que se hace uso de este tipo de ficción, es decir, el innumerable grupo en que el sueño es el motivo superficial la envoltura que rodea y da pie a tantas obras donde se pretende criticar algún aspecto de la vida desde el ángulo inusitado e impune de un sueño. Quevedo fue el maestro de este arte en el barroco. Saavedra sigue esta muy barroca tendencia. La gran diferencia radica en que la crítica del político murciano está dirigida no a la vida sino a los libros.

Respecto a la filiación del contenido de la obra también ha sido señalada con insistencia por diversos estudiosos. García de Diego dice que es innegable que Saavedra, en la composición de su obra, tuvo presente *Veritas lucata, sive de licentia, poetica, quantum poetis liceat de veritate abscedere* de Luis Vives.[22] Aunque no está orientado en el mismo sentido crítico, considera que coinciden «en cierta manera de factura y de jocosidad». Además, opina que gran parte de los conocimientos, de las síntesis y apreciaciones de la filosofía antigua, más que de una lectura directa, parecen proceder de las síntesis hechas. No costaría probar, asegura, que algunos de estos grandes trazos se habían sacado del libro de Vives.

---

[21] Ángel González Palencia, «Estudio preliminar» p. 1132.

[22] Vicente García de Diego, pág. LIII. Han sido señaladas otras fuentes. Dowling (*El pensamiento político-filosófico*..., cit.) habla de un estudio que prepara el Prof. Robert Williams de la Universidad de Texas sobre la «semejanza de asunto, propósito y aun vocabulario con la obra de Cornelio Agripa *De Incertitudine et vanitate Scientiarum et Artium*, publicada en 1531»; de este estudio nos volverá a dar noticias en su obra de 1967 (Introducción, edición y notas..., citado) como realizado por Marguerite Ruth Lunderius (*A comparative study of the «Vanity of the Arts and Sciencies» by Henry Cornelius Agripa and the «República literaria» by Diego de Saavedra Fajardo*, Austin, The University of Texas, 1954).

Lo que está muy claro, y señalado por todos, es la gran afluencia de todo lo clásico en el libro de Saavedra. En cierto modo, la obra constituye un inteligente resumen y síntesis de toda la cultura clásica que desde el Renacimiento pesa en las letras españolas y europeas. Por otra parte, desde Erasmo de Rótterdam, rara es la obra española de crítica que no tenga relación más o menos directa con las doctrinas del pensador de Basilea. Ha sido señalada insistentemente la relación que hay entre el *Encomium moriae* y la *República literaria.*

En resumen, podemos considerar que las fuentes de esta obra están bien claras y definidas, tanto en lo que se refiere a los precedentes de la intención, como de la forma de llevada a cabo. Sin embargo, hay que señalar que la originalidad de Saavedra es en todo momento grande, ya que sabe darle a este tema su impronta personal.

La *República literaria* cuenta en nuestras letras con obras coincidentes en la intención y en el marco. Las podríamos considerar de la misma especie. Es curiosa y destacable la relación existente entre la obra del murciano, las *Exequias de la Lengua Castellana* de Forner y *La derrota de los pedantes* de Moratín, que ya señalaba Menéndez Pelayo. [23] Podría ser ampliado este parentesco a otras obras. Así lo hace Sainz Rodríguez, que consideraba que «Cervantes, Quevedo, el autor de la *República literaria*, Forner, Moratín y hasta Leopoldo Alas con su *Apolo en Palos*, forman una áurea cadena.» [24]

La relación más directa que existe es la que hay entre la *República* y las dos obras del siglo XVIII. La razón principal de esta íntima relación está en que el espíritu crítico de

---

[23] Marcelino Menéndez Pelayo, pág. 272.

[24] Pedro Sainz Rodríguez, *Exequias de la Lengua Castellana* por don Juan Pablo Forner, Madrid, La Lectura, 1925, pág. 41.

Saavedra Fajardo se aviene perfectamente a la intención de cualquier autor del siglo XVIII. El espíritu esencialmente crítico de los autores del siglo de las luces recibe, comprende y ve siempre con buenos ojos la obra de Saavedra. De esta forma, obras del mismo género que la *República* triunfaron en el siglo siguiente. Así ocurrió con las *Exequias de la Lengua Castellana* de Juan Pablo Forner, quien, con el espíritu polemista que le caracteriza, establece en su obra la defensa de nuestra literatura y la crítica a los malos escritores que hacen que la lengua agonice y muera a sus manos.

Leandro Fernández de Moratín finge en *La derrota de los pedantes* una lucha encarnizada en que los buenos escritores destierran a las docenas de pedantones que invaden nuestras letras. Su intención es bien clara: demostrar y hacer patente la decadencia que de nuestra literatura hay en su siglo causada por la presencia de malos escritores a los que hay que derrotar.

Como fácilmente se advierte, la crítica de las obras dieciochescas es mucho más reducida que la de Saavedra, que es más extensa, porque su propósito no se limita a lo literario, sino a todas las artes, letras y ciencias. Aun así, hay muchos puntos en común, sobre todo entre Forner y Saavedra. Antonio de Hoyos ve entre estas coincidencias el descontento que impregna ambas obras, motivo que da pie a su elaboración. [25]

En cuanto al género literario, por todo lo dicho, debemos considerar esta obra encuadrable en el grupo de sátiras a que pertenecen los libros citados de Forner y Moratín. En todas ellas las escenas y los personajes están situados en los espacios del más allá literario, ese lugar extra-terreno donde tienen su sitio los artistas y escritores inmortales. La alegoría,

---

[25] Antonio de Hoyos, «Dos obras de crítica», *Anales de la Universidad de Murcia*, C. 1948-49, pág. 506.

el desajuste cronológico de personajes, los parajes y edificaciones situados en lugares simbólicos que sugieren o fustigan defectos y vicios, serían las características comunes más destacadas de este género.

La literatura española

Los juicios sobre las letras, las artes y las ciencias llenan la obra. Nuestro propósito aquí se reduce a examinar algunos de ellos, en los que se aprecia el enorme bagaje cultural del autor. De gran valor para la comprensión de la estimativa literaria de la época son los comentarios que el político murciano dedica a los ingenios más destacados de las letras españolas y universales. Serán varias las ocasiones en que Saavedra tenga que comentar el arte de nuestros escritores.

Así ocurre cuando el autor llega a la aduana donde se examinan los libros de las más diversas materias que constituyen la cultura humana. Allí permite observar como un censor recibe los libros de poesía, que utiliza en su mayoría para construir diversos objetos, porque no sirven para otra cosa. Con lo que refuerza el autor la idea que ya planteaba en el prólogo y que da una noción muy clara de lo que es la literatura de su siglo.

La difusión frecuente de obras de muy escaso valor, hecho que él atribuye a la facilidad con que la imprenta los extiende, es uno de los puntos que el autor destaca y reitera en la obra. Si desprecia y critica muchos aspectos de la cultura es porque comprende que en gran parte las obras que se publican no tienen el valor que se les pretende dar. Esto era un hecho bien conocido en su siglo. Recordemos que fue precisamente a partir de la segunda mitad de esta centuria cuando los malos libros aumentaron considerablemente, siendo objeto en los decenios del siglo siguiente de las más agrias censuras. Los armónicos espíritus dieciochescos, en

los casos más extremos, hicieron pagar a justos por pecadores, de lo que Saavedra es un clarísimo precedente. De esto ya hemos tenido ocasión de hablar al comentar los parentescos de la *República.*

Para obtener una más clara idea del criterio estético de Saavedra, contamos en esta obra con un juicio de los literatos más significativos. Es Herrera el que expone la opinión sobre los escritores a petición del visitante de la ciudad. Comienza resaltando la estimación en que tiene a los poetas toscanos y españoles, que resurgen de entre la ruina cultural que había producido la caída del Imperio Romano.

Se revela el autor en estas palabras como crítico amante de la clasicidad. Tinieblas son para él todo lo que hubo entre Roma y Petrarca. El juicio es sensibilísimo; sabe destacar cuatro cualidades o perfecciones del poeta que comprenden todo su arte: espíritu, pureza, erudición y gracia.

Más clásico aún se presenta Saavedra al juzgar la persona y la obra de Dante, sobre todo al querer aplicar sobre el autor de la *Divina Comedia* el concepto horaciano de la poesía. Los juicios sobre los italianos continúan. Ariosto, al que destaca como «hombre de ingenio vario y fácil en la invención», Marino, del que recuerda su fertilidad y elegancia, y Tasso, son los elegidos, y es que en estos siglos ningún pueblo tiene tanta relación con España como Italia, según ha estudiado Miguel Herrero.[26]

Los comentarios literarios de Saavedra reiteran más adelante la admiración del autor a la clasicidad y el desprecio de los siglos medievales, cuando al hablar de los poetas españoles advierte que en nuestra patria «oprimió sus cervices el yugo africano, de cuyas provincias pasaron a ella sierpes bárbaras, que pusieron miedo a sus musas.»

---

[26] Miguel Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966, pág. 330 y siguientes.

Todo esto, establece Saavedra por boca de Herrera, ocurrió hasta que apareció Juan de Mena. Se inicia así el interesante comentario que hace sobre los españoles. Sobre el poeta cordobés asegura que se hallará en él mucho que admirar pero no primores que puedan ser imitados. El Marqués de Santillana, Sánchez de Badajoz, Costana, Cartagena constituyen también motivo de comentario. En Ausias March admira la agudeza de sus teorías. Más profundo y extenso se muestra en la crítica que hace de Garcilaso de la Vega. Demuestra hasta qué punto conoce a nuestros poetas, logrando captar su alma y su estilo.

Podemos apreciar cómo en los comentarios referentes a Garcilaso hay una defensa de la imitación de la clasicidad. El criterio de Saavedra, profundamente incisivo, es capaz de comprender en su totalidad al poeta de Toledo. Todo lo considera el autor. Al mismo tiempo que el ingenio y el natural, ve en Garcilaso la presencia de los extranjeros que incitaron al poeta a iniciar la que Saavedra considera poesía culta. Alcanza este comentario su máximo interés cuando el autor analiza en pocas palabras la obra de Garcilaso.

Advierte con tres admirables sustantivos el valor de su lírica —dulzura, gravedad y maravillosa pureza— al reconocer que descubrió su alma en las canciones y elegías. De sus sonetos sabe reconocer la imperfección, y de las églogas destaca sus dicciones, que considera a un tiempo sencillas y elegantes, sus palabras cándidas, y sobre todo el sabor de éstas a campo y a rustiquez de aldea. Saavedra es en estas palabras el crítico comprensivo, sensible conocedor de las obras del poeta que es objeto de su juicio. Sabe captar sus valores y no duda, atribuyéndoselo a los tiempos, en reconocer su imperfección. Al mismo tiempo reitera su admiración por la clasicidad, que conoce y defiende.

Siguen a éste los juicios sobre otros autores del Renacimiento europeo, para pasar al comentario sobre Góngora. Vuelve a demostrar nuestro autor la capacidad de compren-

sión. El poeta cordobés, muchas veces incomprendido, es juzgado por Saavedra Fajardo en términos justos y nada apasionados de forma sabia y comprensiva. Ve en Góngora al artífice de nuestra lengua ingenioso y agudo, cualidades éstas tan barrocas que Saavedra tan bien sabe apreciar. Admira la cultura y pureza de la poesía menor de Góngora, que contrasta con la de después, cuando quiso «retirarse del vulgo y afectar la escuridad».

Francisco Cascales, cuyo juicio sobre el poeta cordobés es conocido, opinaba de forma parecida, pero era más extremista. En una de sus *Cartas filológicas*, dice de Góngora: «A ese caballero siempre le he tenido y estimado por de primer hombre y más eminente de España, en la poesía, sin excepción alguna, y que es de cisne que más bien ha cantado en nuestras riberas. Así lo siento y así lo digo. Pero como yo concedo esto, me ha de conceder v. m. y todos los doctos, que han de ser en esto solamente oídos, que aquella oscuridad perpetua debe ser condenada». [27]

Cascales celebra en ésta y en otras ocasiones la magnífica poesía de la llamada «primera época» del poeta cordobés, pero una y otra vez condena la oscuridad de la poesía de Góngora en el Polifemo y las Soledades. Concluye el filólogo murciano la carta considerando que: «Por realzar la poesía castellana, ha dado con las columnas en el suelo. Y si tengo que decir de una vez lo que siento, de príncipe de la luz, se ha hecho príncipe de las tinieblas; y el que pretende con la oscuridad no ser entendido, más fácilmente lo alcanzará callando».[28]

Si hacemos una comparación entre los juicios de los dos murcianos, entendemos claramente que hay entre ellos una diferencia. Cascales condena la oscuridad de Góngora, pero

---

[27] Francisco de Cascales, *Cartas Filológicas*, ed. de Justo García Soriano, Madrid, Espasa-Calpe, 1961, vol. I, pág. 177.

[28] Francisco de Cascales, vol. I, pág. 189.

Saavedra reconoce que «aun en esto salió grande y nunca imitable» y que «se halló después tanto más estimable». Debemos por esto tener en cuenta la clarividencia de juicio de Saavedra Fajardo que ve en la poesía «oscura» de Góngora un valor y una grandeza que Cascales, como tantos críticos posteriores, no quiso reconocer.

El último de los comentarios lo dedica el político murciano a Lope de Vega, consiguiendo con sus ideas hacer elegantes juegos de palabras. La fertilidad, la ruptura de las reglas teatrales, que constreñían a los genios, así como la riqueza artística, características tan destacadas de Lope, están aquí elegantemente comentadas. Las últimas palabras, la imagen de la almoneda llena de joyas para todos los gustos, reflejan claramente el espíritu y el arte de Lope de Vega.

Con estas líneas termina un juicioso y acertado comentario de los ingenios literarios más característicos, que refleja en Saavedra al crítico justo y comprensivo del arte de los escritores. Ese mismo autor que otras veces se presenta escéptico y apesadumbrado, aquí hace una crítica sabia, elegantemente digna de su carácter y su cultura.

A la luz de estas observaciones sobre tantos escritores, queda la duda si Saavedra fue en realidad un crítico literario, o por el contrario, se reducía su criterio a dar una opinión superficial y poco comprometida sobre los escritores sin adentrarse en el auténtico comentario crítico. Se debe tener en cuenta, sobre todo porque se desprende de sus observaciones sobre estos escritores, que el político murciano los conocía bien, pero en esta ocasión sus propósitos estaban bastante alejados de profundizar en un comentario exhaustivo de sus valores literarios. Lo más digno de destacar en estos comentarios es la facilidad con que capta el espíritu que se desprende de la obra del autor comentado. Es la autorizada y sensible opinión de un hombre culto sobre sus propios contemporáneos lo que más se aprecia en estas deliciosas páginas.

Crítico escéptico

Otro aspecto bien distinto de la opinión de Saavedra Fajardo sobre la literatura y el arte literario aparece en las páginas más escépticas de toda la obra, cuando el desprecio de los valores de las ciencias y de las artes llega a su punto máximo. Son las escenas en que Demócrito aparece riendo porque ve y medita «la vanidad de las ciencias, los daños de esta República y cuán destruida la tienen sus ciudadanos».

El autor advierte cómo todas las ciencias y artes son vanas y falsas. Al llegar a la poesía considera en boca del filósofo griego que es arte presuntuosa porque, en vez de considerarse procedente de un trabajo rústico y villano como las demás artes, se jacta de proceder del cielo. El autor opina, por el contrario, que es «arte afectada y vana, opuesta a la verdad; que se sustenta con la imitación, siempre fingiendo y representando lo que no es». La crítica no puede ser más irónica y escéptica. La poesía sufre aquí las mismas consecuencias que las demás artes.

En contraste presenta Saavedra la opinión de Heráclito que, llorando, defiende el trabajo que cuesta sacar a las ciencias de la ruda ignorancia en que nacieron. Don Diego tercia en la discusión al final, dando su opinión y advirtiendo cómo todas las ramas del saber proceden de Dios: «¿Qué es la poesía sino una llama suya encendida en pocos?»

Todas estas opiniones revelan a un autor de amplia y fina cultura, estudioso conocedor de todas las ramas del saber, lleno de una sensibilidad que sabe captar todo cuanto de valor encuentra en la obra de nuestros poetas.

De la importancia política de Saavedra Fajardo, ya sea por sus propias obras, especialmente sus *Empresas*, ya se ha hablado anteriormente[29]. Este interesante quehacer del

---

[29] Vicente García de Diego, «Prólogo», pág. XLIV.

autor, reflejado en la *República* va a ser otro de los aspectos o ideas sobre los que merece la pena detenerse. Lógico es que sobre la mente preocupada del autor gravitaran de forma decisiva todas sus opiniones sobre la política. Ya García de Diego señaló algunos pasajes, además de numerosas «coincidencias menores», en que Saavedra exponía ideas que luego repetiría casi literalmente en su *Idea de un príncipe político-cristiano*. Pero antes que las ideas que el autor expone cuidadosamente, al atender a la misma concepción de la obra, vemos cómo toda la ficción a la que acude el visitante es una República, en la que los ciudadanos coexisten y trabajan cada uno en su puesto, en una especie de sociedad literaria.

Por otra parte son muchas las consideraciones aisladas que van apareciendo a lo largo de la obra sobre el arte de gobernar y sus numerosos problemas. Como la obra trata de la crítica del falso saber libresco, son los libros de política, que el autor llama «dañosa mercancía», los que suscitan muchos comentarios sobre el arte de gobernar. De ellos dice: «¡Oh libros, aun para reconocidos peligrosos, en que la verdad y la religión sirven para la conveniencia! ¡Cuántas tiranías habéis introducido en el mundo y cuántos reinos y repúblicas se han perdido por vuestros consejos! Sobre el engaño y la malicia fundáis los aumentos y conservación de los estados, sin pensar que pueden durar poco sobre tan falsos cimientos.» Esta ocasión dará pie al autor para, a continuación, llegar a una conclusión, y hacer un comentario político: «La religión y la verdad son los fundamentos firmes y estables, y solamente feliz aquel príncipe a quien la luz viva de la naturaleza, con una prudencia cándidamente recatada, enseñó el arte de reinar».

El pesimismo ante la inutilidad de los tratados políticos es claro. Inducen éstos, en su mayoría, al error y no se encuentra en sus páginas sino el engaño y la malicia. Su insistencia sobre esto llega a hacerle temer por su propia

obra, por sus *Empresas*: «todo el estudio de los políticos se emplea en cubrille el rostro a la mentira y que parezca verdad, disimulando el engaño y disfrazar los desinios.» El censor de libros echa al fuego los de materia política diciendo a Saavedra que son peligrosos para todos. Este confesará a sus lectores, preocupado: «Algo me encogí, temiendo aquel rigor en mis *Empresas políticas*, aunque las había consultado con la piedad y con la razón y justicia.»

Por sus meditaciones sobre el error a que pueden inducir estos libros, debemos advertir que es el hombre de espíritu auténticamente barroco el que está hablando en estas páginas, junto al pesimismo puramente cristiano que a lo largo de toda su obra, como advierte Dowling[30], aparece una y otra vez. Para nuestro autor la religión y la verdad son los auténticos fundamentos, firmes y estables de la política. Tras esto, la virtud más apreciada será la candidez de la naturaleza. Tendremos ocasión de hablar de ello. Lo que ahora interesa es apreciar cómo el espíritu del autor, decididamente preocupado por la política, va presidiendo toda la obra. Es ese libro claro reflejo de los problemas que por su trabajo se le presentaban a diario, cualidad que debemos destacar entre los valores más importantes de la *República literaria*.

Toda ella, que por algunas ideas ha sido considerada como alocado producto de la juventud, es por otras razones, tales como el constante aparecer del criterio severo del político experimentado, un espejo de la labor del hombre dedicado al estudio de las difíciles tareas del gobierno. Pero en algunas ocasiones, quizás derivadas del enorme interés que tienen para él los temas políticos, llega al apasionamiento. Es lo que sucede a la hora de juzgar a Alfonso X el Sabio, en el que no ve más que al rey, olvidando, al defender la

---

[30] Jonh Dowling, *El pensamiento político-filosófico...*, pág. 281 y siguientes.

completa dedicación del político, la otra cara de la cuestión. Tras advertir cómo el rey sabio contempla en el firmamento la latitud de la Corona de Ariadnae, «sin advertir que al mismo tiempo le quitaban la suya de la cabeza», llega con este ejemplo a la siguiente conclusión: «No admite el arte de reinar las atenciones y divertimentos de las ciencias, cuya dulzura distrae los ánimos de las ocupaciones públicas, y los retira a la soledad y al ocio de la contemplación, y a las porfías de las disputas con que se ofusca la luz natural, que por sí misma suele dictar luego lo que se debe abrazar o huir. No es la vida de los príncipes tan libre de cuidados, que ociosamente pueda entregarse a otras ciencias. En el mismo ejercicio del gobierno las ha de aprender.»

Sobre esta idea insistirá en las *Empresas*. Por medio de ejemplos llega a conclusiones. Será éste un avance de lo que predominará en su obra maestra, las *Empresas políticas*.

Literatura del desengaño

Para conseguir una aproximación aún mayor al espíritu de Diego de Saavedra Fajardo en la *República literaria*, se puede fijar la atención en muchos rasgos y aspectos que lo declaran y definen como hombre esencialmente barroco. Así se aprecia a la luz de asunto tan arraigado a las letras del siglo XVII como el del desengaño. Sería prolijo advertir aquí la trascendencia y significación de este motivo y la importancia que tuvo al ser llevado a sus páginas por autores tan geniales como Quevedo o Gracián. El hondo problema de los engaños de este mundo que, a simple vista, parecen de una forma, pero de cerca son distintos, ya se debatía en el *Quijote*. Allí Cervantes presenta la doble perspectiva del que ve las cosas como le parecen y del que las percibe tal y como son. En el XVII, esta doble visión se verá teñida de ese tono ascético tantas veces ponderado.

Saavedra Fajardo comparte estas inquietudes del pensamiento barroco con sus contemporáneos al utilizarlo en obras suyas. Es lo que sucede con las *Empresas*. Mariano Baquero Goyanes ha señalado, comparándolo con Gracián y Tirso, cómo Saavedra en la empresa XLVI de su obra maestra, bajo el lema «Fallimur opinione», comenta, tomando como ejemplo el engaño del remo en el agua, las falsedades de este mundo [31]. Es el remo que, a pesar de que «a la vista se ofrece torcido», en la realidad está recto. Es el desengaño ante la realidad, ante la verdad, que resulta bien distinta de las superficiales apariencias.

Siguiendo esta tendencia que desemboca siempre en el desengaño, Saavedra se referirá a las falsas apariencias de este mundo con cierta insistencia a lo largo de la *República literaria*. Quizás donde más se preocupa por los engaños es en la parte de la obra dedicada al examen de los libros. Muchos libros, según la opinión de Saavedra, quieren parecer algo que no son a la hora de la verdad; así, en la introducción del juicio de Herrera que antes tuvimos ocasión de comentar ampliamente, asegura Saavedra que «muchas veces no son los ingenios como parecen. Algunos a la primera vista son vivos y lucientes al parecer, pero de pocos quilates; otros, aunque sin ostentación, tienen grandes fondos.» Saavedra recurre con insistencia a las frases «a primera vista», «al parecer», que luego contrastará con la realidad.

De nuevo meditará sobre este punto al incluir el conocido soneto «A una fuente en su obra». Como señalamos hace unos años, [32] el soneto recoge la tradición de la crítica de la

---

[31] Mariano Baquero, «Diego Saavedra Fajardo. "Fallimur opinione"», *Monteagudo*, 12, 1955, pág. 22-26. Véase también su posterior trabajo *Visualidad y perspectivismo en las «Empresas»de Saavedra Fajardo*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1970, donde estas cuestiones quedan estudiadas con amplitud.

[32] Véase Francisco Javier Díez de Revenga, «Dos sonetos de Saavedra Fajardo», Monteagudo, 50, 1969, págs. 6-19.

malicia que poseen las cosas de este mundo contrastándola con la candidez de la primera edad. En el comentario que sigue a este poema reflexiona el autor sobre las apariencias de este mundo: «Pendiente de un ramo de aquel álamo tenia una tarjeta ovada, y en ella pintada una concha de perlas cuya parte exterior, si bien parecía tosca, descubría dentro de sí un plateado y cándido seno, y en aquel puro parto de la perla concebida del río del ciclo, sin otra mezcla que manchase su candidez, y por mote o lema de esta empresa aquel medio verso de Persio *Ne quaesiveris extra*, en que mostraba el filósofo su desprecio a la emulación y a los juicios exteriores de la envidia, contento con la satisfacción propio de su ánimo siempre puro, y siempre atento a sus obligaciones.»

La apariencia exterior es la que engaña a la vista, porque el interior es bien distinto y totalmente inesperado. La concha es en su exterior descuidada y fea, pero en su interior pulida y bella. Este será el mismo motivo que dé pie a que, en su *Idea de un príncipe político-cristiano* (empresa XXXII), llegue a la siguiente conclusión, tras ponderar la posibilidad de engaño que hay al fiarse de la apariencia externa de la concha: «Nadie juzgaría su belleza por su exterior tosco y mal pulido. Así se engañan -los sentidos en el examen de las acciones exteriores, obrando por las primeras apariencias de las cosas, sin penetrar lo que está dentro de ellas».[33]

La reiteración de Saavedra en estas dos alusiones al emblema de la concha hace ver que el espíritu del autor está hondamente preocupado por las apariencias y la verdad. Este contraste será destacado a menudo, aun sin llegar a concluir un pensamiento básico como en las anteriores ocasiones. Esporádicamente brotará esta preocupación. Así, cuando entra en la parte poblada y culta de la ciudad, señala que ésta

---

[33] Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe...*, *Obras Completas*, pág. 318.

«reconocida por dentro, no correspondía a la hermosura exterior, porque en muchas cosas era aparente y fingida.»

Es la inquietud del escritor barroco que muestra su cuidado al pensar que las cosas pueden representarse como no son en realidad. La búsqueda de la verdad, el desprecio del engaño, el gusto por el contraste de lo auténtico con lo falso, son los caracteres que mejor definen esta preocupación. Es el mismo problema que señalábamos cuando, al hablar de los libros de política, el autor se rebela ante la malicia y tergiversación a que pueden dar lugar. Como Gracián y como Quevedo, Saavedra parte de estas observaciones hacia un fin claro y preciso: encontrar y defender la autenticidad de comportamiento y de ideas.

El taller del escritor

Está dedicada la *República literaria* a relatar un viaje ficticio, una especie de paseo que sólo es un pretexto para hacer ver sus opiniones. Aun así, este marco no puede carecer de interés desde el punto de vista literario, ya que el autor utiliza los más diversos procedimientos que el arte de la narración le ofrece para descubrir esta ficticia visión. La técnica utilizada para el relato de estos hechos es la de la exposición por parte del visitante de la ciudad de las cosas que va viendo, de los seres que descubre y que hablan con él, y de las reflexiones que en su mente van teniendo lugar ante determinadas situaciones.

El relato en primera persona da a la obra un tono autobiográfico que aumenta la subjetividad de lo descrito. La narración es lenta, detenida, llega al detalle. La minuciosidad hace que se pare ante las cosas, las medite. El procedimiento utilizado por el autor en su relato está en función de esas palabras que al principio de la obra escribe cuando encuentra a Varrón, que se ofrece a mostrarle la ciudad: «fuimos caminando en

buena conversación». Este caminar observando y al mismo tiempo conservando es el sistema utilizado por el autor. Al igual que Dante, al recorrer los espacios del más allá, se informa el visitante por medio de la conversación de los símbolos y alegorías que se le van presentando. Con frecuencia su narración, no sujeta a más inspiración que la forma en que se le van presentando los personajes y las cosas, se verá enriquecida por el epifonema. Su obra es ante todo didáctica y, del relato, ha de ir llegando a cada momento a la reflexión sobre lo que está viendo.

Algunos de estos epifonemas se refieren a asuntos antes comentados. Es lo que ocurre cuando Zeuxis y Parrasio discuten sobre la arrogancia con que uno de ellos se preciaba de haber pintado unas uvas en un cestillo que tenía un niño, de forma tan real «que los pájaros llegaban a picarlas; en que pudiera perder su arrogancia, porque si bien la imitación de las uvas fue tan grande, no lo fue la del niño, pues no espantaba los pájaros. Tan vecinos están los errores de los aciertos que un mismo lienzo los comprende.»

Todo lo que aparece ante sus ojos será normalmente comparado y contrastado con la realidad, con esa realidad ideológica del autor que da pie y forma a toda la obra. Ese constante asomarse a la obra el autor para comunicar alguna idea personal es uno de los rasgos más característicos de la narración. Hay que tener en cuenta con este motivo que toda ella es un marco de las ideas o asertos que quiere hacer ver y como tal funciona siempre alrededor de esa ideología.

Frecuentemente, para realizar el contraste de sus propias ideas con otras, o bien para informarse e informar, el autor concede la palabra a los personajes que va encontrando. Saavedra nunca llegará al diálogo directo, en ningún momento dejará en manos de sus personajes la obra. Él estará allí siempre, interviniendo, preguntando. La forma de diálogo es siempre indirecta las pocas veces que existe, ya que en la mayoría de los casos, cuando habla un personaje lo hace durante largo

espacio y en cierto modo personificando al autor. Recuérdese a este respecto las reconocidas opiniones de Herrera en que el diálogo es breve porque lo que realmente interesa son las opiniones. La larga disertación de Hererera va introducida por unas pocas palabras. «Y, preguntándoselo con cortesía, me respondió con la misma en esta conformidad.»

Tal actitud estilística se repite a lo largo de toda la obra. El procedimiento del autor no es sencillo, aunque artísticamente es muy conseguido. Tiende a suprimir su propia voz en los diálogos, presentando sólo las de sus interlocutores cuando son extensos o cuando tienen gran interés para el contenido de la obra. El propósito de Saavedra no era, por supuesto, escribir una ágil obra dialogada, sino simplemente exponer el pensamiento o las ideas que le sugiere la vista de algún personaje que, por su actividad o por sus méritos, es el objeto de las preguntas sobre lo que Saavedra desea comentar.

El abigarrado mundo de la *República literaria* está lleno de personajes de las más diversas épocas y tierras. Al viejo modo de las visiones alegóricas que tan genialmente supo inaugurar Dante, en un mismo tiempo y espacio hallamos allí reunidos a numerosos hombres que tuvieron una existencia destacada. Saavedra, porque su obra es de crítica literaria, artística y científica, presentará a muchos sabios e ingenios realizando cada uno su labor. Lo interesante es que el autor sabe caracterizarlos con acierto según su actividad. Cualquier detalle que el escritor facilita sobre los personajes tiene su significado. Destacan en esto algunas caracterizaciones de habitantes como la que Apolodoro hace de los historiadores griegos y latinos, en la que va suministrando, reflejándolas en la propia figura del personaje, las características más destacadas del estilo de su obra. Desde la prudencia de Plutarco hasta el estilo conciso, reflejado en sus cortos pasos, de Tácito, todos están en sus cualidades perfectamente captados.

Se relaciona esta técnica de emparentar señas personales con caracteres del modo de ser con un aspecto muy del gusto

barroco: el simbolismo. Saavedra hace a lo largo de toda la obra frecuentísimo uso de este artificio para, por medio de objetos, reflejar cualidades de personas o cosas. Tengamos en cuenta que toda la obra es una visión fantástica de un hombre barroco, que veía en todos los objetos significados más profundos. Sería prolijo recordar aquí todos los momentos en que Saavedra se acoge a este tipo de artificios. Dignas son de comentario, por lo curioso, las asociaciones utilizadas en la descripción de los personajes de la *República*. Allí los gramáticos son berceros; los críticos, remendones, ropavejeros y zapateros; los retóricos, saltambancos; los historiadores, casamenteros; los médicos, carniceros, etc. Es el momento más agrio y descarnado de la crítica de Saavedra.

En otros lugares, el simbolismo pesa aún más. Ya no se trata de una simple comparación alegórica; ahora son los propios personajes simbólicos, de los que está relatando sus cuitas, los que llegan a tomar parte en la obra. El autor se ayuda por medio de estos símbolos en la descripción o comentario de muchas de sus ideas. Unas veces serán los mulos que, cargados de libros, llegan agotados porque mucho es el peso de la necedad; otras veces serán los edificios, los parajes de la ciudad, los que por su disposición se verán llenos de significado. Toda la obra, como tantas otras de la época, se acoge a este artístico procedimiento de verter las ideas en personas o cosas que por sus caracteres reflejan algo que el autor quiere inculcar.

Otro de los procedimientos que utiliza el autor murciano en su obra, quizás el que con más constancia, es la descripción, con el fin de hacemos más real y patente su viaje. Con gran minuciosidad, llena de constante simbolismo, va como el pintor detallista creando la imagen de algo inventado. La profusión de detalles revela en el escritor una gran capacidad de observación de la realidad que deforma para acomodarla a sus propósitos. La ciudad está en su totalidad admirablemente descrita por la pluma del observador inteligente e ingenio-

so, que ve en cada uno de sus detalles el reflejo de una idea, de una característica.

De gran interés, por ejemplo, es la descripción de los campos que hay en las afueras de la ciudad, en los que con un gran alarde de meticulosidad va relatando y presentando ante el lector cómo está constituida la urbe. Tras su lectura resulta fácil imaginarla tal como la concibió su autor. No serán pocas las ocasiones en que el lector, entre digresión filosófica y aserto crítico, vaya descubriendo el paisaje urbano de tan singular República. Contribuyen estas notas a hacer la obra más amena, a hacer más comprensibles sus alegorías y símbolos, que, durante toda ella, dan forma a los pensamientos de Saavedra.

Otro tanto podríamos decir, encomiando este preciosismo detallista, cuando leemos las descripciones de algunos interiores llenos de símbolos. Así la impresión que le produce la sala donde se pesan los ingenios.

A veces, los relatos de cómo está dispuesto el paisaje de la ciudad dan ocasión a Saavedra de recargar con rasgos muy barrocos la descripción. En todas estas descripciones se aprecia claramente el poder de sugestión del político murciano, que, con sus detalladas visiones de lugares fantásticos, hace ver con minuciosa claridad parajes y estancias totalmente imaginarios. Sus descripciones son estáticas pero no ausentes de vida y significado. No es un autor que va haciendo un seco inventario de lo que presencia e imagina; es la visión alegórica llena de significación de unos paisajes que han sido creados para enmarcar la desenfadada visión de la *República literaria.*

Esta edición

Seguimos el texto establecido por Ángel González Palencia en su edición de Aguilar, que al mismo tiempo seguía el de García de Diego, basado en el manuscrito 6.436

de la Biblioteca Nacional. Hemos modernizado en lo posible la ortografía, como hizo González Palencia, y hemos adoptado la división en capítulos que estableció Dowling en su edición. Hemos tenido en cuenta también las aportaciones y numerosas correcciones textuales realizadas por José Carlos de Torres.

Para el texto «primitivo» de la República Literaria, hemos tenido en cuenta el manuscrito 7.526, conservado en la Biblioteca Nacional y la trascripción del mismo ofrecida por José Carlos de Torres den su edición de 1985.

También se han atendido, en la medida de lo posible, todas las sabias aportaciones del último editor de la *República literaria*, Jorge García López, facilitadas en su espléndida edición citada de 2006.

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

REPÚBLICA LITERARIA

DEDICATORIA
AL ILLMO. y EXMO. SEÑOR, EL SEÑOR CONDE DUQUE DE SAN LÚCAR

Ese fue, señor, el primer parto de mi ingenio, delito de la juventud, como se descubre en su libertad y atrevimiento. Dejéle peregrinar desconocido por España, para prueba dél y de mí, sin que en el afecto o lisonja de los amigos se pudiese engañar el amor propio, y, aunque fue bien recibido, volvió a mi presencia tan ultrajado de los que le habían copiado, que me obligó a formallo de nuevo, con tales contraseñas, que se pareciese más a su padre. Pero ni esta diligencia me satisfizo: le tuve en las tinieblas de la pluma, sin permitille salir a la luz de la estampa, hasta que la mereciese otra obra de más juicio y de más utilidad pública, como creo son las *Empresas Políticas*. A sombra dellas y de la protección de V. Ex.ª sale en público no por hacer examen de libros ni ostentación de sciencias, sino por ponelle a V. Ex.ª delante una representación sumaria de aquellas en que V. Ex.ª ocupó felizmente sus primeros años, para que, si la curiosidad o la libertad natural de su ingenio acusare en V. Ex.ª las ocupaciones públicas, en que le han puesto su celo, inteligencia, valor y integridad, le divierta V. Ex.ª con esos desengaños de los estudios.

No le desprecie V. Ex.ª por sueño, pues Cicerón no se desdeñó de ilustrar sus escritos con otros de Scipión. Dios y...

DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

AL LECTOR

Por ser tú tan piadoso, o letor, hay tantos que escriben, prometiéndose de tu benignidad que, más por complacerles que por estudio, te aplicarás a la letura de sus escritos, los cuales, o no fueran tantos, o fueran menos prolijos, si te mostraras áspero y cruel. Nunca Dídimo gramático se hubiera atrevido a escribir cuatro mil libros de materias tan inútiles que, aun después de sabidas, se pudiera hacer estudio para olvidarlas, ni yo te hubiera cansado pocos días ha con cien *Empresas Políticas*, ni tratara de la impresión de otras obras que tengo dispuestas si no fuera en fe de tu mucha paciencia. Todos procuran sacar a luz lo que estuviera mejor en la escuridad, porque, como hay pocos que obren lo que merezca ser escrito, así hay pocos que escriban lo que merezca ser leído; y tú, sin reparar en ello, consumes vanamente el tiempo en leer que se empleara mejor en escribir y meditar. Ni pienses que a ello te obliga la carta ordinaria que te escriben todos los autores, porque aquélla más es para alabarse que para lisonjearte y no debe esta cortesía vana pesar en ti más que el daño que resulta a la república literaria, donde, entregados los ingenios a esta estudiosa gula, casi todos mueren opilados; en que tiene mucha culpa la emprenta, cuya forma clara y apacible convida a leer; no así cuando los libros manuscritos eran más difíciles y en menor número. Quizá por esto se aventajaron en las artes y sciencias los romanos, y los griegos más, porque estudiaban en menos. Procura, pues, en-

frenar este apetito desordenado, y mira más por tu salud, tan gastada «con el continuo desvelo de lecturas». Que la piedad me obliga a convidarte a un sueño el menos pesado que he podido; duérmele, que por ventura despertarás de muchas cosas; pero de ninguna te des por ofendido, pues entre sueños no hay intención, y sin ella no hay agravio. Sosiega.

REPÚBLICA LITERARIA

1

Habiendo discurrido entre mí del número grande de los libros, y de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la emprenta, con que se ha hecho trato y mercancía, estudiando los hombres para escribir, y escribiendo para granjear con sus escritos, me venció el sueño, y luego el sentido interior corrió el velo a las imágenes de aquellas cosas en que despierto discurría. Halléme a la vista de una ciudad, cuyos capiteles de plata y oro bruñido deslumbraban la vista y se levantaban a comunicarse con el cielo.

Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla, y, ofreciéndose entonces delante de mí un hombre anciano que se encaminaba a ella, le alcancé, y, trabando con él conversación, supe que se llamaba Marco Varrón, de cuyos estudios y erudición en todas materias, profanas y sagradas, tenía ya muchas noticias por testimonio de Cicerón y de otros, y preguntéle yo qué ciudad era aquélla; me dijo con agrado y cortesía que la *República literaria*, ofreciéndose a mostrarme lo más curioso della. Aceté la compañía y la oferta, y fuimos caminando en buena conversación. Por el camino fui notando que aquellos campos vecinos llevaban más eléboro que otras yerbas, y, preguntándole la causa, me respondió que la divina Providencia ponía siempre vecinos los remedios a los daños, y que así había dado a la mano aquella yerba para cura de los ciudadanos, los cuales, con el continuo estudio, pade-

cían graves achaques de cabeza. Muchos buscaban entre el eléboro la nacardina para hacerse memoriosos, con evidente peligro del juicio. Poco me pareció que tenía los que le aventuraban por la memoria, porque, si bien es depósito de las sciencias, también lo es de los males, y fuera feliz el hombre si, como está en su mano el acordarse, estuviera también el olvidarse. La memoria de los bienes pasados nos desconsuela, y la de los males presentes nos atormenta.

Habiendo llegado a la ciudad, reconocí sus fosos, los cuales estaban llenos de un licor escuro; las murallas eran altas, defendidas de cañones de ánsares y cisnes, que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servían de baluartes, dentro de las cuales levantaba la fuerza del agua unas gruesas vigas, cuyas cabezas, batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducían a menudos átomos; y recogidos éstos en cedazos cuadrados de hilo de alambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel; materia fácil de labrar y bien costosa a los hombres. ¡Qué ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió próvidamente la Naturaleza la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como a metales perturbadores de nuestro sosiego, y con gran providencia los retiró a regiones más remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar Océano, y por muros altas y peñascosas montañas; y el hombre industrioso busca artes, y instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes, y sacar aquella materia que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los muladares los viles andrajos, de que aun no pudo cubrirse la desnudez, y entre aquella basura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga en aquellas hojas donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos y de la variedad de religiones y sectas.

El frontispicio de la puerta de la ciudad era de hermosas columnas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas (no sin misterio) parece que faltaba a sí misma la arquitectura, por-

que de los cinco órdenes solamente se veía el dórico, duro y desapacible, símbolo de la fatiga y del trabajo. Entre las columnas estaban en sus nichos nueve estatuas de las nueve musas, con varios instrumentos de música en las manos, a las cuales había dado la escultura tal aire y movimiento, a pesar del mármol, que la imaginación se daba a entender que imprimía en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo, donde las consideró inteligencias o almas la antigüedad. Clío parece que encendía en los pechos llamas de gloria con las hazañas de los varones ilustres. Terpsícore elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. Erato daba números y compases al movimiento de los pies. Polimnia avivaba la memoria. Urania se servía della para persuadir en el ánimo la contemplación de los astros, Calíope levantaba los espíritus heroicos a acciones gloriosas. Este frontispicio se remataba en la estatua de Apolo, cuya madeja de oro con lustroso curso de luz bajaba sobre los hombros. Ocupaba su mano derecha el plectro y la izquierda la lira.

Entramos por los arrabales, y vimos que en ellos se exercitaban aquellas artes que son calidades y hábitos del cuerpo, en las cuales se fatiga la mano y poco o nada obra el entendimiento; hijas bastardas de las sciencias, que, habiendo recibido dellas el ser y las reglas por donde se gobiernan, las desconocen, y obran sin saber dar la razón de lo mismo que están obrando.

Por estas artes mecánicas pasamos ligeramente, sin discurrir en ellas, aunque nos dio ocasión Dédalo ateniense, que con una sierra y un barreno en la mano hacía ostentación de haber sido el primer inventor deste y otros instrumentos mecánicos. Y llegamos a aquellas artes en que el entendimiento discurre, y le obedece la mano como instrumento suyo, las cuales son subalternas y dependientes de las siete artes liberales, que se ocupan en las palabras y en las cantidades. A estas artes dividía de las mecánicas un apacible río, cuyas riberas se comunicaban por una puente de mármoles y piza-

rras, a quien hacían puerta columnas histriadas de jaspe y diáspero, de cuyas cornisas prendían trofeos de instrumentos de las artes del dibujo, pinceles, tabolazas, escuadras, compases y buriles. En lo más alto deste frontispicio estaba representada la Arquitectura en una doncella de mármol, levantando el brazo derecho, con un compás y una escuadra en la mano, y el izquierdo estribando en una planta de edificio, y a sus pies, por el plano del pedestal, corrían estos dos versos de Micael Ángel:

Non ha l' ottimo artista alcun concetto
che un marmo solo in se non circonscriva.

A su lado derecho tenía a la Pintura sobre el capitel de una cornisa, con un pincel en la mano, y en la otra una tabolaza con diversos colores, y una máscara pendiente del cuello, y al lado izquierdo a la Escultura, coronada de laurel, y reclinada sobre fragmentos de estatuas.

2

Ofrecióse a la vista después desta puente una calle espaciosa, por quien de uno y otro lado se levantaban en arco hermosos soportales habitados de los artífices del dibujo. Los primeros eran los arquitectos, y entre ellos Agátaro, ateniense, se jactaba de la invención deste arte; Sóstrato deliniaba en una planta la torre del Faro; Spíndaro, corintio, el templo de Delfos; Caretes, lidio, el coloso de Rodas; Glugila, el mausoleo de Artemisa, y Artemidoro, el foro de Trajano. Otros se desvelaban en la perfección de las columnas, basas, pedestales, plintos, cornisas, arquitrabes, capiteles, todo en orden a la perfección de un edificio; laborioso desvelo para la brevedad de la vida, en quien casi se alcanzan los primeros a los últimos suspiros.

Más adelante, con buriles de acero, Estratónico, Acragas, Mentor, Beto y Antípatro esculpían en plata maravillosas figuras, entre las cuales Estratónico había grabado en una taza con tal arte un sátiro, que parecía haberle puesto vivo en ella, y que daba temor a las ninfas. Zopiro en dos cántaros realzaba con ingeniosos relieves las locuras de Orestes. Con notable atención acababa Pitias aquella admirable obra llamada Magiriscia, a quien nunca se atrevió la imitación. En un soportal el rey Atalo se entretenía en ver tejer paños de varias figuras, muy preciado de su invención. Allí algunos troyanos se exercitaban en bordar y matizar, y muchos flamencos dignos de inmortal fama copiaban en tapices, no sin invidia de

la pintura, y con injuria de la Naturaleza, todas sus obras con admirable viveza; en que extraña mucho que, teniendo debajo de los telares el dibujo, sin ver lo que obraba la tejedora, por estar la faz del tapiz contrapuesta a la vista, salían después naturales las figuras. ¡Cuántas cosas con menos seguridad del acierto obran así los príncipes por el dibujo de las cosas que les ponen delante, sin saber lo que firman ni lo que ordenan!

Entre estos artífices, un egipcio formaba de pedazos de mármol y de otras piedras un cuerpo humano con tal ingenio, que las que antes eran piedras pequeñas, colocadas allí se convertían en músculos y venas; arte de que se vale la política destos tiempos para formar con menudos motivos desunidos entre sí un pretexto con que acometer una guerra injusta y una usurpación violenta. En otro soportal, Alcamanes, Cricio, Nestocles y Agelades esculpían en mármoles, y Pergoteles se ocupaba en retratar a Alexandro Magno en piedras preciosas; licencia a este solo concedida, así como también a Lisipo para retratalle en mármoles y bronce, y a Apeles en tablas y lienzos. ¡Oh, gran privilegio del valor, en cuya alabanza pocos ingenios merecen poner las manos, y a quien todas las cosas no son bastantes a ilustrar! Tenía Fidias entallados unos peces tan al vivo, que, si les echaran agua, nadarían. A un lado ya estaba acabada la estatua de Belona, contenida en su mismo escudo, causando gran maravilla que, a pesar de la geometría, fuese la parte igual al todo, como si cada día no se viese lo mismo en la conveniencia de los príncipes, que siendo parte, es el todo. Entre los últimos, aunque de los primeros en el arte, estaba el caballero Vernino, acabando la estatua de Dafnes, medio transformada en laurel, en quien engañada la vista se detenía, esperando que las cortezas acabasen de cubrir el cuerpo y que el viento moviese las hojas, en que poco a poco se convertían los cabellos.

Más adelante vivían los profesores de la pintura, arte émula de la Naturaleza y remedo de las obras de Dios, sobre

cuya invención había grandes contiendas. Gigas el de Lidia se gloriaba de haberla hallado; Pirro lo contradecía, y también los corintios y egipcios, preciándose vanamente de haber sido sus primeros inventores seis mil años antes que se usase en Grecia; pleito que difícilmente puede reducirse a prueba, porque casi insensiblemente, sin alabanza de alguno y con gloria de todos se van perficionando las artes. Los cuerpos bañados de luz arrojaron sus sombras; en ellas advirtió el ingenio los perfiles y dieron ocasión al arte, siendo Ardices y Teléfano los primeros que, dibujando estos perfiles, mancharon el cuerpo comprehendido entre ellos: Polignoto y Aglafón usaron del color blanco y negro; Filodes, egipcio, inventó las líneas; Apolodoro, el pincel, y Antonelo, el olio con que se eternizan las pinturas.

Con gran quietud íbamos viendo aquellas cosas, cuando la turbó una pendencia entre Zeuxis y Parrasio, grandes competidores del pincel; y como los celos del ingenio son los mayores, por tocar a la parte más principal del hombre, pasaron de la emulación a las manos, corrido Zeuxis de haberse engañado con el lienzo de Parrasio; aunque procuraba reparar su engaño con haber pintado tan naturales unas uvas que en un cestillo llevaba un niño, que los pájaros llegaban a picallas; en que pudiera perder su arrogancia, porque, si bien la imitación de las uvas fue grande, no lo fue la del niño, pues no espantaba los pájaros. Tan vecinos están los errores de los aciertos, que un mismo lienzo los comprehende.

Compusimos la pendencia y pasamos adelante, donde vimos a Arístides dando con el pincel tal movimiento y viveza a los cuerpos, que en ellos se descubrían los afectos y inclinaciones del ánimo. Protógenes tenía ya casi acabada la pintura del Ialiso, en que había trabajado siete años, sin beber ni comer más que altramuces remojados, porque otras viandas no le embarazasen el ingenio; obra que había de colocarse en el templo de la Paz; y así ponía en ella los últimos esfuerzos, y solamente le faltaba de pintar la espuma de un

perro. Procuró diversas veces imitalla al vivo, y siempre le salió vano el intento; hasta que, desesperado, le arrojó una esponja para borrar el cuadro. Quedé admirado de la cólera del pintor en lo que tanta fatiga le había costado, y mucho más de que el golpe de la esponja tirada acaso dejase más bien pintada la espuma de lo que había pretendido el arte. De donde aprendí que muchas cosas acierta el caso que erraría el cuidado y atención, y que tal vez conviene obrar en los primeros ímpetus de la Naturaleza, a los cuales suele gobernar un movimiento divino; para que se conozca que no la prudencia de los hombres, sino la providencia de Dios asiste a las cosas.

El hábito y el aire español me obligó a poner los ojos en Navarrete el Mudo, a quien envidiosa quitó la voz la Naturaleza, porque antevió que, en emulación de sus obras, habían de hablar las de aquel gran pintor. Después dél estaba retratando al rey Filipe Cuarto Diego Velázquez, con tan airoso movimiento y tal expresión de lo majestuoso y augusto de su rostro, que en mí se turbó el respeto y le incliné la rodilla y los ojos.

En esta variedad de pinturas entretenía la vista, cuando llegamos a un corro de gente, donde se disputaba de la precedencia entre la pintura y la escultura. Lisippo defendía que debía ser preferida la escultura, porque para ella se requería más cierta noticia de las medidas y mayor destreza en los delineamientos; donde, cometido un error, no se puede enmendar; obra que está expuesta a la verdad del tacto y de la vista, cuya perfección por todos lados ha de constar, y cuya materia es más preciosa y más durable que las tablas y lienzos de la pintura, por lo cual conserva más la memoria de los grandes varones y anima más a lo glorioso. Apeles procuraba con varias razones y argumentos mostrar la excelencia de la pintura. Esta (decía) es una muda historia, que pone delante de los ojos muchas acciones juntas, las calidades, cantidades, el lugar, los movimientos, con gran delectación y enseñanza del

ánimo. Pocas cosas esculpe el buril y ninguna deja de copiar el pincel. Si la escultura, con lo grosero de la materia, descubre la cantidad de los cuerpos, la pintura, con la aplicación de las luces y de las sombras, los realza en una superficie plana. En la escultura, los cuerpos conservan su justa distancia; en la pintura, o los aparta o los atrae, los une o los dilata, con tal arte, que deja burlados los ojos y aun corrida a la Naturaleza. Válese del color, que es quien da su último ser a las cosas, y quien más descubre los movimientos del ánimo. Las voces y disputa del uno y del otro habrían pasado a pendencia, si Micael Ángel, como tan gran pintor y escultor, no los despartiera, mostrando en tres círculos que se cortaban entre sí que estas dos artes y la Arquitectura eran iguales, dándose fraternalmente las manos las unas a las otras.

3

Dejando esta contienda, entramos en la ciudad por una puerta coronada de una media esfera, donde, trabadas de las manos, se veían las siete artes liberales: la Gramática, Dialéctica, Retórica, Aritmética, Música, Geometría y Astronomía. Las puertas eran de aquel bronce o metal corintio que tanto celebró la antigüedad, grabadas con tan hermosos relieves de figuras, que se me obligó a preguntar a Polidoro quién era el artífice y qué historia contenían. En esta puerta (me dijo) está grabada la invención de la tinta por mano de un gran artífice florentín, cuyo ingenioso y subtil buril dilata su fama por los confines de la tierra. ¿No ves (me explicaba, levantando el brazo y tendida la mano) aquella turba de hombres que con grave y severo semblante, despreciador de todos los sentimientos y comodidades humanas, mira con desestimación a aquella doncella que con una corona de oro en la cabeza y un clarín en la mano da muestras de huir, corrida de sus baldones y desprecios, queriendo volar sobre aquel áspero monte?; ésta, pues, es la Gloria y aquéllos son filósofos estoicos, que se burlan della, excluyéndola del número de los verdaderos bienes del hombre, como a felicidad ajena del ánimo y fuera de su potestad nacida de la opinión ajena; de lo cual afrentada, levanta el vuelo, y, seguida de algunos espíritus alentados, llega a la cima del monte; y, postrada a los pies de la Virtud, su madre, que vive entre aquellas soledades acompañada de la Vigilancia, de la Fatiga y del Arte (damas que

siempre le asisten), le refiere los agravios y desestimaciones de los filósofos. La Virtud la consuela, representándole los efectos de su fama en los grandes hechos de los varones pasados y de aquellos que en los siglos venideros han de abrir por el Océano nuevos rumbos y caminos hasta descubrir otros mundos, siendo estrecho a sus ánimos el que hoy se conoce. Con lo mismo, le responde la Gloria, que procuras, oh madre mía, consolarme, acrecientas la causa de mi llanto, porque, si bien es grande esta fama, tú sabes que es vana y caduca, pendiente de los labios ajenos, y formada de palabras ligeras, hijas del viento, de quien nacen y en quien luego mueren, dejando triunfante al Olvido, mi mayor enemigo. Estas palabras de la Gloria, acompañadas de lágrimas, como lo descubre su semblante, obligan a la Virtud a ordenar al Arte (que es aquella doncella en cuyos hombros tiene puesta la mano) que procure el remedio con que pueda perpetuarse la Fama. Obedece el Arte: y más adelante la verás consultar el remedio con la Noche, representada en aquella doncella cuyo manto, sembrado de estrellas, le cubre la mitad del rostro. Esta le dice que, así como en lo escuro de su manto escribió el gran Arquitecto de los orbes sus eternos decretos con caracteres de luz, así sobre blanca carta se podrían delinear con tinta negra los conceptos del ánimo, dándoles cuerpo, y fijando, a pesar del Olvido, las palabras con la misma escuridad con que él procuraba sepultar a la Fama. El arbitrio de la Noche agradó al Arte; y, queriendo disponerse a hacer la tinta, los dioses, que entre aquellas nubes están atentos al caso, y anteviendo que con tal invención había de llegar la Gloria a ser diosa, procuran anticiparse a lisonjear su voluntad; y para la perfección de la obra que intenta, Baco le suministra el vino, Júpiter las agallas de encina, Pomona la goma arábiga, Vesta el vitriolo, Febo el calor; del cual y de aquellos materiales resulta la tinta que está en aquellas redomas y has visto en esos fosos; que es la que hace inmortal a la Gloria y por quien se conserva esta República.

En la otra puerta un artífice español, que a las riberas del río Segura debe su ser y a la invidia y emulación más que a la Fortuna, grabó la invención de la emprenta. En ella verás cómo la Religión, habiendo peregrinado por varias regiones del mundo, mal conocida y profanada dellas, llega a España, y el Tajo la venera y adora con verdadero culto, levantándole templos y reconociendo en ella un solo Júpiter, primera causa de las cosas. Agradecida la Religión a las demostraciones del Tajo, representa en el concilio de los dioses la obligación en que ha puesto a aquella suprema deidad de Júpiter, por quien obran las demás, no como diferentes, sino como partes producidas de su eterno ser. Pondérase en el concilio la importancia deste servicio, confiérese el premio que le compete, y casi todos concuerdan en que se le dilate al Tajo su monarquía por los términos de Europa y costas de África. Al gran padre de los dioses, Océano, le parece corto galardón para nación tan gloriosa, y propone a los dioses aquella separación de otro mundo no conocido o ya olvidado de los hombres, después que la fuerza de las olas le retiraron y tantos montes y valles de agua le hicieron incomunicable. El descubrimiento y conquista deste nuevo mundo dice que sería premio debido a la piedad y valor de los españoles. Aprueban su parecer los demás dioses, ofrécense dificultades en su execución si se hiciese dejando correr los medios ordinarios, por la dificultad de reducir a la obediencia y al gobierno político provincias tan dilatadas y tan distantes entre sí, pobladas de numerosas naciones, con un pequeño número de gente; pero la incomprehensible sabiduría de aquel celestial cónclave dispone los medios, facilitando Nereo la navegación con la invención de la piedra imán; Marte halla la pólvora; Vulcano fabrica los arcabuces, con que armados de rayos los españoles sujeten la multitud de aquellos bárbaros; y para que entre ellos puedan mejor dilatar la Religión por medio de los libros, excusando el inmenso trabajo de los escritores, sus errores y ignorancias, inventa Mercurio los caracteres de la

emprenta, labrados por Vulcano en puntas de plomo y otros metales blandos. Plutón mezcla el humo con la linaza y trementina, y hace un betún, con que, bañadas las letras, y oprimidas con la prensa, dejen en el papel trasladadas sus figuras, y pueda el más ignorante tirar en un día, sin saber escribir, infinito número de pliegos escritos.

4

Parecióme ingenioso lo grabado en aquellas puertas; y, entrando a lo interior dellas, vi por los espacios de diversos arcos pintados los inventores de las letras o caracteres: los primeros eran caldeos; después, los asirios y fenices, entre los cuales estaba Palamedes, que en el cerco de Troya halló cuatro letras; Simónides, inventor de otras tantas, y Cadmo, de diez y seis. Allí también vimos retratado al emperador Claudio César, por haber añadido cuatro letras a la lengua griega.

Dos gramáticos, cargados de cejas y prolijos de barbas, vestidos a la antigua, con escarcelas aliado y llaves pendientes del cinto, eran porteros y guardas de aquellas puertas; tan soberbios y insolentes con la confianza que se hacía dellos, que por no pasar por sus manos estuve ya resuelto a volver atrás. Pero la curiosidad me obligó a la paciencia; y, habiendo entrado, se me ofreció a la vista un hermoso edificio, a quien dejaba espacioso lugar una plaza cuadrada; el cual, según me dijo Polidoro, era la Aduana, donde se descargaban los libros que de todas las naciones del mundo se enviaban a aquella República. Casi toda la plaza estaba ocupada de acémilas cargadas dellos; y algunas, aunque traían un libro solo, llegaban sudadas y anhelantes. Tal es el peso de una carga de necedades, insufrible aun a los lomos de un mulo.

Recibían estas cargas diversos censores ancianos, cada uno destinado para los libros de su profesión; los cuales con

riguroso examen reconocían y solamente dejaban pasar para servicio de aquella República a los libros que con propia invención y arte eran perfectamente acabados, y podían dar luz al entendimiento, y ser de beneficio al género humano; y a los demás, por lograr el papel, ya que se veía perdido el trabajo, destinaban, no con mal gusto, para los usos y ministerios caseros de la República, burlándose del vano apetito de gloria de sus autores.

Acerquéme a un censor, y vi que recibía los libros de jurisprudencia, y que, enfadado con tantas cargas de lecturas, tratados, decisiones y consejos, exclamaba: ¡Oh Júpiter! Si cuidas de las cosas inferiores, ¿por qué no das al mundo de cien en cien años un emperador Justiniano, o derramas exércitos de godos que remedien esta universal inundación de libros? Y sin abrir algunos cajones, los entregaba para que en las hosterías sirviesen, los civiles de encender el fuego, y los criminales de freír pescado y cubrir los lardos.

Otro censor recibía los libros de poesía, en que había gran número de poemas, comedias, tragedias, pastorales, piscatorias, églogas y otras obras satíricas, y con mucha risa aplicaba los libros de materias amorosas para hacer cartones a las damas, capillos de ruecas, devanadores, papelones de gragea y anís, y también para envolver las ciruelas de Génova. Los libros satíricos entregaba para papeles de agujas y alfileres, para envolver la pimienta, dar humo a narices y hacer libramientos. Destas obras muy pocas vi que, libres del examen, mereciesen el comercio y trato. Lo mismo sucedía a los que llegaban sobre materias de astronomía, astrología, nigromancia, sortilegio, adivinación. Y alquimia, porque a casi todos los enviaban para hacer cohetes y invenciones de fuego.

El censor que recibía los libros de humanidad estaba muy afligido, cercado por todas partes de diversos comentarios, cuestiones, anotaciones, scolios, observaciones, castigaciones, centurias, lucubraciones; y de cuando en cuando soltaba

la risa, viendo algunos libros escritos en latín y aun en vulgar con el título en griego, con que sus autores querían dar autoridad a sus obras, como los padres que llaman a sus hijos Carlos o Pompeyos, creyendo que con estos nombres les infunden el valor y la nobleza de aquéllos. Algunos de estos libros reservó el censor; a los demás, deputó para que en las boticas se cubriesen con ellos los botes, cuyos títulos están en griego, siendo nacionales los simples que contienen. Reíme de la aplicación y celebré el donaire con que castigaba también la vana ostentación de los que esparcen por sus libros lunares de palabras griegas.

Gran parte de los libros de historia estaban excluidos del templo, y destinados para hacer arcos triunfales, estatuas de papel y festones; como también los de medicina para tacos de arcabuces, no menos ofensivos que las balas, y los de filosofía para llorones, gatos y perros de cartón.

De las partes septentrionales y también de Francia y Italia venían caminando recuas de libros de política y razón de estado, aforismos, discursos, comentarios sobre Comelio Tácito, o sobre las *Repúblicas* de Platón y Aristóteles. Recibía esta dañosa mercancía un censor venerable, en cuya frente estaba delineado un ánimo cándido y prudente; el cual, en llegando estas cargas, dijo: «¡Oh libros, aun para reconocidos peligrosos, en quien la verdad y la religión sirven a la conveniencia! ¡Cuántas tiranías habéis introducido en el mundo y cuántos reinos y repúblicas se han perdido por vuestros consejos! Sobre el engaño y la malicia fundáis los aumentos y conservación de los Estados, sin considerar que pueden durar poco sobre tan falsos cimientos. La religión y la verdad son los fundamentos firmes y estables, y solamente feliz aquel príncipe a quien la luz viva de la Naturaleza, con una prudencia cándidamente recatada, enseñó el arte de reinar.» Ponderé mucho la gravedad destas razones y juzgué por ellas que de aquellos libros mandaría hacer reguiletes, que a cualquier viento, y a veces sin él, se mueven al fin de quien los con-

duce, y también máscaras, porque todo el estudio de los políticos se emplea en cubrille el rostro a la mentira y que parezca verdad, disimulando el engaño y disfrazar los desinios; pero todos los mandó entregar al fuego; y, preguntándole la causa, me respondió: «Este papel trae tanto veneno, que aun en pedazos y por las tiendas sería peligroso al público sosiego; y así, más seguro es que le purifiquen las llamas»; algo me encogí, temiendo aquel rigor en mis *Empresas políticas*, aunque las había consultado con la piedad, y con la razón y justicia.

5

Dolíame tanto de ver malogrado el trabajo de tantos ingenios, que volví el rostro a aquel examen, y, entrando dentro de aquellas aduanas, me divertí en una sala cuadrada, que era del contraste, donde se pesaban los ingenios, y se les daba su justa estimación. En el techo de esta sala resplandecía el octavo cielo con todas sus constelaciones, atravesado con el Zodíaco, en el cual se veían los doce signos. Formábase este círculo sobre cuatro ángulos, en los cuales se ofrecían resalidos los cuatro vientos principales. El Euro entre blancas nubes, el Austro arrebolado y fogoso, el Favonio vertiendo flores y el Aquilón sacudiendo de su escuro manto nieve y granizo; y por el espacio de las cuatro paredes estaban los cuatro tiempos del año: la Primavera, coronada de rosas; el Estío, de espigas; el Otoño, de pámpanos, y el Invierno, de secos y erizados cambrones. En medio desta sala pendía una romana grande, y a su lado un pequeño peso; con aquélla se pesaban los ingenios por libras y arrobas, y con éste los juicios por adarmes y escrúpulos.

Más adelante, a la luz de una ventana, Hernando de Herrera con gran atención cotejaba los quilates de unos ingenios con otros en una piedra de parangón, en que me pareció que cometería algunos errores, porque muchas veces no son los ingenios como parecen. Algunos a la primera vista son vivos y lucientes al parecer, pero de pocos quilates; otros, aunque sin ostentación, tienen grandes fondos. Con todo eso, quise

saber dél (como de quien era tan versado en los poetas toscanos y españoles de nuestros siglos), en la estimación que los tenía; y, preguntándoselo con cortesía, me respondió con la misma en esta conformidad: «Cayó el Imperio romano, y cayeron (como es ordinario) envueltas en sus ruinas las sciencias y artes, hasta que, dividida aquella grandeza, y asentados los dominios de Italia en diferentes formas de gobierno, floreció la paz, y volvieron a brotar a su lado las sciencias. Petrarca fue el primero que en aquellas confusas tinieblas de la ignorancia sacó de su mismo ingenio, como de rico pedernal de fuego, centellas, con que dio luz a la poesía toscana. Su espíritu, su pureza, su erudición y gracia le igualó con los poetas antiguos más celebrados.

»El Dante, queriendo mostrarse poeta, no fue scientífico, y, queriendo mostrarse scientífico, no fue poeta, porque se levanta sobre la inteligencia común sin alcanzar el fin de enseñar deleitando, que es propio de la poesía, ni el de imitar, que es su forma.

»Ludovico Ariosto, como de ingenio vario y fácil en la invención, rompió las religiosas leyes de lo épico en unidad de la fábula, y en celebrar a un héroe solo, y celebró a muchos en una ingeniosa y varia tela, pero con estambres poco pulidos y cultos.

»Desta licencia usó el Marino en su *Adonis*, más atento a deleitar que a enseñar, cuya fertilidad y elegancia forman un hermoso jardín con varios cuadretes de flores.

»Más religioso en los preceptos del arte se mostró Torcuato Tasso en su poema *Ara de las Musas*, a quien no se puede llegar sin mucho respeto y reverencia.

»Lo mismo que ha sucedido a los italianos sucedió también a los ingenios de España. Oprimió sus cervices el yugo africano, de cuyas provincias pasaron a ella sierpes bárbaras, que pusieron miedo a sus Musas, las cuales trataron más de retirarse a las montañas que de templar sus instrumentos; hasta que Juan de Mena, docto varón, les quitó el miedo, y

las redujo a que entre el miedo de las armas levantasen la dulce armonía de sus voces. En él hallarás mucho que admirar y que aprender, pero no primores que imitar. Tal era entonces el horror a la villana ley de los consonantes, hallada en medio de la ignorancia, que se contentaban con explicar en copla sus conceptos como quiera que fuese.

»Florecieron después el marqués de Santillana, Garci Sánchez, Costana, Cartagena y otros, que poco a poco fueron limando sus obras.

»Ausías March escribió en lengua lemosina, y se mostró agudo en las teóricas y especulaciones de Amor, y aun dio pensamientos a Petrarca, para que con pluma más elegante los ilustrase y hiciese suyos.

»Ya en tiempos más cultos, escribió Garci Laso, y con la fuerza de su ingenio y natural, y la comunicación de los extranjeros, puso en un grado muy levantado la poesía. Fue príncipe de la lírica, y con dulzura, gravedad y maravillosa pureza de voces, descubrió los sentimientos del alma; y como éstos son tan propios de las canciones y elegías, por eso en ellas se venció a sí mismo, declarando con elegancia los afectos, y moviéndolos a lo que pretendía. Si en los sonetos es alguna vez descuidado, la culpa tienen los tiempos que alcanzó. En las églogas, con mucho decoro usa de dicciones sencillas y elegantes, y de palabras cándidas, que saben al campo y a la rustiquez del aldea; pero no sin gracia ni con profunda ignorancia y vejez, como hicieron Mantuano y Encina en sus églogas; porque tiempla lo rústico con la pureza de voces propias al estilo, imitando a Virgilio.

»En Portugal floreció Camoes, honor de aquel reino; fue blando, amoroso, conceptuoso, y de gran ingenio en lo lírico y en lo épico.

»En los tiempos de Garci Laso escribió Boscán, que por ser extranjero en la lengua merece mayor alabanza, y se le deben perdonar algunos descuidos en las voces.

»Sucedió a éstos don Diego de Mendoza, el cual es vivo

y maravilloso en los sentimientos y afectos del ánimo, pero flojo y inculto.

»Casi en aquellos tiempos floreció Cetina, afectuoso y tierno, pero sin vigor ni nervio.

»Ya con más luz nació Luis de Baraona, varón docto y de levantado espíritu; pero sucedióle lo que a Ausonio, que no halló con quién consultarse, y así dejó correr libremente de su vena, sin pena ni arte.

»Este mismo tiempo alcanzó Juan de Arjona, y con mucha facilidad intentó la traducción de Estacio, encendiéndose en aquel espíritu; pero, prevenido de la muerte, la dejó comenzada; en la cual muestra gran viveza y natural, siguiendo la ley de la traducción, sin abajarse a menudencias y niñerías, como Anguilara en la traducción o perífrasis de los *Metamorfoseos* de Ovidio.

»Don Alonso de Ercilla, aunque por la ocupación de las armas no pudo acaudalar la erudición que para estos estudios se requiere, con todo eso en *La Araucana* mostró un gran natural y espíritu, con fecunda y clara facilidad.

»En nuestros tiempos renació un Marcial cordobés en don Luis de Góngora, requiebro de las musas, y corifeo de las gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural, es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió después, queriendo retirarse del vulgo y afectar la escuridad; error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló después tanto más estimado, cuanto con más cuidado le buscaron los ingenios y explicaron sus agudezas.

»Contemporáneo suyo fue Bartolomé Leonardo de Argensola, gloria de Aragón y oráculo de Apolo, cuya facundia, erudición y gravedad con tan puro y levantado espíritu,

y tan buena elección y juicio en la disposición, en las palabras y sentencias, serán eternamente admiradas de todos y de pocos imitadas. La pluma poco advertida afeó mucho sus obras, y después la estampa, por no haberlas entendido; peligro a que están expuestas las impresiones póstumas.

»Lope de Vega es una ilustre vega de Parnaso, tan fértil, que la elección se confundió en su fertilidad, y la naturaleza, enamorada de su misma abundancia, despreció las sequedades y estrechezas del arte. En sus obras se ha de entrar como en una rica almoneda donde escogerás las joyas que fueren a tu propósito, que hallarás muchas.»

6

Sin reparar en el orden y disposición, agradecí la relación de estos ingenios; y, saliendo de aquellas aduanas, nos detuvo el ruido de confusas voces que salían de unas escuelas que estaban al lado. Quise reconocellas, y vi que en ellas Antonio de Nebrixa, Manuel Álvarez y otros enseñaban a la juventud la gramática, porque sin su conocimiento perfecto ninguno podía ser ciudadano de aquella República. La multitud de las reglas y preceptos era grande; y, si bien Sánchez Brocense los había reducido a menos en su docta Minerva, a quien Gaspar Scioppio más dio a conocer que añadió, con todo eso oprimían la capacidad de aquellos mancebos, y muchos, impacientes, dejaban el estudio, y, aunque eran hábiles para las sciencias, tenían tal oposición a la gramática, que se aplicaban a las armas o a las artes mecánicas, sin llegar a ser ciudadanos de aquella República, con grave daño della. Otros, después de cuatro o cinco años, apenas sabían la lengua latina, con que, pasada la edad apta para las sciencias, quedaban inhábiles para ellas. Mucho me lastimé desto, reconociendo que era la principal causa de la ignorancia; y pregunté a Marco Varrón que por qué se perdía tanto tiempo en sólo enseñar una lengua, que, sin preceptos, con el uso y ejercicio se podía aprender en cuatro meses, como se aprenden las demás lenguas; y por qué razón no se enseñaban las sciencias en las maternas, como hicieron los griegos y después los romanos, pues casi todas son capaces dellos. A que me res-

pondió: «Muchos no aprueban este estilo de enseñar la gramática, pero hay costumbres que todos las reprueban y todos corren con ellas; y en España no es el mayor daño el de los preceptos, sino el descuido de los padres en no aprovecharse de la infancia, apta y dispuesta para las lenguas por la misma Naturaleza; lo cual reconocido por las demás naciones, apenas empiezan a pronunciar los niños, cuando les ponen en las manos el abecedario y el arte latino, y en cuanto a las sciencias no convino hacellas vulgares con la lengua materna, porque reducido el mundo después de la caída de los romanos a varios dominios, y perdida la lengua latina, que era común a todos, fue necesario mantenella, no solamente por los libros doctos que había escritos en ella, sino también porque las naciones pudiesen gozar de las especulaciones y práticas que cada una de las demás hubiese observado, puestas en una lengua común y universal; lo cual no pudiera ser sin el prolijo trabajo de las traducciones, en que pierden su gracia y su fuerza las cosas.» Después de estas escuelas estaban las más celebradas Universidades del mundo: la Beritense, restaurada por los emperadores Diocleciano y Maximiniano, y después, por Justiniano; la de Bolonia, que levantó Teodosio; la Patavina, la Babilónica y las de Viena, Ingolstatd, Salamanca, Alcalá, Coimbra y otras. Grande era el ruido de los estudiantes; unos con otros voceaban, encendidos los rostros y descompuestas las manos; porfiaban todos, y ninguno quedaba convencido; de donde conocí cuán acertado fue el jeroglífico de los egipcios, que significaban las escuelas por la cigarra. En algunas destas Universidades no correspondía el fruto al tiempo y al trabajo. Mayor era la presunción que la sciencia; más lo que se dudaba que lo que se aprendía. El tiempo, no el saber, daba los grados de Bachilleres, Licenciados y Doctores, y a veces solamente el dinero, concediendo en pergaminos magníficos, con plomos pendientes de hilos, potestad a la ignorancia para poder explicar los libros y enseñar las sciencias, a hallarse en uno destos grados.

Pasaban en buen orden los historiadores griegos y latinos y de otras naciones; deseoso yo de reconocellos, les salí al paso, pidiendo a Apolodoro que uno a uno me refiriese sus nombres y sus calidades. «Este, me respondió, que camina con pasos graves y circunspectos, es Tucídides, a quien la emulación a la gloria de Herodoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las Guerras del Peloponeso.

»Aquel de profundo semblante es Polibio, que en cuarenta libros escribió las Historias romanas, de que solamente han quedado cinco, a los cuales perdonó la injuria de los tiempos, pero no la malicia de Sebastián Maccio, que ignorantemente le maltrata, sin considerar que es tan docto, que enseña más que refiere.

»El que con la toga lisa y llana y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es Plutarco, tan versado en las artes políticas y militares, que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

»El otro, de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae a sí los ánimos, es Xenofonte, a quien Diógenes Laercio llamó musa ática, y otros, con más propiedad, abeja ática.

»Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es Cayo Salustio, gran enemigo de Cicerón, en quien la brevedad comprehende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque a Séneca y a Asinio Polio parece obscuro, atrevido en las traslaciones, y que deja cortadas las sentencias.

»Aquel de las cejas caídas y nariz aguileña, con antojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás, es Cornelio Tácito, tan estimado del emperador Claudio, que mandó se pusiese su retrato en todas las librerías, y que diez veces al año se escribiesen sus libros. Pero no bastó esta diligencia para que no ocultase el olvido la mayor parte dellos, y que los demás estuviesen sepultados por muchos años, sin que hiciesen

ruido en el mundo, hasta que un flamenco le dio a conocer a las naciones; que también ha menester valedores la virtud. Pero no sé si fue en esto más dañoso al sosiego público que el otro inventor de la pólvora. Tales son las doctrinas tiranas y el veneno que se ha sacado desta fuente; por quien dijo Budeo que era el más facineroso de los escritores. A este peligro se exponen los que escriben en tiempos de príncipes tiranos; que, si los alaban, son lisonjeros, y si los reprehenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos. Esta calumnia se recompensa con lo que otros alaban en él, pues Plinio Cecilia le llama elocuente; Vopisco, facundo; Sparciano, puro y cándido; Bodino, agudo, y Sidonio, digno de toda alabanza.

»Repara en la serena frente y en los eminentes labios déste, que parece destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrados de varias flores; porque es Tito Livio, patavino, de no menor gloria a los romanos que la grandeza de su imperio. Huyó de la impiedad de Polibio y dio en la superstición. Así, por libramos de un vicio, damos alguna vez en el opuesto.

»No menos debes considerar la garnacha de Cayo Suetonio Tranquilo, que viene después dél, tan perfectamente acabada, que quien la quisiese mejorar la gastaría. En su semblante conocerás la impaciencia de su condición, que no puede acomodarse a la lisonja ni tolerar los vicios de los príncipes, aunque sean ligeros, si pueden sello los que comete la cabeza de la República, cuyas acciones imita ciegamente el pueblo, sin que la lisonja o lo abatido de la servidumbre repare en si son buenas o malas; antes, todas le parecen buenas, porque no de otra suerte que suele la estimación del príncipe a esta especie de piedras preciosas más que a aquélla dalles mayor valor en la opinión del vulgo, aunque en su naturaleza no le tengan, así estiman los vasallos por loables las costumbres depravadas que ven excitadas y aprobadas en la cabeza que los gobierna.

»El que con la espada en una mano y la pluma en la otra se le ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz a los enemigos que con la elegancia a los que quieren. imitalle, es Julio César, último esfuerzo de la Naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio; tan industrioso, que supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores. Pero ¿quién es tan constante amigo de la verdad, que los descubra, y tan retirado de sí mismo, que los reconozca? Pues si el afecto a otro suele dar diferentes luces a las cosas ajenas, ¿qué fuerza tendrá en las obras propias y principalmente en aquellas que son hijas del ingenio y del valor?

»Ese, vestido a la cortesana, aunque llana y sencillamente, sin arreo ni joyas, es Filipo Comines, señor de Argentón, cuya frente tendida y lisa descubre su buen juicio, en quien obró la Naturaleza sin ayuda del arte.

»El otro, de prolija barba, mal ceñido y flojo, es Guichardino, gran enemigo de la casa de Urbino.

»El que va a su lado, con un ropón de martas, que apenas puede dalle bastante calor, es Paulo Jovio, adulador del marqués del Vasto y de los Médicis, y enemigo declarado de los españoles; vicios que desacreditan la verdad de su historia.

»El otro, de largas y tendidas vestiduras, es Zurita, a quien acompañan don Diego de Mendoza, advertido y vivo en sus movimientos, y Mariana, cabezudo, que, por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona a la suya, y la condena en lo dudoso. Afecta la antigüedad; y, como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él para hacerse viejo.»

Informado así de las calidades de aquellos historiadores, pasamos adelante, y vimos a un lado y otro de aquellas Universidades las librerías más insignes que celebró la edad presente y la pasada. Aquella de Tolomeo Filadelfo, con cincuenta mil cuerpos de libros; la ambrosiana de Milán, con cuarenta mil; las tres famosas de Roma: Octaviana, Gordiana y Ulpia; la Vaticana, la del Escurial y la Palatina. En ellas

hallamos muy antiguos libros escritos en varias materias. Los más antiguos, en hojas de palmas, cosidas subtilmente entre sí, y en aquellas túnicas blancas que están entre las cortezas y los troncos de los árboles, que se llamaban libros, de donde quedó este nombre. Otros, en planchas subtiles de plomo y en tablas bañadas de cera, sobre las cuales se entallaban los caracteres con un buril de hierro, llamado estilo, de donde también se dedujo el bueno o mal estilo. Otros libros hallamos escritos en unas membranas tejidas de los hilos interiores de un árbol como junco hallado en Egipto, cuando aquella región se sujetó a Alexandro Magno, aunque hay quien le dé mayor antigüedad: este árbol se llamaba papiro, y de aquí nació el nombre de papel, como también el de carta, porque se labraba en una ciudad deste nombre, cerca de Tiro. Vimos también otros libros escritos en pieles de animales, llamados pergaminos por haberse hallado en Pérgamo, cuando el rey Tolomeo Filadelfo mandó echar un bando, que no se sacase de su reino el papel, por invidia de que Eumene, rey de Atalia, no juntase otra librería tan insigne como la suya. Así alguna vez, a costa del trato y comercio de los vasallos, sustentan los príncipes sus emulaciones y invidias. Estos libros no estaban encuadernados como los que hoy se usan, sino revueltos (de donde se llamaron volúmenes) a unos garrotes de madera, y de ébano y marfil, con los pomos de plata y piedras preciosas.

7

Todos estos edificios me parecieron unas disposiciones de aquella ciudad, y deseaba ya entrar por sus calles; pero cuando creí haberlo conseguido, me vi en unos collados apacibles, que dejaban del uno y otro lado valles y soledades amenas, dispuestas todas a la contemplación. Entre ellas se veían unas pocas casas o chozas no con más riqueza ni aparato que el que bastaba para defensa de los rigores del invierno y del verano.

De notable gente estaba habitada esta parte de la ciudad. Los primeros con quien topamos eran los gimnosofistas desnudos y tendidos sobre la arena, contemplando las obras de la Naturaleza; luego, los druidas, que a la pluma encomendaban su sciencia; los magos de Persia, los caldeos de Babilonia, los turdetanos de España, los bracmanes, agripeos, heliopolitanos, arinfeos, talmúdicos, cabalistas, saduceos y samaneos, atentos todos a los secretos naturales, a cuyo bárbaro desvelo debieron su primera luz las sciencias.

Entre ellos vi a Prometeo, que le roía el corazón un deseo insaciable de saber, y, docto en las artes hasta entonces no conocidas, de tal suerte las enseñaba a los hombres y reducía sus fieras y rústicas costumbres a la civilidad. Y trato humano, que casi los componía, y formaba de nuevo con sus manos, inspirando aliento en aquellos cuerpos o vasos de barro.

Endimión parecía enamorado de la luna, siempre en ella los ojos, notando sus movimientos y mudanzas: estudio fue en él lo que otros juzgaron por requiebro.

Atlante, tan levantado en la consideración de los astros, que juzgaría quien le viese que estaba sustentando los cielos. Proteo, especulativo en los principios, progresos y trasmutaciones de las cosas, recibía en sí aquellas formas y naturalezas.

Entre unos árboles estaban sentados aquellos siete varones sabios que tanto celebró la Grecia, y, como la soberbia es hija de la ignorancia y la modestia de la sabiduría, mostraron en nuestra presencia la que habían adquirido con el estudio y especulación; porque, habiendo unos pescadores jónicos sacado del mar entre las redes una trípode o mesa redonda de oro, obra (según era voz) de Vulcano, y consultado el oráculo de Delfos (para excusar diferencias) a quién tocaba, respondió que al más sabio; y habiéndosela dado a Tales, vimos que con modestia cortés la dio a otro, y éste al otro, hasta que llegó a Solón, que la ofreció al mismo oráculo, diciendo que se debía a Dios, en quien solamente se hallaba la verdadera sabiduría: acción que pudiera desengañar la presunción y arrogancia de muchos.

A las corrientes de una fuente estaban Sócrates, Platón, Clitómaco, Carneades y otros muchos filósofos académicos, siempre dudosos en las cosas, sin afirmar alguna por cierta; solamente a fuerza de razones y argumentos procuraban inclinar el entendimiento, y que una opinión fuese más probable que otra.

Poco más adelante estaban los filósofos escépticos Pirro, Jenócrates y Anajarco, gente que con mayor incertidumbre. Y miedo lo dudaba todo, sin afirmar ni negar nada, encogiéndose de hombros a cualquier pregunta, dando a entender que nada se podrá saber afirmativamente. Cuerda modestia me pareció la de estos filósofos, y no sin algún fundamento su desconfianza del saber humano, porque para el conocimiento cierto de las cosas dos disposiciones son necesarias, de quien conoce y del sujeto que ha de ser conocido: quien conoce, que es el entendimiento, se vale de los sentidos exte-

riores y internos, instrumentos por quien se forman las fantasías: los sentidos, pues, exteriores se alteran y mudan por diversas afecciones, cargando más o menos los humores; los internos padecen también variaciones, o por las mismas causas, o por su varia composición y organización, de donde nacen tan desconformes opiniones y pareceres como hay en los hombres, concibiendo cada uno diversamente lo que oye o ve. En las cosas que han de ser conocidas hallaremos la misma incertidumbre y mutabilidad, porque, puestas aquí o allí, cambian sus colores y calidades, o por la distancia, o por la vecindad a otras, o porque ninguna es perfectamente simple, o por las mixtiones naturales y especies que se ofrecen entre los sentidos y cosas sensibles; y así, dellas no podemos afirmar que son, sino decir solamente que parecen, formando opinión y no sciencia. Mayor incertidumbre hallaba Platón en las cosas, considerando que en ninguna dellas estaba aquella naturaleza común de que participan: porque tales formas o ideas asisten a la naturaleza purísima y perfectísima de Dios, de las cuales, viviendo, no podemos tener conocimiento cierto, y solamente vemos estas cosas presentes, que son reflejos y sombras de aquéllas; por lo cual es imposible reducillas a sciencia.

En otra parte estaban los filósofos dogmáticos, que asentaban por firmes sus proposiciones, constituyendo algunas cosas como bienes y otras como males; con que siempre vivían con el ánimo inquieto y perturbado, huyendo déstas y apeteciendo aquéllas. Más cuerdos me parecieron los filósofos escépticos, porque juzgaban como indiferentes las cosas, y así ni las deseaban ni las temían, sin que pendiese su felicidad o infelicidad de gozallas o perdellas.

Otros filósofos tuvieron diferentes opiniones; y, siendo éstas tan varias como las naturalezas de los hombres, nacieron dellas infinitas sectas y escuelas.

Paseándose los peripatéticos por unos portales, disputaban y asentaban sus máximas. En otros, que con variedad de

figuras había hecho apacibles el pincel de Polignoto, pertinaces los estoicos defendían importunamente sus opiniones y paradojas, reduciendo a necesidad y hado las cosas, con una inhumana severidad en el desprecio de los bienes externos y en los afectos y pasiones del ánimo.

Más adelante estaban los pitagóricos, entre los cuales hablaban pocos, y callaban muchos, muy observantes en el importuno silencio de cinco años. Luego encontramos a los epicúreos, los cínicos y los helíacos.

Retirado de todos estos filósofos, menos vano y más desengañado, estaba Diógenes, cuyo estudio hurtaba algunas horas a las ocupaciones públicas para la contemplación de las materias estoicas, templando lo austero de aquellos primeros maestros, y mostrándose en nada dependiente de alguna fuerza superior, y más cortés con los afectos y pasiones naturales; el cual a la margen de un arroyo contemplaba su corriente y por la corteza de un álamo con la punta de un cuchillo moralizaba la claridad y pureza de sus aguas en este epigrama español:

Risa del monte, de las aves lira,
pompa del prado, espejo del Aurora,
alma de abril, espíritu de Flora,
por quien la rosa y el jazmín respira;
aunque tu curso en cuantos pasos gira
tanta jurisdicción argenta y dora,
tu claro proceder más me enamora
por lo que en ti Naturaleza admira.
¡Cuán sin engaño tus entrañas puras
dejan por transparente vidriera
las guijuelas al número patentes!
¡Cuán sin malicia, cándida, murmuras!
¡Oh sencillez de aquella edad primera!
Huyes del hombre, y vives en las fuentes.

Pendiente de un ramo de aquel álamo tenía una tarjeta ovada, y en ella pintada una concha de perlas, cuya parte exterior, si bien parecía tosca, descubría dentro de sí un plateado y cándido seno, y en aquel puro parto de la perla concebida del rocío del cielo, sin otra mezcla que manchase su candidez, y por mote o alma desta empresa aquel medio verso de Persio *Nec te quaesiveris extra*, en que mostraba el filósofo su desprecio a la emulación y a los juicios exteriores de la invidia, contento con la satisfacción propia de su ánimo, siempre puro, y siempre atento a sus obligaciones.

8

En lo oculto de aquellos bosques había la Naturaleza, sin asistencia alguna del arte, abierto una puerta a las entrañas de un monte, a cuyos senos, por rústicas claraboyas entre peñascos, escasamente penetraban los rayos del sol. Horror causaba la entrada; pero al deseo y curiosidad de ver pocas cosas hacen resistencia, y la compañía de Marco Varrón, ya versado en aquellos lugares, lo facilitaba todo. Por ella nos arrojamos, pisando las dudosas sombras de aquellos escuros lugares, y a pocos pasos tropecé y caí sobre dos cuerpos, que el sobresalto me representó muertos; pero no se engañó mucho, porque estaban dormidos. Despertaron ambos, y sabiendo yo que el uno era Artemidoro y el otro Cardano, dije a éste que, siendo muchas de sus vigilias tan doctas y tan provechosas a aquella República, era delito el entregarse tan torpe y graciosamente al sueño, imagen de la muerte. «Antes, me respondió, es imagen de la eternidad, pues en él, como en un espejo, vemos el tiempo presente y el futuro.» Reíme de su proposición, creyendo que aún estaba dormido, y él, picado, prosiguió diciendo: «No os burléis de los sueños, los cuales hacen divino al hombre con el conocimiento de lo futuro, atributo por naturaleza reservado a Dios; porque en ellos, como en un teatro, se le representan en diversas figuras las costumbres que han de suceder, y a veces las sucedidas, para advertimiento propio y ajeno; y así, no es torpe ni ocioso el tiempo que dormimos, ni le dejamos de vivir, por-

que sería engaño de la Naturaleza el haber defraudado al aliento de la vida la mitad della; y es conforme a la razón que, siendo el hombre por su entendimiento una semejanza de Dios, y habiéndole dado dos tiempos, uno de vigilia y otro de sueño, no le había de faltar en ambos el ejercicio desta semejanza, teniendo por tan largo espacio de tiempo enajenados y inútiles los sentidos. Para el remedio, pues, de ambos inconvenientes dispuso la divina Providencia que, como en la noche presiden la luna y las estrellas con la luz prestada del sol, para que, careciendo de su presencia, no careciesen de sus rayos, así también dispuso la divina Providencia que la fantasía y las operaciones individuales se ejercitasen en el desvelo del alma mientras duerme el hombre, a pesar de la humedad del celebro; y, como es inmortal el alma y en cierto modo se halla entonces fuera de los órganos del cuerpo, por estar impedidos, se une a sí misma, y obra con destino superior, reconociendo lo futuro, para que ni este acuerdo ni esta presciencia faltasen al hombre, imagen de Dios.» Este devaneo agudo de Cardano me pareció peligroso para conferido, y sin replicalle, me retiré, y vimos a un lado y otro muchos hornillos encendidos con gran variedad de redomas, alambiques y crisoles, en que estaba ocupado un infinito número de hombres, todos pobres y rotos, abrasados del fuego, tiznados del humo, y manchados de los mismos olios y quintas esencias que sacaban. Su ocupación era aplicar mixtiones, procurando las alteraciones, corrupciones, sublimaciones y transmutaciones de las materias. Su lenguaje, extraño: al plomo llamaban Saturno; al estaño, Júpiter; al hierro, Marte; al oro, Sol; al cobre, Venus; al azogue, Mercurio, y Luna, a la plata; gente espléndida y rica en los vocablos, y en lo demás pobre y abatida, que cobraba en humo sus grandes esperanzas. Luego conocí que eran alquimistas, y me dolí mucho de verlos tan laboriosamente ocupados en aquella vana pretensión de engendrar metales, obra de la Naturaleza en que consume siglos. Allí (¡oh gran locura!) para hacer oro consumían el

poco que tenían, pertinaces en aquel intento, sin conocer cuán imposible es al arte introducir una nueva forma, ni que, aun acompañada de la Naturaleza, pueda pasar los metales de unas especies en otras. Lo que más admiré fue de que muchos príncipes, arrimado el cetro, hinchaban los fuelles para animar las llamas, con no menos codicia que los demás. No pudimos sufrir la vehemencia del olor de aquellas sales, de cuyas cocciones nacían efectos nunca imaginados de la filosofía; y, penetrando por aquellas dudosas sombras, se nos ofrecieron a la vista las sibilas, la Délfica, la Eritrea, la Pérsica, la Líbica, la Cumea, la Tiburtina y otras, unas arrimadas a simulacros de Apolo y otras a las bocas de ciertas cuevas en forma de templos, todas inflamadas y arrebatadas de un espíritu celestial, y puestas en un furioso éxtasi, casi incapaces a tanta divinidad; las cuales, ya a voces, ya en hojas de árboles, daban sus oráculos o respuestas, y confusamente descubrían los futuros sucesos.

Después dellas, Hiarco, uno de los bracmanes, Hermes egipcio, Zoroastes persa y Buda babilonio, con gran atención consideraban los principios y causas de las cosas, la recíproca conexión de los elementos, sus combinaciones, la generación y corrupción de los mixtos, las impresiones meteorológicas, los ciegos movimientos de la tierra, la naturaleza de las yerbas, plantas, piedras y animales; y ya con la fuerza de la misma Naturaleza, ya con varios círculos, caracteres y rumbos, animados con trémulas invocaciones de espíritus, obraban maravillosos efectos. Allí los nigrománticos, susurrando, llamaban las sombras infernales, infundidas en aparentes cuerpos de difuntos. Los pirománticos adivinaban echando pez deshecha en el fuego, y notando el estrépito de las llamas, su luz clara, o escura, derecha o torcida. Lo mismo consideraban en ciertas teas encendidas, y escritos en ellas varios caracteres. Los hidrománticos hacían pronósticos por anillos pendientes en vasos de agua, y por el movimiento y ruido de las olas. Los aerománticos, por las impresiones del aire, en cuyos

escuros espacios formaban varias figuras; los sicománticos, por hojas de higuera o salvia, escritos nombres en ellas, y arrojadas al viento; los clerománticos, por las hojas de los libros de Homero o Virgilio; los geománticos, por puntos iguales o desiguales, los cuales reducían a los signos del cielo, juzgando por ellos como por las cosas del zodíaco; los quirománticos, por las rayas de las manos, notando sus colores, encendidas o pálidas, sus principios y fines, sus vueltas y cortaduras. Entre éstos asistían los augures, haciendo juicio de las cosas futuras por los vuelos de las aves, derechos o torcidos; los aúspices, por las entrañas de los animales, si estaban o no gastados, atendiendo al color del hígado y del corazón ya los movimientos y mudanza de la sangre; otros, por el relincho de los caballos, por el piar y picar de los pollos, y por otras cosas semejantes, formaban agüeros, y pronosticaban los sucesos prósperos o adversos. Peligrosa me pareció la conversación y trato desta gente; porque, si bien el entendimiento conocía la superstición de sus oráculos y la vanidad de sus pronósticos, se dejaba lisonjear dellos la voluntad, llevada de no sé qué secreta inclinación de saber los futuros sucesos, fuerza de aquella parte de naturaleza divina que está en las almas, que, como emanaron de la eterna sabiduría de Dios, anhelan por parecerse a su Criador aquello que solamente es propio de su divinidad, que es la sciencia de los futuros contingentes; y así, no tenemos la misma curiosidad de saber lo que sucedió; aunque no hay diferencia alguna de los sucesos pasados, si se ignoran, y de los futuros, si no se saben.

9

A un lado se levantaban dos collados en forma de mitra, recamada con torzales de lauros y mirtos entre racimos de perlas, que dejaban pendientes de los ramos los traviesos saltos de una clara y apacible fuentecilla, aborto animado de la coz del caballo Pegaso, a cuya herradura debieron ingeniosos errores las edades. Alrededor desta cristalina vena, nacida con más obligaciones a la Naturaleza que al arte, estaban graciosamente divertidos Homero, Virgilio, el Tasso y Camoes, coronados de laurel, incitado con clarines de plata a lo heroico. Lo mismo pretendía Lucano con una trompeta de bronce, encendido el rostro, y hinchados los carrillos. Con más suavidad y delectación sonaba Ariosto una chirimía de varios metales. Acompañaban este concierto músico Píndaro, Horacio, Catulo, Petrarca y Bartolomé Leonardo de Argensola, con liras de cuerdas de oro, a cuyo son Eurípides y Séneca calzados el pie derecho con un coturno vistoso y grave, y Plauto, Terencio y Lope de Vega, con zuecos, danzaban maravillosamente, dejando con sus acciones purgados los afectos y pasiones del ánimo.

Por aquellas vecinas faldas apacentaban su ganado Teócrito, Sanázaro y el Guarino, con pellicos de blandos y suaves arminios, y, entonando en alternativos coros sus flautas y albogues, les hacían tan dulce música, que las cabras dejaban de pacer por oíllos. Todo lo notaban Juvenal, Persio, Marcial y don Luis de Góngora; y, sin respetar a alguno, picaban a

todos agudamente con unas tablillas en forma de picos de cigüeña. No me pareció que estábamos seguros de tan mordaces lenguas, y nos retiramos aprisa de aquella fuente; y en lo alto del uno de sus collados vimos al rey don Alonso, aquel que entre los reyes de España mereció nombre de Sabio; el cual con gran elevación de ánimo, levantado a los ojos un astrolabio, observaba en la parte austral del cielo entre las constelaciones de Hércules y Bootes la latitud de la Corona de estrellas de Ariadne, sin advertir que al mismo tiempo le quitaban la suya de la cabeza. No admite el arte de reinar las atenciones y divertimientos de las sciencias, cuya dulzura distrae los ánimos de las ocupaciones públicas, y los retira a la soledad y al ocio de la contemplación, y a las porfías de las disputas; con que se ofusca la luz natural, que por sí misma suele dictar luego lo que se debe abrazar o huir. No es la vida de los príncipes tan libre de cuidados, que ociosamente pueda entregarse a las sciencias. En el mismo ejercicio del gobierno las ha de aprender.

Después destas soledades deshabitadas entramos en lo poblado y culto de la ciudad, la cual, reconocida por dentro, no correspondía a la hermosura exterior; porque en muchas cosas era aparente y fingida, levantadas algunas fábricas sobre falsos fundamentos, ocupados sus habitadores en edificar con más vanidad que juicio otras nuevas con las ruinas de unas y con los materiales de otras; en que toda aquella ciudad andaba revuelta y embarazada con más confusión que fruto de su vana fatiga, la cual renovaba, y no engrandecía la República, antes la defraudaba de aquel lustre y aumentos que tuviera, si sus hijos, émulos entre sí, compitiesen en buscar nuevas trazas y materias de palacios y obras públicas.

Los ciudadanos estaban melancólicos, macilentos y desaliñados. Entre ellos había poca unión y mucha emulación y invidia. Allí eran nobles los aventajados en las artes y sciencias, de cuya excelencia recibían lustre y estimación, y los demás hacían número de plebe, aplicándose cada uno al ofi-

cio que más frisaba con su profesión; y así, los gramáticos eran berceros y fruteros, que de unas tiendas a otras con verbosidad y arrogancia se deshonraban unos a otros, motejando también a los que pasaban a vista dellos, sin tener respeto a alguno. A Platón llamaban confuso; a Aristóteles, tenebroso y giboso, que entre escuridad celaba sus conceptos; a Virgilio, ladrón de los versos de Homero; a Cicerón, tímido y superfluo en sus repeticiones, frío en las gracias, lento en los principios, ocioso en las digresiones, pocas veces inflamado y fuera de tiempo vehemente; a Plinio, río turbio, cumulador de cuanto encontraba; a Ovidio, fácil y vanamente facundo; a Aula Gelio, derramado; a Salustio, afectado, y a Séneca, cal sin arena.

Los críticos eran remendones, ropavejeros y zapateros de viejo.

Los retóricos, saltambancos, que vendían quintas esencias, y acreditaban con gran copia de palabras algunos secretos medicinales.

Los historiadores, casamenteros, por las noticias que tienen de los linajes y intereses ajenos.

Los poetas vendían por las calles jaulas de grillos, ramilletes de flores, melcochas, mantequillas, chochos y muñecas.

Los médicos eran carniceros, enterradores y executadores de justicia; y, porque aquella República, como tan discreta, no admitía boticas, se aplicaban los boticarios a forjar armas y fundir piezas de artillería; y en lugar dellos, Dioscórides vendía yerbas y drogas o simples por las calles.

Los astrólogos se aplicaban a la navegación y a la agricultura.

Los perspectivos eran mercaderes, que sabían disponer la luz a sus tiendas para hacer más hermosas sus telas.

Los lógicos eran corredores, mohatreros y regatones; los filósofos, jardineros; los juristas, lenceros y de otros oficios de vara; los inclinados a juntar centones y sentencias ajenas

y componer dellos una obra, se daban a hacer escritorios de taracea y mesas de diversas piedras engastadas en mármol; y los que hacían repertorios a los libros eran ganapanes, que trabajaban para los demás. En esta República, como en la de los egipcios y lacedemonios, se tenía por virtud el hurtar con pretexto de imitación; y así, los oficiales unos a otros se hacían grandes robos y cada día se veían levantadas nuevas tiendas con mercancías ajenas. Los que más se aprovechaban desta licencia eran los letrados y los poetas; aquéllos, por la variedad de libros y escritos de que se valen, y éstos, porque, como entraban a vender sus juguetes por las casas, hurtaban dellas las mejores alhajas. Gobernaban esta ciudad diversos senadores, autorizados por su ancianidad y experiencia, entre los cuales estaba dividido el cuidado público. Plutarco, Tito Livio, Dion y Appiano gobernaban las cosas del pueblo; Julio César, Veleyo, Amiano y Polibio, las militares; Tácito, las políticas; censores eran Diodoro, Mela y Strabón. y porque ningún cuerpo del reino o República se puede mantener sano, aunque su cabeza sea de buen consejo, y estén perfectamente organizados sus miembros, si el estómago, que es el secretario, no fuere tan robusto que sin indigestiones de despachos cueza bien las materias, y con prácticas y conocimiento político suministre a cada una de las partes la sustancia que ha menester, se servía esta República de Suetonio Tranquilo, varón grande, criado en negocios, versado entre naciones, celoso, prudente y secreto.

Por una calle venía Mecenas en una litera de varios colores, recostado en un lecho, y llevado de ocho esclavos vestidos a la soldadesca. A su lado iba Virgilio, a pie, dándole quejas de Horacio, porque, olvidado de las honras y mercedes recibidas, había murmurado dél en nombre de Malquino, que traía la toga arrastrando. Reíme del caso, y más de Mecenas, porque gastaba su hacienda en la protección de un liberto atrevido, sin advertir cuán peligrosos son los ingenios agudos y picantes, y cuánta prudencia es estimallos y no te-

nellos cerca; porque, provocados de su misma agudeza, ofenden a quien tienen presente, sin disimulalle sus faltas; no habiendo gratitud tan poderosa con el amor propio que pueda obligalle a retener dentro del pecho un buen dicho sin que salga a los labios.

Apuleyo, en un asno alazán, se paseaba por la ciudad, no con poca risa del pueblo, que, corriendo tras él, unos le silbaban y otros le llamaban cuatrero, porque era fama haberle hurtado. ¡Oh, cuán fácilmente admite el vulgo por cierto las calumnias en los varones grandes! A quien antes no volvía el rostro, aunque lo debía a la admiración de su talento, ahora por una voz levantada de la invidia todos le miran y notan. Así sucede (sea consuelo de la virtud) a la luna, que en sus trabajos y defectos halla fijos todos los ojos del mundo, y nadie repara en ella cuando, llena de luz, va ilustrando sus horizontes.

10

Haciendo frente a una calle ancha se levantaba un hermoso edificio, cuya grandeza mostraba que era obra pública; y, preguntándole al sacerdote por ella, me dijo que era la casa de los locos, destinada más para distinción dellos que para su cura, porque a ninguno le impedían el ejercicio de sus caprichos y temas. Excusada me pareció aquella separación en ciudad que podía toda ella servir de lo mismo, siendo su población de los mayores ingenios del mundo, y no habiendo alguno grande sin mezcla de locura. Dos porteros estaban a la puerta, más atentos a vencer lo casi imposible de sus impresas, que a los que entraban y salían. El uno, macilento y desvelado, con un compás en la mano, procuraba sacar sobre una pizarra negra la cuadratura del círculo; y el otro, con más cudicia que gloria, formaba un instrumento matemático, con que se persuadía haber hallado en la navegación la certeza de la longitud.

En unos salones grandes había notables humores. Allí estaban los discípulos de Raymundo Lulio voltando unas ruedas, con que pretendían en breve tiempo acaudalar todas la sciencias. Muchos seguían a Tritemio, deseosos de penetrar los secretos de su esteganografía, en que por medio de cuatro espíritus de los cuatro ángulos del mundo pensaba haber hallado el modo de dejarse entender como ángel, sin explicar con la lengua sus conceptos; invención que a los ignorantes parecía diabólica, y no contiene más que una cifra del abecedario.

Algunos se desvelaban en leer piedras y medallas ya roídas del tiempo, visitar los fragmentos o cadáveres de los edificios, dejándose caer para contemplallos por las entrañas de la tierra, donde los sepultó el largo curso de los años.

Otros hacían enigmas, laberintos, anagramas, repertorios y trabajaban en traducir, glosar y componer versos de centones, en cuya ocupación, después de una larga atención, la obra era ajena, y solamente propio el trabajo.

Otros juntaban a favor de los perezosos ramilletes de flores y sentencias de varios autores, en que antes merecían pena que premio, pues deslustraban aquellas sentencias, que fuera de su lugar son como piedras sacadas de su edificio donde hacen labor, o como moneda de vellón fuera de los reinos donde se acuña y corre.

Algunos muy aprisa se paseaban, encomendando a la memoria aforismos y brocárdicos para parecer doctos, y otros, con la misma ambición, se aplicaban a saber los títulos de los libros y tener ciertas noticias generales de sus materias, con que en todas las conversaciones hacían una vana ostentación de las sciencias.

En una sala vi un gran número de filósofos desvalidos y maltratados; tales eran las aprehensiones disformes en que los había puesto el continuo estudio; los cuales, procurando la quietud y felicidad de la vida, eran los que más miserablemente la pasaban, todos dados a la especulación de las cosas; y para asistir mejor a ella, unos se habían sacado los ojos, otros cortado la lengua, otros se abstenían del vino, de la carne y de las demás delicias del gusto. El desvelo los tenía tan flacos y macilentos, que, seco y sin substancia el celebro, daban en caprichos extravagantes. Algunos aborrecían la vida y se desesperaban; otros acusaban a la Naturaleza en la composición y miserias del hombre, corridos de haber nacido; quién desconocía el recato natural en las acciones de la generación; quién decía de sí que se mudaba en varias formas; quién refería haber sido antes pez, después árbol y últi-

mamente hombre; quién, despreciando los edificios, vivía en una cuba; quién temía que se le había de huir el alma; quién que se lo llevase el viento, y lastreaba con suelas de plomo las sandalias. Por entretenimiento, los junté, preguntándoles qué sentían de la naturaleza y sustancia del alma; y unos me respondieron que era fuego, otros aire, otros armonía, otros número, otros luz, otros anhélito, otros espíritu; unos, que era mortal; otros, a tiempos mortal y a tiempos inmortal; y hubo quien afirmó (como si la hubiera visto) que bajaba volando a los cuerpos desde una selva celestial donde vivía, y que, entrando en ellos, perdía las alas, volviendo a cobrallas al salir.

Desvanecido me tenían tan notables locuras: y, saliendo de allí, vimos en el zaguán de una casa mucha gente, y, llevándome a él la curiosidad, reconocí a Galeno, haciendo anatomía de algunos cuerpos humanos, y que entonces desecaba cabezas de príncipes, en las cuales mostraba a Vesalio Farnesio, y a otros, que con atención le asistían, que faltaban en ellos las dos celdas de la estimativa, cuyo asiento es sobre la fantasía, y la de la memoria, que está en la última parte del celebro, y que estas dos potencias estaban reducidas y subordinadas a la voluntad, en quien se hallaban incluidas.

Parecióme novedad que la composición y órganos de los príncipes se diferenciasen de los demás, y que era gran inconveniente que aquellas potencias tan necesarias faltasen, o fuesen gobernadas de la voluntad ciega y desatentada; y queriendo preguntar la causa, lo impidió un alboroto del pueblo, que ciegamente corría a unas partes y a otras, por haberse esparcido voz que el emperador Licinio, como tan enemigo de aquella República, venía sobre ella con grandes tropas de godos y vándalos. La confusión era notable, y los que antes del caso parecían prevenidos y ingeniosos, se hallaban en él inútiles para la execución de los remedios. Hiciéronse muchos consejos, en que entraron los senadores desta ciudad y los cuatro grandes consejeros de Estado, Platón,

Aristóteles, Jenofonte y Cornelio Tácito; unos y otros estimados por varones insignes, y que en sus escritos se habían mostrado juiciosos y de acertadas máximas; pero habiendo de obrarlas, en esta ocasión se confundieron entre sí con la variedad de resoluciones que les ofrecía el ingenio, sin que el juicio se supiese afirmar en alguna dellas, como gente ajena de la práctica, y sin experiencia de semejantes accidentes; y, si bien intentaron algunas defensas, fueron con medios tan impracticables, aunque parecían sutiles, que luego se descubrió cuán inútiles serían, y cuánto yerran los que fían el gobierno público de ingenios especulativos y entregados a las sciencias, irresolutos y dudosos con la variedad de opiniones, pertinaces con la viveza de los argumentos, y peligrosos con la noticia de los ejemplos, pocas veces bien aplicados al caso presente; por lo que se mudan los accidentes con las mudanzas del tiempo, siendo los casos tan diversos entre sí como son los rostros.

Desta confusión los libró un aviso cierto de que se había dado alarma falsa; porque el emperador estaba muchas jornadas de aquella ciudad; con lo cual volvió a su quietud y sosiego, y yo pasé adelante; y entrando por una plaza, vi a Alejandro Alés y a Escoto haciendo maravillosas pruebas sobre una maroma; y, habiendo querido Erasmo imitallas, como si fuera lo mismo andar sobre coturnos de divina filosofía que sobre zuecos de gramática, cayó miserablemente en tierra, con gran risa de los circunstantes.

A un lado de la plaza estaban retirados Cricias, tirano de Atenas; Epicuro, Diágoras y Teodoro, los cuales, con gran recato de no ser oídos, discurrían entre sí con voz baja y tales demostraciones de temor, que esto mismo encendió en mí mayor deseo de saber lo que trataban; y, arrimándome a ellos, oí que Cricias, con libres y sacrílegos labios, decía que habían sido muy ingeniosos y políticos los primeros legisladores del mundo, pues reconociendo que no bastaba el rigor de las leyes a corregir los vicios de los hombres, porque

no tenían imperio sobre los ánimos ni podían refrenallos con el temor, para que no maquinasen internamente ni obrasen cuando no hubiese testigos de sus acciones, inventaron que había Dios, a quien los más íntimos pensamientos estaban patentes, el cual, después desta vida, tenía premios eternos para las virtudes y penas para los vicios. Aprobaban los demás esta traza, desconocidos a su Criador; y Epicuro con mayor fuerza la daba por cierta, como quien quería gozar de sus delicias temporales sin los temores internos del ánimo; pero juzgaba por conveniente conservar este engaño en el vulgo, porque sin él no habría seguridad en las haciendas ni en la vida. Yo extrañé la impiedad de aquellos necios ateístas, y con atención les miré al rostro si tenían ojos, porque solamente en quien no los tuviese podía caer aquella ignorancia; que es lo que movió a los egipcios a significallos por un hombre pintado con los ojos en los pies; porque, si los tuvieran levantados y mirando al cielo, contemplasen aquel planeta padre de la luz y conductor de innumerables escuadrones de estrellas, aquel movimiento continuo de las esferas, aquella divina arquitectura, incomprehensible al ingenio humano, en quien ni el poder ni el arte de los hombres pudo tener parte, confesaría luego una primer causa omnipotente, y, bajando con humildad la vista, adoraría en la Naturaleza una eterna Sabiduría y Omnipotencia. Impaciente, pregunté a Marco Varrón por qué se permitía en aquella República una gente tan ignorante y sin religión, opuesta en esto a todas las naciones, de tan viles pensamientos, que, procurando todos los hombres hacerse eternos, y que no se acabase la vida con la muerte, ellos sustentaban con sus opiniones la mortalidad del alma y el ser iguales en esto a los demás animales. «Donde se disputa (me respondió) es fuerza que haya valedores de todas opiniones, por extravagantes que sean, y en los ateístas prevalece más la malicia que la ignorancia. Así engañan la libertad de sus costumbres, a pesar de la luz natural».

11

Contagiosa me pareció la compañía de tales filósofos, y aun no quise detenerme en la plaza donde estaban, si bien me llamaba la variedad de cosas que descubría en ella; y entrando por una calle, vi a Luciano, que llevaba consigo a Plinio, Aldobrando y Gesnero, filósofos naturales, a que oyesen el último canto de un cisne que estaba para expirar, cuya música y suavidad en aquellos postrimeros acentos de la vida es tan celebrada. Fuime tras ellos, y junto a un estanque les mostró muriéndose un asno rucio. Celebré la burla, y mucho más que Luciano, con su acostumbrada disimulación y agudeza, los quisiese persuadir que había sido transformación de los dioses, para que ninguno presumiese que por ser cisne no podía morir asno.

Más adelante encontré al buen Diógenes, el cual con un espejo de propio conocimiento, donde se representaban al vivo los vicios y virtudes de quien se miraba en él, iba por las calles convidando a los ciudadanos a tal conocimiento. Pero ninguno hubo que se quisiese mirar y, mirándose, conocerse; de lo cual me maravillé mucho, por ser aquella República de hombres, al parecer, cuerdos y doctos: y con deseo de excusallos, cargué la consideración y discurrí entre mí si acaso, como había Dios con particular providencia formado de tal suerte al hombre que no se pudiese ver el rostro, porque si le tuviese hermoso no viviese a todas horas desvanecido y enamorado de sí mismo, y si feo, no se aborreciese, así también le había dificultado el

conocimiento de sus propios yerros y faltas, y principal menté de las del entendimiento; porque, como éste es el que le diferencia de los demás animales, y quien le da una como divinidad sobre todos, no viviese descontento si llegase a conocer sus defectos; de donde nacía que entre los de poco o mucho ingenio había una misma felicidad que los igualaba, por la satisfacción y opinión que tienen de sí mismos, sin haber quien ceda al otro en las calidades del ánimo.

Apenas hubo pasado Diógenes, cuando, volviendo el rostro, vi salir de su casa a Arquímedes, la frente corrida a los ojos, y éstos en tierra, tan suspenso y divertido en la invención de sus máquinas, que llevaba descalzo un pie, y un bonete colorado en la cabeza, con que dormía de noche, sordo a la grita y matraca del pueblo, que con gran risa le seguía; en que conocí cuán inútiles y ineptos son para todas las acciones urbanas y exercicio de corte los que sin moderación se entregan a la especulación de las sciencias, fuera de las cuales no parecen hombres, sino troncos inanimados.

A la puerta de un barbero estaba Pitágoras, persuadiendo a otros filósofos la transmigración de las almas de unos cuerpos a otros; de donde infería los varios instintos y inclinaciones de los animales. Las de los reyes decía que se infundían en cuerpos de leones, que parece que velan y están dormidos; las de los príncipes, en elefantes, de donde nacía en aquellos animales su variedad y tolerancia por cualquier título o apariencia de grandeza; las de los jueces, en perros, que muerden a los pobres y halagan a los ricos; las de los descorteses, en alces, que no doblan la rodilla; las de los poetas, en osos, que se sustentan del humor de sus uñas. Oía yo con gusto este discurso, pero un malicioso arrojó en el corro una habas, y, corrido Pitágoras, cubriendo con el palio la cabeza, se retiró dentro de la tienda, dejándonos dudosos de aquel resentimiento; y, haciendo varios juicios sobre la causa que le había movido a prohibir aquella legumbre, unos decían que había querido persuadir la honestidad por la haba, figura de lo las-

civo; otros, que había persuadido la rectitud en votar, porque se votaba antiguamente por habas. Lo que yo más ponderé fue cuán fácilmente los que más se precian de entendidos y sabios se atajan y corren por cualquier cosa, como gente soberbia, y cuán ligeramente temen perder aquella opinión que los demás tienen dellos.

Al doblar una esquina, topamos a Scipión Africano y a Lelio maltratando a Terencio, queriéndole quitar los zuecos con que glorioso se paseaba por aquella ciudad, acusándole que los había hurtado a ellos; y, pudiendo más la fuerza que la verdad, se los sacaron del pie; efectos del poder en los príncipes, que, no contentos con sus bienes internos, se arrogan los del ánimo, aunque sean ajenos, y se adornan con las plumas, con los trabajos y sabiduría de los pobres.

En una calle vi que por la una y otra parte corrían tiendas de barberos, y, admirado, pregunté a Marco Varrón la causa por que había tantos de aquel oficio en una República de hombres doctos que afectaban el dejar crecer las barbas y cabellos. Rióse mucho, y respondióme: «No son barberos, sino críticos, cierta especie de cirujanos que en esta República hacen profesión de perficionar o remendar los cuerpos de los autores. A unos pegan narices, a otros ponen cabelleras, a otros dientes, ojos, brazos y piernas postizas; y lo peor es que a muchos, con pretexto de que en tiempo que se escribían los libros a mano y faltaba la emprenta, se cometían muchos errores, les cortan los dedos, o las manos, diciendo que no son aquéllas sus naturales, y les ponen otras; con que todos salen desfigurados de la suyas. Este atrevimiento es tal, que aun se adelantan a adivinar los conceptos no imaginados, y, mudando las palabras, mudan los sentidos, y taracean los libros. No me pareció que tenía seguras mis narices en aquella calle, y saliendo della muy aprisa, dije a Polidoro que ya habíamos visto en la entrada de la ciudad, ocupada en otros oficios, esta misma gente. Respondióme con gracioso despecho: «Críticos hay para todo.»

12

Entraba por la misma calle Demócrito dando tan grandes risadas que me obligó a preguntalle la causa, admirado de tal desconcierto en un filósofo cuerdo; el cual, procurado componer aquella pasión alegre, me respondió: «Hay tantas cosas en esta República que mueven la risa al más saturnino, que solamente en un forastero tiene disculpa esa pregunta, a la cual satisfaré representándote las causas generales, porque no atribuyas a simpleza esta descompostura. Después que el deseo de saber me llevó peregrino entre los indios, persas, caldeos y etíopes, y he conocido la vanidad de las sciencias, los daños desta República, y cuán destruida la tienen sus ciudadanos, me ha parecido reírme de todo; porque oponerme a tantos y llorar el remedio ya imposible; sería un vano sentimiento, y, cuando éste fuera muy vivo, no pudiera contener la risa entre tantas cosas que la provocan. ¿Por ventura bastaría el celo a reprimilla, viendo la indiscreta estimación y bárbaro respeto con que veneran las naciones a esta República, no bebiendo otra verdad sino aquella que vierten los labios y distilan las plumas destos ciudadanos? Los cuales, en fe desta credulidad y en emulación del supremo Artífice, han fingido disformes creaciones de vivientes y monstruosos partos nunca imaginados de la Naturaleza, dando a creer que había en el mar tritones, focas y nereidas; en el aire, hipogri-

fos, pegasos, arpías y sfinges; en los montes, sátiros, Panes, Silenos, Silvanos, oréades y centauros; en las selvas, dríades y amadríades, y en las fuentes, napeas.

»Los ciudadanos desta República han sido los que persuadieron al mundo la idolatría, levantando aras, y adorando por dioses las esferas, los astros, los elementos y las demás criaturas racionales y irracionales, hasta las más rudas y insensibles; y para disculpa de sus vicios no dejaron mar, río, fuente, isla, monte, escollo, árbol ni lugar o cosa criada, en que con varias transformaciones no conservasen la torpe memoria de los robos, estupros y adulterios de los dioses; atreviéndose a disfamar aquellas puras luces del firmamento, formando dellas los brutos y las aves, cómplices en sus lascivias y bestiales ayuntamientos.

»¿Cómo queréis que no me ría viendo que destos ciudadanos reciben las gentes los documentos de la vida moral, el aprecio de la virtud y la composición del ánimo; y somos los que más rebeldes le creíamos, los más fáciles a la ira, más ciegos al amor, más entregados a la invidia, más inclinados a la cudicia, más expuestos a la ambición, más inconstantes, más vanos, más enamorados de nosotros mismos, más despreciado res de los demás, y más arrogantes y pertinaces?

»Yo no puedo contener la risa cuando veo la vanidad y vanagloria de algunos de los celebrados por doctos en esta República, los cuales, como presuntuosos pavones, pagados de sus estudios, se pasean por esas calles muy preciados de sabios y entendidos en las materias externas, sin saber nada de si mismos, más incultos sus ánimos que las selvas, y más bárbaros y intratables que las fieras. De estos tales burlo y me río, y solamente estimo a aquel que, aunque ignorante de las sciencias, sabe dominar sus afectos y pasiones, conociendo que ninguna cosa le puede hacer falta, que todas le sobran; cuya felicidad, si no compite, se parece mucho a la de Dios.

»No menos me río de la vanidad de los que piensan que hacen inmortal a quien dedican sus libros, como lo pensaba

Apión gramático, o con soberbia humildad los consagran a grandes príncipes, ajenos del conocimiento de las primeras letras, dando por motivo la necesidad de su protección contra los malévolos; como si pudiesen defender lo que no entienden, o como si, habiéndose hecho trato la emprenta, no se comprase con el libro la libertad de murmurar dél. Más cuerdos y menos lisonjeros eran los antiguos, que dedicaban sus libros, o a sus amigos, o a algún príncipe inteligente, a quien por razón del argumento se le debía la obra.

»Pues si consideramos las sciencias, que son el principal caudal desta República, ¡cuántas cosas vemos en ellas y en sus profesores que obligan más a risa que a compasión!

»Mira la vanidad de los gramáticos, que, soberbios con el conocimiento de la lengua latina, se atreven a discurrir en todas las sciencias y profesiones.

»Mira cuán pagada y enamorada está de sí la Retórica, que con sus afeites y colores, desmintiendo la verdad, siendo una especie de adulación y un arte de engañar y tiranizar los ánimos con una dulce violencia, tan embaidora, que parece lo que no es, y es lo que no parece. Esta es la lira de Orfeo, que llevaba tras sí los animales, y la de Anfión, que movía las piedras, siendo piedras y animales los hombres al encanto della. Por esto los espartanos no la admitían en su ciudad; Roma la expelió della dos veces; y los estoicos la echaban de su escuela, porque mueve los afectos y agrava las enfermedades del ánimo. A los oradores llama Sócrates públicos lisonjeros, y advierte el peligro de dalles oficio en la República, porque engañan la plebe, moviéndola con la dulzura de sus palabras a lo que ellos desean, y, fiados en esta fuerza y poder de sus labios, intentan sediciones, como lo mostró la experiencia en los Brutos, Casios, Gracos, Catones, Demóstenes y Cicerones.

»Hermana de la Retórica es la Poesía, que, soberbia, desprecia las demás sciencias, y presume vanamente la precedencia entre todas, porque a ella sola levantó teatros la anti-

güedad. No reconoce su nacimiento del trabajo, padre rústico y villano de las demás artes, sino del cielo. Está muy presumida porque los scitas, los cretenses y también los españoles escribieron en verso sus primeras leyes, y los godos sus hazañas. Pudiera, pues, deponer estos desvanecimientos, y conocer que es arte afectada y vana, opuesta a la verdad; que se sustenta con la imitación, siempre fingiendo y representando lo que no es; cuya lascivia, para disculpa suya hizo cómplices a los dioses en tantas liviandades, estupros y adulterios como inventó dellos; y es la que mantiene vivos los afectos amorosos, cebando con tiernos encarecimientos y blandos requiebros las llamas propias y ajenas; cuya lengua maldiciente se sustentaba royendo el honor ajeno. Notorio es lo que por ella padece la reina Dido, habiendo sido por su honestidad, recogimiento y castidad ejemplo de viudas. Por estos y otros vicios la desterraron muchas repúblicas, y la sabiduría la echó del lado de Boecio.

»No es menos dañosa al mundo la Historia, porque, como los hombres apetecen naturalmente la inmortalidad, y ésta se alcanza con la fama, o sea buena o mala, la cual no en las estatuas y bronces, sino en la Historia se eterniza, de aquí nace que, siendo en la naturaleza humana mayor la inclinación al vicio que a la virtud, hay muchos que, como Eróstrato, emprenden alguna insigne maldad, para que dellos se acuerden los historiadores; y, como también se hallan escritos en los anales los vicios y virtudes de los reyes y grandes príncipes, más fácilmente nos disponemos a excusar nuestra flaqueza con sus vicios, que a imitar sus virtudes.

»Lo que más me obliga a risa es la vanidad de los historiadores en arrogarse a sí la teórica y práctica de la política, fundada en sus discursos y sucesos, como si déstos se pudiese fiar la prudencia; porque, o con amor propio, o con lisonja o odio, o por vicio particular, o poco cuidado en averiguar la verdad, apenas hay historiador que sea fiel en sus narraciones, consultando más a la fama de su ingenio que a

la verdad, y más al ejemplo público que al hecho. Los griegos se preciaron de la invención, y no del suceso. Los latinos imitaron a aquéllos; y, si en alguno se hallan escritas las cosas como pasaron, no puede en sus relaciones fundarse la prudencia política sin gran peligro, porque es menester penetrar sus causas, y éstas, aunque las ponen los historiadores, son inciertas, imaginadas, o aprendidas de la común voz del vulgo ciego y ignorante; porque pocos o ninguno de los que escriben se hallaron presentes, y si estuvieron, no fue posible asistir a todo, ni fueron llamados a los consejos de los príncipes, para saber los motivos de sus acciones públicas y secretas, antes se gobernaron por sus relaciones, en que cada uno justifica y engrandece su causa; y muchas veces por los sucesos infieren los motivos, en que tiene mucha parte el amor o la pasión, y en que la villana naturaleza de algunos escritores, ayudada de la viveza del ingenio, interpreta siniestramente las acciones de los príncipes; y como están los vicios vecinos a las virtudes, les da esto mismo ocasión para llamar temerario al animoso, pródigo al liberal, flojo al prudente, y al cauto tímido.

»Otro peligro no menos grave corren los historiadores; porque con el interés lisonjean, y sin él satirizan; y así, Patérculo alaba a Seyano, a Livia y a Tiberio; y Cornelio Tácito pondera la ambición de Seyano, vitupera el adulterio de Livia y descubre las simulaciones de Tiberio, demasiadamente agudo y malicioso en interpretar sus palabras y dalles diverso sentido de lo que sonaban; peligrosa licencia en un historiador, y de quien ninguna acción puede estar segura. Jenofonte no escribe cómo fue Ciro, sino cómo debía ser. Tal especie de lisonjas dio fama a Hércules, Aquiles, Héctor, Teseo, Epaminondas, Lisandro, Temístocles, Jerjes, Darío, Alejandro, Pirro, Aníbal, Scipión, Pompeyo y César, famosos ladrones y tiranos del mundo.

»Mira, en la Filosofía natural, la dialéctica envuelta en sofisterías y calumnias de argumentos y palabras, confusa en

los mismos términos y voces que ha inventado para entenderse, tan divertida en ellos, que no levanta los ojos ni la consideración a penetrar los ocultos secretos de la Naturaleza, como hacía en sus principios, y habrás notado en aquellos primeros inventores desta sciencia.

»Y pues has pasado ya por las escuelas y sectas de los filósofos morales, no será menester alargarme en darte a conocer cómo disimulan con vanas apariencias de virtud sus vicios, siendo los epicúreos deliciosos, los peripatéticos avarientos, los platónicos y estoicos arrogantes y vanagloriosos.

»Allí conocerías el desconcierto de sus opiniones en constituir la felicidad del hombre; porque Epicuro y Arístipo la constituyeron en las delicias; Pitágoras y Sócrates, en la virtud; Teofrasto, en la fortaleza; Aristóteles, en la contemplación; Diodoro, en no sentir dolor; Periandro, en la gloria, honor y riquezas; Dinómaco y Calipso, en las delicias, juntas con la virtud. Considera, pues, si has oído más ingeniosos desvaríos. Entre ellos eché menos cómo alguno de los filósofos no puso la felicidad del hombre en no escribir, siendo éste uno de los mayores y más importunos trabajos de la vida humana. Platón solamente, con más clara luz que los demás, conoció que la felicidad no se podía hallar en las cosas terrenas, sino en la unión con el Sumo Bien, volviendo a incorporarse con sus ideas; porque mientras vive el hombre está expuesto a las miserias y desvalimientos de la Naturaleza; es un juego de fortuna, una sombra fugaz, un despojo cierto de la muerte; y este mundo que le dieron para su alojamiento es falso y inconstante, un campo de batalla, un teatro de nuestras tragedias; y así, ni en él ni en el hombre se puede hallar felicidad cumplida. En otro lugar y otro ser la hemos de buscar.»

13

Prosiguió el filósofo, y dijo volviéndose a Marco Varrón y a mí con rostro risueño: «Considerad también cuán desvanecida está la aritmética porque soñó Pitágoras que en sus números estaban incluidas todas las sciencias, habiendo nacido de un parto con el juego de los dados, sustentada después a los pechos de la avaricia, cuyos mágicos caracteres reducen a brevísimo espacio las riquezas del mundo y los pasos del sol.

»Notad qué arrogante está la Geometría porque sin ella no se podía entrar en la escuela de Platón, y porque con su asistencia los egipcios hicieron estatuas que articulaban la voz; Arquitas Tarentino, una paloma que volaba; Arquímedes, los orbes de vidrios, que con sus movimientos giraban como los celestes; y no se acuerda de su villano nacimiento, hija de las inundaciones del Nilo y hermana de aquellos animales imperfectos; si bien se puede alabar que entre las sciencias humanas son sus principios los más ciertos y constantes, en los cuales todos concuerdan sin la discordancia y diversidad de opiniones que hallamos en la astronomía, encontrados entre sí los árabes, egipcios y caldeos, así en el número de los cielos como en sus movimientos, orbes, diferentes ecuantes y epiciclos, presuponiéndolos cada uno según su modo de entender, sin saber si están así; porque, viéndose confusos los ingenios especulativos con la variedad de cur-

sos de los astros y movimientos de los cielos, tan opuestos y diversos los unos de los otros, que era imposible poderse hallar en un cuerpo solo, imaginaron un número de cielos, y en ellos tales orbes, ecuantes y epiciclos, que, salvando lo que parecía imposible a nuestro corto modo de entender, se quietase el discurso, midiese y regulase con certeza por tal fábrica imaginada sus movimientos; que es la más noble y provechosa mentira, y de quien más ciertos y verdaderos efectos nacen, que han inventado los hombres, pues sin errar un minuto se sabe por ella los eclipses y aspectos futuros, y los movimientos de las estrellas y planetas; si bien algunos no están ajustados, como el de Marte y otros nuevamente hallados por los antojos largos.

»Y si éstos están aún por averiguar, y es necesario el ajustamiento de todos para hacer juicio por ellos, ¿cómo la astrología se atreve a pronosticar los futuros sucesos, siendo efectos del movimiento y de la disposición del cielo y naturaleza de los astros, cuyo conocimiento, según la dirección de sus luces y rayos, no puede caer en la corta capacidad del ingenio humano; porque éste no es instrumento proporcionado y suficiente para penetrar desde la tierra lo que pasa en el cielo? Y, aunque se infieren y conocen por los efectos las causas, esto en el cielo es imposible; porque, siendo casi infinito el número de las estrellas, ¿quién alcanzará a saber si nacieron désta u de aquélla, principalmente que con la variedad de los aspectos y posiciones se van alternando los efectos? Y cuando se conocieran distintamente las virtudes y naturalezas de los astros, si éstos inclinan y no fuerzan, ¿cómo se puede hacer juicio por ellos que no sea temerario?; pues la libertad, la educación, la disciplina, la religión, las costumbres, el lugar, la obediencia, la prudencia y otros infinitos accidentes quitan o corrigen las inclinaciones. Ni es lo que propuso Orígenes y Alberto Magno, que las estrellas no son causas de los futuros contingentes, sino señales de lo que

ha de obrar el libre albedrío, escritas por Dios con letras de luz o con caracteres de estrellas en ese gran volumen de los cielos, cuyos diversos movimientos le van hojeando continuamente y dan a leer al mundo los futuros sucesos; porque, siendo casi infinitos los que pueden nacer del caso y del libre albedrío en tan gran número de años y en tantos vivientes, es imposible que se puedan señalar por astros, que conservan un perpetuo y uniforme movimiento.

»Pero, al fin, los que gastan la vida en esta sciencia se pueden disculpar con la divinidad a que aspiran de conocer los casos venideros. Mas ¿qué disculpa podrán dar los juristas, que siempre viven para otros, ocupados en pleitos y cuidados ajenos, entregados a una facultad donde la memoria es un elefante que sustenta castillos y aun montes, de textos y libros?: profesión que como vínculo se hereda de padres a hijos, en reportorios, donde se hallan, no se estudian, las materias, y en quien el ingenio olvidado de su generosa libertad, obedece a las palabras y mente del legislador, obligado a su defensa, como si siempre sus leyes estuviesen fundadas en los principios fijos de la Naturaleza; sin lo cual no sé cómo se puede llamar sciencia la Jurisprudencia, hija del entendimiento humano, ciego y mudable. Bien lo entendieron aquellos primeros legisladores que, conociendo que no eran más sus leyes que unos dictámenes humanos, les procuraron dar autoridad con el vulgo, persuadiéndole que eran inspiradas de alguna divinidad, como las de Osiris, de Mercurio; las de Charimundas, de Saturno; las de Solón, de Minerva; las de Minos, de Júpiter; las de Licurgo, de Apolo, y las de Numa Pompilio, de la ninfa Egeria; entre las cuales, si cargamos la consideración, hallaremos que muchas declinan de lo honesto y razonable y del dictamen de la Naturaleza, y que saben a la malicia humana, que las dictó. Tales son los hijos de la jurisprudencia, que es menester pagallos porque hablen y porque callen.

»Yo los tuviera por los más dañosos al mundo, si no hubiera médicos; porque, si los letrados nos consumen la hacienda, éstos la vida. Quien más lo experimenta son los príncipes, porque, conociendo los médicos cuán natural es en los hombres el apetito de vivir, y que de los enfermos y achacosos son más estimados, hacen razón de estado de enflaquecer la salud de los príncipes, para que estén sujetos a ellos y los regalen y enriquezcan. Por esto fue alabado por discreto aquel rey de Francia que, cuando estaba bueno, daba grandes salarios a sus médicos, y se los quitaba cuando caía enfermo. Más libres de este peligro vivieron los egipcios, los babilonios y los árcades, porque no quisieron conocer esta sciencia o este arte militar, introducido sin duda en las guerras civiles, haciéndose entonces la guerra con ellas como hoy con el acero y el fuego. No ignoró Grecia este instrumento, pues para deshacer los romanos les enviaba médicos; y advertida aquella República, los desterró della. Su incertidumbre se conoce en que, siendo las complisiones de los hombres tan varias y diferentes como los rostros, y tan ocultas que solamente cada uno puede conocer la suya con la experiencia, aun ésta no es firme, porque con el tiempo se van mudando por diversos accidentes. Siendo, pues, casi imposible este conocimiento a los médicos, sin él no se puede acertar la cura; y, cuando perfectamente le tuviesen, son tantas las enfermedades, y tantas las causas de donde proceden, que no hay podellas penetrar para aplicalles sus remedios; y aun penetradas, sería necesario otro conocimiento de las virtudes y efectos de las cosas, el cual con gran providencia nos negó la Naturaleza, para abrir más el trato, comunicación y correspondencia de unas naciones con otras, ocultando de tal suerte sus virtudes en piedras, plantas y animales, que ni en una cosa juntas, ni en un lugar se hallasen, sino en diferentes, para que la necesidad de buscar en la provincia ajena lo que faltaba en la propia las uniese en amistad y amor. Y aunque

la experiencia trabaja siempre en descubrir estos secretos, y ha alcanzado algunos, es peligrosa su aplicación, porque estos mismos que curan una parte, dañan, por propiedades ocultas, a las demás. Pero ¿para qué es menester más argumentos que advertir cuán pocas muertes naturales suceden, aunque habrían de ser casi todas, si la medicina fuera cierta, corrigiendo los cuatro humores, y manteniéndolos en tal igualdad, que se fuesen resolviendo poco a poco? Bien lo conoció quien dijo della que era el arte largo, la vida breve y falaz la experiencia; y así, son más peligrosos los médicos que las mismas enfermedades, porque contra éstas suele tener más fuerza la Naturaleza que contra sus pócimas y venenosas bebidas.

»Esta es la perfección de las sciencias, consideradas en el estado que las poseen muchos destos ciudadanos. Destas causas generales nace mi continua risa, aumentada muchas veces con casos particulares, como el que se ofreció ahora, que os obligó a preguntarme la causa della. Fue, pues, de ver un poeta, que, acabando de componer un epigrama, aun antes de haberse enjugado la tinta, partía furioso de su casa a mostralle a sus amigos, con tanta prisa como si le hubieran cortado las narices y las llevase a que se las pegase el barbero a sangre caliente.»

14

A este chiste, Marco Varrón y yo levantamos la risa; y Eráclito, que estaba a un lado, los ojos en tierra, vertiendo lágrimas, alzó con la voz la frente, y, desecando con el calor de la ira aquellas continuas nubes, dijo: «No es posible que pueda reírse en esta República si no es quien por falta de entendimiento no sabe conocer los daños della, ni pondera cuán escasa estuvo la Naturaleza con sus ciudadanos en el repartimiento de sus bienes; porque, si bien con nosotros mismos nacieron la lógica, la retórica, la poesía, la filosofía moral y otras sciencias, nacieron éstas entre tan ruda ignorancia, que para lucir algo es menester un continuo trabajo, en que consumimos los años; y no de otra suerte que como se hallan los diamantes, la plata y el oro en los minerales con tan rústicas cortezas de tierra, que si a fuerza del buril o del fuego no se limpian y labran, quedan inútiles sus ocultos quilates, así es menester con un largo curso de trabajo y fatigas limar nuestros entendimientos y descubrilles las sciencias que están en ellos. ¡Qué lágrimas, qué penas en nuestra niñez, qué peregrinaciones y desvelos no pasamos después en más madura edad! ¡Tanto leer, tanto escribir, tanto meditar, para una poca luz que venimos a dar al discurso!; y lo peor es que para ella fue menester que tuviésemos por maestros a los animales, con los cuales anduvo más cortés y

franca la Naturaleza. Ellos nos enseñaron gran parte de las artes y sciencias. De las abejas aprendimos la política; de las hormigas, la económica; aquéllas nos dieron ejemplo de la monarquía en el gobierno de uno; éstas, de la aristocracia, en reducille a pocos, y éstos los mejores. Las grullas nos mostraron la democracia, cuyo público cuidado se alterna entre todas. El milano enseñó el arte de navegar, los remos en sus alas y el timón en la cola; la codorniz, las velas; la araña, el tejer; la golondrina, el edificar; la cigüeña, el clister; el hipopótamo, la sangría; el elefante, la cirugía. En los animales hallamos executadas cuantas observaciones astronómicas nos dio el continuo desvelo de los hombres. El cinocéfalo señala con sus ladridos los días, las noches y las horas, como reloj animado, y nos da a conocer el equinocio. El ave virio se deja ver en el día del solsticio; los delfines, las ánades y los alciones nos pronostican los temporales.»

Cuando decía esto, nos obligó a retiramos a un zaguán el tropel de diversos animales, leones, tigres, lobos, raposos y otros, aun de los imperfectos nacidos de la putrificación de la tierra, los cuales iban siguiendo a un hombre notablemente monstruoso y feo, la cabeza aguda, la frente confusa, los ojos hundidos, las narices chatas, los labios eminentes, el color negro, alterado, con una giba atrás y otra adelante, traía una argolla al cuello y dos eses en las mejillas; y luego que le vio Eráclito, prosiguió su discurso diciendo: «Seguid a ese esclavo, llamado Isopo, y veréis que, induciendo a hablar a aquellos animales, enseña por medio de ellos a esta República la verdadera filosofía moral y política, siendo los maestros más seguros y verdaderos que tiene. Esto, pues, oh Demócrito, ¿es digno de risa, o de perpetuas lágrimas, en un filósofo atento al desvalimiento de nuestra humana naturaleza?».

Esta reprehensión, acompañada de un largo curso de lágrimas, no bastó a reprimir los motivos risueños de Demócrito.

Yo me reía de ambos, viendo que aquél reñía porque éste no lloraba, y éste se burlaba porque aquél no reía; si bien después me parecieron la una y la otra invidiosas pasiones contra las sciencias, siendo éstas unos atributos o partes principales de Dios, que sin alguna dellas dejaría de serio. ¿Qué es la poesía sino una llama suya, encendida en pocos; la retórica, una inspiración divina, que nos persuade la virtud; la historia, un espejo suyo de los tiempos pasados, presentes y futuros; la filosofía natural, un esfuerzo de su poder; la moral, una copia de su ser; la astronomía, un ejemplo de su grandeza; la aritmética, una comprehensión de su esencia; la geometría, un instrumento de su gobierno en número, peso y medida; la jurisprudencia, un ejercicio de su justicia, y la medicina, una atención de su benignidad? Pero ¿a qué no se atreve la invidia? El Sol es tan hermoso entre las criaturas, que pudo excusarse la idolatría de haberle adorado por Dios; y hay quien, sin tener ojos de águila, se ponga a averigualle sus rayos, y dice que entre sus luces hay escuridades y manchas.

Dejando, pues, en su tema a aquellos filósofos, doblé una esquina, y vi salir de su casa a Safo, las faldas en la mano, huyendo de la ira de su padre. Detúvele, y diome muchas quejas de su hija, que, divertida en hacer versos, había olvidado los oficios y ejercicios caseros de coser y hilar, que es la sciencia más digna y propia de las mujeres, a quien deben aplicar toda su atención y gloria, y no a los estudios, que distraen sus ánimos, y vanamente presuntuosas de lo que saben, procuran las conferencias y disputas con los hombres, olvidas de su natural recogimiento y decoro, con evidente peligro de su honestidad. Harta lástima tuve al viejo padre, a quien el estudioso divertimiento de la hija y sus liviandades, bien conocidas en aquella ciudad, daban mala vejez; y dejándole sosegado con algunas aparentes razones de disculpa, entré en una plaza, donde vi aquellas célebres hosterías de Plantino, de la Flor de Lis, del Grifo, de la Salamandra y

otras, donde era notable la abundancia de todos manjares. Allí había *Eneidas* estofadas, cocidas, empanadas y en jigote; *Fastos* y *Metamorfoseos* asados, en tortilla, fritos y pasados por agua, y otras mil diferencias de guisados, a tan buen precio, que pienso eran causa de los achaques de los ciudadanos, de sus indigestiones y dolores de cabeza, siempre flacos y macilentos, por no saberse abstener en aquella estudiosa gula. De cuanto vi allí, nada me llevó más los ojos que unos menudillos de poetas, unas pepitorias de las Repúblicas, que con buen adorno estaban en la hostería de Plantino, donde hubiéramos entrado si Marco Varrón no lo dilatara para después de vistas las chancillerías, donde se administraba justicia, que estaban en frente de la plaza.

Fuimos luego a ellas, y vimos que a las puertas daban la cuerda a muchos perjuros, habiendo afirmado, con juramentos, algunas cosas, sin sciencia ni noticia de ellas, en fe y palabra de sus maestros. La misma pena daban a un gran número de ultramontanos, por amancebados con la lengua griega.

15

Entrando, pues, por una gran sala, de quien dos gramáticas eran porteros, descubrimos sobre unas gradas altas asentados los tres jueces que celebró la antigüedad: Minos, Radamanto y Eaco. Diose principio a la audiencia, y entró a defender algunas causas un viejo muy cano, arrimado a un báculo, trémulas las manos y cabeza, que al juicio de los ojos tendría ya más de noventa años. Extrañé mucho que tanta edad no reservase a la tranquilidad y reposo aquellos últimos y decrépitos alientos; y preguntándole a Varrón quién era, me dijo: «Este es aquel Turanio, diligentísimo procurador de causas, conocido de Séneca, tan hecho ya al estrépito inquieto de los tribunales, que, habiéndole jubilado Cayo César, se retiró a su casa, y puesto como agonizante en la cama, mandó a sus criados que le llorasen como a muerto, y su familia lloraba el ocio de su viejo señor; y, si no le hubieran restituido el oficio, ya estuviera enterrado. Tal es la condición de los hombres que quieren más vivir para otros que para sí mismos, sin llegar a conocer la felicidad del sosiego del ánimo».

Yo deseaba oílle, pero lo impidió un tropel de esbirros, que traía a Julio César Escalígero con una mordaza en la boca y esposas en las manos; y tras él entraron Ovidio, Plauto, Terencio, Propercio, Tibulo, Claudiano, Estacio, Silio Itálico, Lucano, Horacio, Persio, Juvenal y Marcial, casi todos estro-

peados y acuchillados por las caras; quién sin narices, quién sin ojos; unos con dientes y cabelleras postizas, y otros con brazos y piernas de palo, tan desfigurados, que ellos mismos se desconocían.

Habiéndose, pues, sosegado la sala, Ovidio, en nombre de todos, como más facundo y que en sus primeros años había estudiado la retórica y jurisprudencia, se querelló así de Escalígero: «En este caso, oh jueces integérrimos, excusada es la fuerza de la retórica para captar la benevolencia con el exordio, disponer la atención con la proposición, informar el entendimiento con la narrativa, convencelle con la confirmación, y, epilogándolo todo, dejar encendidos vuestros ánimos y persuadidos al castigo; porque, estando presente a vuestros ojos el delito, sangrienta la mano atrevida que le cometió, y vertiendo sangre las heridas, se ofendería la verdad del hecho con las artes retóricas, y vuestra prontitud en castigar delitos estaría impaciente en una larga narrativa. Informen por nosotros nuestros rostros desfigurados, nuestros cuerpos estropeados; las ofensas son éstas, ése es el delincuente; defienda nuestra inocencia, y sea testigo de nuestro proceder esta República, donde más de mil años hemos vivido quietos y pacíficos, estimados y honrados de todos. ¿En qué pudo pecar Plauto y Terencio para que los tratasen así?; pues han sido siempre el entretenimiento y donaire del pueblo, el uno gracioso y bien hablado, y el otro grave y remirado. ¿En qué Propercio y Tibulo, ambos blandos, suaves y amorosos? Pues Silio Itálico es tan humilde, que aun no se atreve a levantar los ojos, siempre por tierra, procurando hallar en los demás la gracia que le falta. Ausonio es algo duro en su trato, pero su ingenio es tan grande, que se le puede disimular esta falta. Claudiano trata de su gala, y, aunque es corto su caudal, le hace lucir con su gran ingenio. Si Estacio es presuntuoso y Lucano soberbio y altanero, son éstos vicios propios de la vanagloria y furor del

ingenio, y no en daño de tercero. Horacio es grave y remirado, pero no con desprecio de los demás, sino con estimación de su talento, y si moteja, es con urbanidad, esforzándose a obligar a la risa. Yo confieso que Juvenal es satírico, pero es hombre de bien y lo hace con celo de que se enmiende esta República, notando en general los vicios, sin que jamás se haya acordado dél en sus sátiras; y menos Persio, el cual es tan escuro, confuso y intrincado, que, cuando le hubiera ofendido, pudiera no darse por entendido, pues nadie entendería si lo que dijo es por él o por otro. Solamente Marcial, con su condición terrible y con sus sales y graciosos equívocos, pudiera habelle dado ocasión; pero jura que no le ha visto la cara, ni supo jamás dél. Pues de mí digo, sin jactancia ni amor propio, que siempre he sido tenido por humilde y blando de condición, y, aunque soy fácil para cualquier cosa, no he executado esta facilidad en daño ajeno, y, si bien he tenido algunas liviandades, como mozo, en materias amorosas, ya por ellas he sido desterrado, y nadie por un mismo delito debe ser dos veces castigado. Y cuando todos hubiésemos delinquido, no era él juez competente: a vosotros solamente tocaba el conocimiento. Mas ¿qué mucho que contra nosotros, profanos, se haya atrevido este insolente, si también ha puesto las manos en los autores píos y religiosos, como Sanázaro, Beda, Pontano, Fracastorio y otros? Volved, pues, oh jueces integérrimos, por nuestras honras, por la quietud desta República, escandalizada con las insolencias y atrevimientos deste ciudadano, de cuya lima, que es una daga buida, ninguno de vosotros está seguro.»

Apenas Ovidio acabó su querella, cuando Escalígero, quitándose la mordaza, respondió en su descargo con tanta soberbia y menosprecio de aquellos poetas venerados de la antigüedad, que, irritados de verse afrentar en lugar tan publico, sin acordarse del respeto que se debía a los jueces, arremetieron a él; y, arrastrándole por la sala, fueron jueces

y executores de la sentencia que pudieran esperar de aquel tribunal; atrevimiento que les saliera muy caro si no se divirtieran los jueces a otra cosa de más consideración; y fue un tropel del pueblo, que entró lamentándose de que madamas las Sciencias faltaban de su palacio, y que en él solamente se hallaban algunas señas y rastros de lo que habían sido. Levantaban los ciudadanos los ojos y las voces al cielo, y acrecentaban el dolor y lágrimas mostrándose unos a otros algunos vestidos de aquellas perdidas damas. Quién mostraba un baquerillo de primavera de la Retórica, quién un tocado de cintas de resplandor de la Poesía, quién un antifaz de la Jurisprudencia y quién un espejo de la Filosofía.

Turbáronse mucho los jueces con aquellas nuevas, y, casi sin sentido por tan gran pérdida, salieron de la sala a informarse del caso y procurar el remedio.

Quedáronse los poetas executando en Escalígero sus iras; y movido yo a piedad de aquel ingenio, luz de las buenas letras, los quise apaciguar con cortesía; pero anduvo tan villano Claudiano, y el sueño era tan vivo, que me enojé mucho, y levantando el brazo (como si estuviera despierto), me arrojé a dalle una puñada en el rostro, y dando en un brazo de la cama, desperté de muchos errores en que antes vivía dormido, conociendo las vanas fatigas de los hombres, sus desvelos y sudores en los estudios, y que no es el sabio el que más se aventaja en las artes y sciencias, sino aquel que tiene verdaderas opiniones de las cosas, y, despreciando las del vulgo, ligeras y vanas, solamente estima por verdaderos aquellos bienes que dependen de nuestra potestad, no de la voluntad ajena; a cuyo ánimo siempre constante y opuesto a las aprehensiones del amor o temor, alguna fuerza mueve y ninguna impele o perturba.

LAUS DEO

APÉNDICE

Texto primitivo de la *República literaria*

LECTOR

Por ser tú tan piadoso hay tantos que escriben seguros de que te desvelarás en sus escritos, los cuales, o no fueran tantos, o fueran menos prolijos si te mostraras áspero y cruel; pero como te conocen blando, se atreve Pontano a llamar a escote los comentadores de Virgilio, donde no eres tú el que menos contribuye; y Zurita se dilata como si hubieras nacido sólo para sus *Anales* y para los sucesos de un reino, de lo cual resulta un grave daño a la república literal: que los ingenios mueren de opilados; y así, los romanos, como carecían de esta abundancia y estudiaban en pocos libros, se aventajaron mucho en las artes, y los griegos más, porque estudiaron menos; procura, pues, excusar esta demasía de nuestros tiempos, de que se atribuye a ti la causa, y mira más por tu salud, ya con el continuo trabajo de lecturas tan consumida, que la piedad me obliga a convidarte a un sueño, el menos pesado que pudiere; duérmele, que quizá despertarás de muchas cosas, y si la fantasía te representare confuso el orden de los tiempos, advierte que aun velando ofrece despropósitos al más cuerdo; sosiega.

Habiendo una mañana discurrido entre mí del número grande de los libros, y de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta, de que se ha00 hecho trato y mercancía, estudiando los hombres para escribir y escribiendo para granjear, me venció el sueño, y luego el sentido interior corrió el velo

y descubrió las imágenes de aquellas cosas en que despierto discurría; halléme delante de un hermoso templo que en la quietud de un bosque se levantaba entre laureles, con maravillosa arquitectura, en cuyo frontispicio, por el espacio del friso estaba escrito con letras de oro sobre una pizarra negra: *Nemesi et appollini saccrum.* A la puerta se descargaban infinitas acémilas de libros que de todo el mundo se enviaban a ofrecer a aquel templo; recibían esta ofrenda muchos sacerdotes ancianos, los cuales con riguroso examen solamente admitían los libros que con propia invención y arte estaban perfectamente acabados y que tenían verdaderos padres, y a los demás arrojaban en unas simas profundas y obscuras: acerquéme a un sacerdote y vi que recibía los de Jurisprudencia, y que enfadado y aun oprimido con tantos cajones los sepultaba sin abrirlos en aquel abismo, exclamando: «¡Oh, Júpiter!; si cuidas de estas cosas interiores, ¿por qué no das al mundo, de cien en cien años, un emperador Justiniano, o derramas bandas de godos que remedien esta inundación?»; al fin, por la obligación de su oficio abrió un cajón y halló en él las obras de Duareno, Fabro, Alciato y Cujacio, las cuales envió a examinar al sacerdote revisor de Gramática, a quien también remitió las de Tiraquello, y que de allí estas últimas pasasen al de Medicina, con lo cual quiso sin duda castigar la vanidad y ambición de fama que estos varones doctos tuvieron, sirviéndose por ostentación de sus buenas lecturas y ciencias más de aquello que era necesario para el ornato y inteligencia de la Jurisprudencia.

Fui discurriendo por aquellos sacerdotes y vi muy afligido a uno con los libros de humanidad, viéndose cercado de tantos comentarios, cuestiones, anotaciones, escolios, observaciones, castigaciones, centurias, misceláneas, paradojas, colectáneas y lucubraciones, todos en orden a la Gramática, que siendo una la han dividido en tantas como hay gramáticos; y que de cuando en cuando entre aquellas agonías soltaba la risa, viendo algunos libros que escritos en latín

traían el título en griego, los cuales sin más averiguación condenaba a las simas, juzgando el poco juicio y vanidad de sus autores, que por aquellos nombres pensaban ser tenidos por naturales de Atenas y por doctas sus obras, como los padres que llaman a sus hijos Carlos o Felipos, creyendo que en el zumbido y ostentación de estos nombres va también incluido el valor y la nobleza.

Los sacerdotes que asistían a los libros de Historia y Poesía a dos manos los lanzaban en aquel obscuro olvido; a los unos por lisonjeros y a los otros por vanos y incultos; dolía me tanto de ver habían trabajado tanto año tantos ingenios, que de lástima volví el rostro a aquel riguroso examen, y yendo a entrar en el templo me recibió un sacerdote con mucha cortesía, mostrándome las más señaladas cosas de él: enfrente estaba de oro la estatua de Apolo y nueve de las musas con varios instrumentos de música en las manos; por las paredes vi algunos libros ofrecidos, aunque no tantos como pensé, y encima de cada uno el retrato de su autor; llevóme a ellos mi natural inclinación, sin divertirme a otras cosas, y hallé la Jurisprudencia, las leyes regias de Rómulo y Numa y sucesores hasta Tarquino el Soberbio, recopiladas en un volumen por Sexto Papirio; más adelante estaban las leyes de Solón, abiertas en diez tablas de bronce, y las dos de los faliscos, y debajo de ellas las respuestas de los jurisconsultos, dirigidas y reducidas por Triboniano a 50 libros de las *Pandectas*, y autorizadas de Justiniano, pero sin glosas ni comentos; de lo cual, maravillado y aun ofendido por el agravio que se le hacía a Acursio, Bártulo, Baldo, Jasón, Alejandro, Paulo de Castro y otros, le pregunté al sacerdote que por qué aquellos grandes jurisconsultos no gozaban de la eternidad de aquel templo, siendo en el mundo la luz y guía del Derecho; respondióme que antes merecían pena que premio, pues con sus lecturas habían derramado tinieblas sobre las palabras de las leyes, poniéndolas en duda y opinión, con lo cual, haciéndose que sea arbitraria la justicia, más fácilmente la inclinaba

y vencía el favor y interés; y que era menos inconveniente para las repúblicas que alguna vez errasen los jueces en la distribución de la justicia, por no haber entendido por sí mismos la mente del jurisconsulto, que tener suspensos a los litigantes gastando sus vidas y haciendas mientras se busca la verdad por tantos volúmenes de Jurisprudencia como han salido, los cuales oprimen la capacidad de la naturaleza humana; parecióme harto cuerda la respuesta, y llevándome adelante la curiosidad, reparé en que no había algún libro de Astrología, ni Medicina, y maravillado también de que tan insignes varones como fueron Tolomeo, Fírmico, Hipócrates, Galeno, Avicena, Averroes y Cardano, no mereciesen por sus escritos estar en aquel templo; pregunté la causa al sacerdote, y díjome que si bien aquellos ingenios se habían adelantado y alcanzado con experiencia y agudeza alguna parte de la verdad, era tan pequeña y envuelta en tantos errores, que no merecían por ella aquel lugar, y que era casi imposible que el entendimiento humano tuviese entero conocimiento de aquellas ciencias, por tener sus principios ocultos y celados de la naturaleza. También noté que no había ningún libro de política del Perfecto capitán, del cortesano, de la memoria artificial y de escribir cartas, y cargando la consideración en inquirir la causa, juzgué que aquellos libros, por de poco o ningún fruto, eran excluidos de aquel templo, porque el gobierno, la prudencia militar y civil, la memoria y juicio en escribir, no se adquieren por reglas humanas, sino por lumbre y fuerza de la naturaleza, y que para la política eran dañosos los designios y reglas generales, porque el entendimiento se casa de suerte con las doctrinas estudiadas, que haciéndose temoso y porfiado en ellas, las ejecuta y practica ciegamente en los casos particulares, sin la moderación y prudencia que piden los accidentes, por los cuales se debe gobernar el ejercicio de los aforismos políticos. Pasé adelante y hallé los libros de Historia (aunque pocos), y deseoso de saber los que eran y la estimación y juicio que de sus autores se hacía en aquel templo,

se lo pregunté al sacerdote, el cual, con mucha cortesía, respondió a todo como quien sabía que la curiosidad de los forasteros, aunque sea prolija, tiene justa excusa y merece antes acogimiento que desdén, pues por el deseo de saber se desterraban de sus patrias y peregrinaban por las ajenas, expuestos a tantos peligros y trabajos; estos, me dijo, son griegos, y el primero de ellos es Tucídides, escritor grave y sentencioso; aquel es Polibio, prudente y judicioso y que enseña más que narra; el otro es Plutarco, más docto que agudo, el cual con estilo tendido y lleno enseña maravillosamente la virtud y prudencia; el último es Jenofonte, suave, verdadero, político y circunspecto; después de estos están los latinos, y el primero es Salustio, propio, grave, sentencioso, y en quien se hallan todas las virtudes de historiador; el segundo, Cornelio Tácito, ceñido, agudo, político y feliz en descubrir designios y costumbres de príncipes y de la corte; el tercero es Tito Livio, entendido, agradable y facundo en sus oraciones; el cuarto, Suetonio Tranquilo, prudente, verdadero, entendido en costumbres de griegos y romanos; el quinto es Curcio, fácil, sutil, claro y venusto en sus narraciones; después de la declinación del imperio, apenas hay quien merezca nombre de historiador si no es Felipe Camines, que aunque desnudo de ciencias, con su buen natural y juicio se igualó a los antiguos; es maravilloso en penetrar las causas de los sucesos y en dar consejos.

Maravillóme mucho que no estuviese allí ninguno de tantos como han escrito en nuestros tiempos, y habiéndole preguntado por algunos, me dijo así: «Guichardino, por el odio contra el duque de Urbino y por su prolijidad y poco nervio; y Paulo Jovio, por adulador al marqués del Vasto y a la casa de Médicis, y por frío y desgraciado en sus oraciones; y, finalmente, ambos, por la envidia y pasión contra españoles, olvidando o disminuyendo sus hazañas, o ponderando maliciosamente sus vicios, han sido excluidos de este templo, y también Bembo por afectado en las palabras y flojo en las na-

rraciones y porque atendiendo solamente a imitar el estilo de Cicerón se olvidó de las virtudes de historiador. Conestagio quizá hubiera sido admitido a este templo si en la segunda impresión, arrepentido de la libertad de historiador, no se hubiera rendido a la servidumbre de la lisonja; y de los historiadores españoles muchos hubieran merecido este lugar si la confusión y ruido de las armas no les hubiera divertido del estudio. Aquellos cuadernos son de don Diego de Mendoza, en que escribe la rebelión de Granada y muestra juicio y viveza, aunque con demasiada servidumbre a la imitación de Cornelio Tácito, usando de sus palabras y sentencias y aun de la brevedad de su estilo, por lo cual, y por haber escrito una guerra discontinua en diferentes lugares a un mismo tiempo y con variedad de sucesos, parece que se embaraza y ofusca en ella; y aquellos dos tomos son la *Historia general de España,* de Juan de Mariana, varón insigne y tan docto, que por ser gran talento tiene bien merecido el lugar de este templo, si bien por parte de la ciudad de Toledo se insta que le echen de él, porque no guardó el lenguaje castellano corriente, y aun se pide que sea castigado por ello, porque como otros merecen pena por teñirse las canas y pintarse mozos, él la merece porque siendo de nuestros tiempos quiere parecer de los de Peranzules». Agradecí al sacerdote la relación y pasé a ver los libros de Poesía, donde hallé a Homero y Virgilio, príncipes de la poesía épica; Eurípides y Séneca, trágicos; Plauto y Terencio, cómicos; Píndaro, Horacio y Catulo, líricos; Ovidio, Propercio y Tibulo, elegíacos; Juvenal y Persio, satíricos; Marcial, epigramista, y Teócrito, bucólico; algunos otros vi de los antiguos, y no muchos de los de nuestros tiempos, porque de los italianos solamente estaba Petrarca, que en el espíritu, pureza, dulzura y gracia era estimado por el primero de esta edad y igual a los de la antigua; y según me dijo el sacerdote, pretendían entrar en este templo Ludovico Ariosto, Torcuato Tasso y Fracastorio, aunque lo contradecía Aristóteles, porque Ariosto no había guardado la

verdad de la fábula en su poema épico, y el Tasso había escrito historia y Fracastorio ciencia; ambas materias ajenas de la poesía, por faltar en ellas la semejanza y imitación de lo falso a lo verdadero, aunque habían ya obtenido dos sentencias en favor y se aguardaba la tercera, en el cual pleito eran interesados Lucano, Silio Itálico, don Alonso de Ercilla, Camoes; los cuales eran excluidos de los historiadores porque mentían, y de los poetas porque no mentían; mucho más también aguardaban el fin de este pleito Empédocles, Lucrecio, Lisandro, Sereno, Manilio, Pontano en su Urania, y Hesiodo y Virgilio en sus Bucólicas, porque enseñando ciencias o artes con principios ciertos y verdaderos, no ejercitan la imitación, la cual es forma y ánima de la poesía, como también de la pintura; Sannazaro y Guarino, por sus pastorales estaban detenidos en Arcadia, el uno por diez y el otro por 50 años, para que en aquellas dehesas se hiciesen al estilo y trato de la tierra; y el Bembo era excluido porque queriendo mostrar ser poeta fue científico, y queriendo mostrarse científico, no fue poeta por levantarse sobre la común inteligencia sin alcanzar el fin de enseñar deleitando, fin propio de la poesía.

Quise saber qué poetas españoles había, y ejercitando la cortesía y nobleza del sacerdote (porque suele ser lisonja a quien se muestra oficioso), le supliqué me dijese los que había en aquel templo, y el grado que allí se daba a algunos ingenios que son admirables en España; respondióme, el rostro risueño: «La obligación de mi oficio es servir a los forasteros que vienen a este templo, y ésta se aumenta con tu encogido y discreto recato; los que en este templo han merecido lugar son Juan de Mena, doctísimo varón y que fue casi el primero que quitó el miedo a las musas para que entre el ruido de las armas levantasen la dulce armonía de sus instrumentos; después de Juan de Mena florecieron don Jorge Manrique; Marqués de Santillana; Garci-Sánchez, Costana, Cartagena y otros, los cuales declararon sus pensamientos con facilidad, pero sin cultura, ornato ni elegancia, porque

como fueron los primeros que se atrevieron a dar pasos por la poesía, se contentaron con haber hallado alguna senda y con explicar en coplas, como quiera que fuese, sus conceptos; tal era entonces el miedo que se tenía a la villana ley de los consonantes, hallada en medio de la ignorancia cuando con la declinación del imperio se perdieron las buenas letras; pero poco a poco, cesando en España la ocupación de las armas, y sucediendo la de las buenas letras, se animaron los ingenios y fueron puliendo sus obras; Ausias March escribió en lengua lemosina y se mostró ingeniosísimo en las teóricas y especulaciones de amor, y aún dio pensamientos a Petrarca para que con pluma más elegante los ilustrase e hiciese suyos; ya en tiempos más cultos escribió Garcilaso, y con la fuerza de su ingenio y natural y la comunicación de extranjeros, puso en un grado muy levantado la poesía; fue príncipe de la lírica, con dulzura, gravedad y maravillosa destreza y puridad de voces; descubrió los sentimientos del alma, y como estos son tan propios de las canciones y elegías, por eso en ellas se venció a sí mismo, declarando con elegancia los efectos y moviéndoles a lo que pretendió; y si en los sonetos alguna vez se descuidó, la culpa tienen los tiempos que alcanzó; en las églogas con mucho decoro usa de dicciones sencillas y elegantes y de palabras cándidas que saben al campo y a la rustiquez del aldea, pero no sin gracia y profunda ignorancia y vejez, porque tiempla su rusticidad con la pureza de voces propias al estilo, como lo hizo Virgilio, al contrario de Mantuano y Encina, desgraciados en sus églogas; en Portugal floreció Camoes, honor de aquel reino; fue blando, amoroso, conceptuoso y de gran ingenio en lo lírico y en lo épico, aunque su poema por rigor del arte está detenido; en él mostró espíritu y grandeza; en los mismos tiempos de Garcilaso escribió Boscán, y aunque extranjero en la lengua, quiso hallarse en la expulsión de la ignorancia de España; tuvo algunos descuidos en las voces, de que merece perdón por ser extranjero; sucedió después don Diego de

Mendoza, el cual fue vivo y maravilloso en los sentimientos y afectos del ánimo, pero flojo y inculto. Casi en aquellos tiempos floreció Cetina, afectuoso y tierno, pero sin vigor ni nervio; ya con más luz nació Luis de Barahona, varón docto y de levantado espíritu, pero sucedióle lo que a Ausonio, que no halló con quien consultar, y así dejó correr libremente su vena sin tiento ni arte; este mismo tiempo alcanzó Juan de Arjona y con mucha facilidad intentó la traducción de Estacio, encendiéndose en aquel espíritu; pero prevenido de la muerte, la dejó comenzada; en la cual muestra gran viveza y natural, siguiendo la ley de la traducción, sin abajarse a menudencias como Anguilara en la traducción o perífrasis de las *Metamorfosis* de Ovidio; y no es razón olvidarnos de don Alonso de Ercilla, que aunque por la ocupación de las armas no pudo acaudalar la erudición que para estos estudios se requiere, con todo eso en la Araucana mostró un gran natural y espíritu, con perspicuidad y facilidad; y Fernando Herrera alcanzó tiempos en muchas cosas incultos, pero con particulares observaciones, ayudadas del conocimiento de muchas lenguas y letras pulidas, y de un juicio claro y asentado, lo cultivó, dejando abierto camino por donde fácilmente llegasen los ingenios venideros a perfeccionarse; lo cual él no pudo alcanzar por faltar la vena y espíritu, y así es duro y escabroso, vicio ordinario en los hombres doctos, o porque menosprecian la facilidad, o por la escasez de naturaleza en repartir sus dones; estos son los aumentos que ha recibido en España la poesía, y de cada día se esperan mayores con las grandes esperanzas que dan los ingenios presentes, cuyas obras escritas con letras de oro están en aquellas tarjetas; solamente se puede temer que a los españoles, por falta de elección o por amor propio, ha de ser dañosa su misma abundancia y fecundidad, como lo es a los campos demasiadamente lozanos, que producen tantas hierbas entre las mieses, que ni de ellos se puede sacar el fruto que se esperaba, ni aplace a la vista aquella hermosura fértil, antes

ofende por haber sido dañosa y fuera de su lugar; veo que en España lleváis de vencida la ignorancia, y no os veo gozar de la ocasión y seguir el alcance; antes flojos y contentos con las primeras aclamaciones de la victoria, solamente tratáis de engalanaros con los despojos que quedan en el campo, de bandas, plumas y otras bizarrías soldadescas, sin acordaros de lo esencial». Noté estas palabras porque me parecieron dichas con madureza y celo de la enmienda, y saliendo del templo y de aquel bosque, descubrimos en medio de una florida vega una ciudad hermosa, la cual me dijo que era la República Literaria; apacentaba en ella los ojos con interna alegría, porque en la variedad de sus edificios, belleza de sitio y serenidad de cielo representaba un paraíso, aunque como me fui acercando, me desengañé, viendo que en muchas cosas era aparente y fingida; y entrando por ella me entristecí de ver a sus habitadores melancólicos, macilentos y desaliñados; allí eran nobles los aventajados en las ciencias, y los demás hacían número de plebe, aplicándose cada uno al oficio que más frisaba con su profesión. Los gramáticos eran fruteros y berceros que de unas tiendas a otras se provocaban y deshonraban sin vergüenza. Los críticos eran remendones, ropavejeros y zapateros de viejo. Al entrar por la puerta vi a Lambino echando unas suelas de frejenal al coturno de Virgilio, y unas correas a los zuecos de Terencio; y en una esquina Turnebo remendaba la toga de Cicerón, el cual le daba priesa porque se hacía hora de Senado; y lo que más me admiró fue ver a Cujacio, olvidado de su gravedad, sacando unas manchas de la garnacha de Papiniano. Los retóricos vendían la segunda esencia del romero y otras medicinas por las calles y plazas. Los historiadores eran casamenteros, por la noticia de linajes que se requiere para aquel oficio. Los poetas vendían jaulas de grillos, ramilletes de flores, melcochas, mantequillas, chochos, muñecas y títeres. Los médicos eran carniceros, enterradores de muertos y ejecutores de justicia; y porque aquella República, como tan discreta no admi-

tía boticas, se aplicaban los boticarios a forjar armas y fundir artillería, y en lugar de ellos Dioscórides vendía hierbas y otras drogas. Los astrólogos se ocupaban en la agricultura. Los perspectivos eran mercaderes, que sabían de tal suerte dar luz a sus tiendas, que hacían con hermosos visos de más estima sus mercadurías. Los demás matemáticos ejercitaban oficios mecánicos. Los filósofos eran jardineros, logreros y regatones. Los juristas lenceros y de otros oficios de vara, y algunos se aplicaban a sastres, que dan a cada uno lo que es suyo, habiéndose quedado con la mitad. En esta República, como en la de los egipcios y lacedemonios, se tenía por virtud el hurtar, y así los oficiales unos a otros se hacían grandes robos, enriqueciendo sus tiendas con ajenas mercancías; mas entre quien se aprovechaba más esta licencia eran los poetas, que como se entraban por las casas a vender, hurtaban de ellas las mejores alhajas. Yendo por una calle vi a Mecenas en una litera a hombros de seis libertos, que a su lado traía a Virgilio a pie, dándole quejas de Horacio porque olvidado de las honras y mercedes recibidas, había murmurado de él en nombre de Malquino, que traía la toga arrastrando; parecióme fea aquella ingratitud, aunque no culpé a Horacio (porque de un poeta liberto, ¿qué se podía esperar?), sino a Mecenas, que gastaba sus riquezas en la protección de tal gente. Apuleyo se paseaba a la sazón por la ciudad en un asno alazán, con harta risa y matraca del pueblo, que corriendo tras él, unos le silbaban, otros le llamaban cuatrero, porque era fama había hurtado el asno en que iba. En el zaguán de una casa estaba mucha gente, y llevándome a él la curiosidad, vi a Galeno haciendo anatomía de unos cuerpos humanos, y que entonces disecaba cabezas de príncipes, en las cuales mostraba a Besalio, Farnesio y Picolomino, que con atención le asistían, que faltaban las dos celdas de la estimativa, cuyo asiento es en la fantasía, y la de la memoria está en la última parte del celebro, y que aquellas dos potencias estaban reducidas y subordinadas a la voluntad, en quien se

hallaban incluidas. Parecióme novedad que la composición y órganos de los príncipes se diferenciasen tanto de los demás, y que era grande inconveniente que aquellas potencias tan necesarias faltasen o fuesen gobernadas de la voluntad ciega y desatentada; y queriendo preguntar la causa, lo impidió un alboroto que sucedió en la calle, y fue que pasando el emperador Licinio, que con mucha majestad y acompañamiento había entrado a ver la ciudad, Séneca y Epíteto, contumaces en su opinión (que los ignorantes son esclavos), le menospreciaron como a tal por lo que aborrecía las letras, y pasaron cerca de él sin hacerle cortesía, de lo cual, enfadado el emperador, había mandado dar de palos a aquellos filósofos descorteses, y ejecutándolo sus arqueros, los dos estoicos pedían al cielo venganza, levantando las manos y las quejas; harto deseé preguntarles entonces si hallaban en aquel dolor felicidad y gratitud, como lo enseña en sus *Paradojas,* y si aquellos palos los sintió la espalda y no el ánimo; pero viéndolos afligidos, los dejé, y entrando por una gran plaza vi a Jerónimo Rucheli en un corro de hombres eminentes en diferentes ciencias, que hablaban de ellas con más atrevimiento que noticia, cuando los demás callaban y por modestia padecían su verbosidad; en ésta y otras ocasiones noté que los doctos y más señalados de aquella República eran humildes, modestos y callados; y que al contrario, los ignorantes eran atrevidos, insolentes y locuaces. En otra parte de la plaza estaban los tres famosos saltabancos Tritemio, Raimundo Lulio y Gregorio Tolosano, tocando y danzando y haciendo juegos de manos, con lo cual, habiendo atraído gran número de gente, procuraban vender un secreto para aprender en poco tiempo todas las ciencias; pero ninguno hubo tan desvanecido que lo comprase. También Alejandro de Hales y su discípulo Escoto hacían tales pruebas en unas maromas, que admiraban a los más doctos; solamente a Erasmo le parecieron fáciles, y queriendo intentarlas, como si fuera lo mismo andar sobre cuerdas que sobre zuecos de gramática, cayó en

tierra con harta risa de los circunstantes y afrenta suya. A un lado de la plaza estaban Plutarco, Macrobio, Crisipo y Apolidoro, discurriendo que el mundo era un animal participante de razón, cuya cabeza era el cielo, los ojos las estrellas, el cuerpo el aire y los pies la tierra; salíme de la plaza riéndome del discurso de aquellos filósofos tenidos por cuerdos y parecióme que si el mundo fuera animal (como ellos decían) los escribanos serían sus uñas. Yendo, pues, con este pensamiento, encontré a Luciano, que llevaba a Plinio, Aldobrando y Gesnovo, filósofos naturales, para que oyesen el último canto de un cisne que estaba para expirar, cuya suavidad en aquel punto es tan celebrada; fuime tras ellos y junto a un estanque hallamos muriéndose a un asno rucio; solemnicé la burla, y más que Luciano volviese a engañarlos, persuadiéndoles que había sido transformación de los dioses para que ninguno presumiese que por ser cisne no podía morir como asno. Sobre una lonja estaban Cardano, Agripa y Porta, mágicos naturales, buscando cierta piedra en la cabeza de una abubilla, con la cual (según ellos certificaban), un criado diría a su señor, sin lisonja ni miedo de interés propio, lo que importase en su servicio; detúveme con deseo de comprar esta piedra, porque me pareció que en tenerla los criados consistía la felicidad de sus señores, la cual no alcanzan porque la verdad no se atreve a llegar a sus presencias; pero aunque la buscaron en muchas abubillas, no la pudieron hallar.

Más adelante encontré con la bondad de Diógenes, el cual, con un espejo de propio conocimiento donde se representaban al vivo los vicios y virtudes del que se miraba, iba por las calles convidando a los ciudadanos que se mirasen en él, pero ninguno hubo que se quisiese mirar, y mirándose conocerse, de lo cual me maravillé mucho por ser aquella República de hombres al parecer cuerdos y doctos, y con deseo de excusarlos cargué la consideración y me pareció si acaso, como Dios por particular favor había formado de tal suerte al hombre que no se pudiese ver el rostro, porque si le

tuviese hermoso no viviese desvanecido y enamorado de sí mismo, y si feo, no se aborreciese, así también le había hecho dificultoso el conocimiento de sus yerros propios y faltas, porque no viviese descontento con la flaqueza y defectos de su naturaleza.

Apenas hubo pasado Diógenes, cuando volviendo la cara vi salir de su casa a Arquímedes, tan divertido en sus máquinas que no se había acordado de calzarse una pierna y de quitarse un bonete colorado con que dormía así de noche, y viéndole los muchachos le dieron grita hasta que le obligaron a retirarse corrido y avergonzado a su casa. A la puerta de un barbero estaba Pitágoras persuadiendo a otros filósofos la transmigración de unas almas de unos cuerpos a otros, de donde infería los varios instintos y inclinaciones de los animales, según tenían las almas, y que así como las de los príncipes se entraban en cuerpos de elefantes, por eso aquellos animales sufrían cualquier carga por la vanidad de un título honroso; y que los jueces se convertían en perros, que muerden a los pobres y halagan a los ricos; los descorteses en alces, que no doblaban la rodilla; y los poetas en osos, que se sustentan de uñas; oía yo este discurso con gusto, pero un malicioso arrojó en el corro un puñado de habas, de lo cual, corrido Pitágoras como quien había prohibido aquella legumbre, se escondió en la barbería, dejando comenzado su discurso y a los demás solemnizando la burla. Pasé adelante y vi al rey Tolomeo (por tal allí tenido), con un compás en la mano, que mostraba claramente en un globo celeste a Juan Nonio Mago, Bilibaldo, Josefo Molicio, Gerardo Mercader y Magino, todos traductores y glosadores suyos, los testimonios que le habían levantado, y queriendo replicar Nonio Mago, se enojó Tolomeo, y como en los reyes están vecinas la ira y la ejecución, levantando el brazo le dio dos heridas con el compás, y atemorizados los demás huyeron la violencia de una majestad airada, y a mí me pareció que aun los inocentes no estaban seguros en su presencia, y así doblé una

esquina y a pocos pasos descubrí a Demócrito que venía por una calle dando grandes risadas que me obligó a preguntarle la causa, admirado de tal descompostura en un filósofo cuerdo, el cual, habiendo procurado componer y sosegar aquella pasión, alegre me respondió así: «Hay tantas cosas en esta República que mueven a risa aun a los más saturninos, que solamente en un forastero tiene disculpa esa pregunta, a la cual satisfaré brevemente representándole las causas generales, para que no atribuyas a simpleza esta risa. Después que he considerado cuán incurables son los daños de esta República, y que los ciudadanos de ella, cada uno por su parte la destruyen, me ha parecido reírme de todo, porque oponerme a tantos y llorar al remedio ya imposible, sería una indiscreta piedad que mal lograría mis días, y cuando en ella estuviera más fervoroso no sé si pudiera contener la risa, viendo tantas cosas que la despiertan. ¿Por ventura bastaría el celo de reprimirla cuando en ella estuviera más fervoroso, si quisiese corregir al humanista que vanamente gasta sus años empleando mal su ingenio en leer medallas, piedras antiguas, visitar ruinas y fragmentos de edificios, y en averiguar con la lección de varios manuscritos si Cadmo usaba escarpines, y si en los convites de Alejandro se sirvieron biznagas, y quién fue el primero que las usó?; pues ¿qué, si viese al otro ingenio consumirse con asistencia continua en hacer enigmas, laberintos, anagramas, traducir y glosar versos y componerlos de centones, en cuya ocupación es grande la fatiga y poco o ninguno el fruto y honor? Y no menos me provocarían a risa los que juntan flores y sentencias de varios autores y quieran ser estimados por aquel trabajo, mereciendo antes pena que premio, pues dan ocasión a los ociosos para no estudiar, y deslustran aquellas sentencias, las cuales fuera de su lugar son piedras sacadas de su edificio, o moneda de vellón que pierde el valor fuera de los reinos donde se acuña y pasa; pues como yo no puedo remediar tantos y tan grandes daños como padece esta República, he determinado reírme de todos antes

que llorando consumirme, y la verdad es que no sé si provocan más a risa que a lástima. Porque ¿quién no se reirá viendo a los que escriben (que no son pocos), buscar y granjear reyes y potentados a quien dedicar sus libros, para que defiendan sus errores, como si ellos pudieran defender aquello que no entienden, ni con su grandeza estorbar que cada uno en su casa no murmure del libro que le cuesta su dinero?; y ¿a qué hombre tan modesto no obligarán a reírse los mozalbetes de esta República, desnudos de ciencias y virtudes, llenos de presunción, que por cuatro versos de Homero y seis sentencias de Demóstenes se atreven a discurrir en todas materias?; y no menos algunos fantásticos, que solamente por tener grandes librerías y andar desaliñados, con barba ancha y grandes juanetes quieren ser estimados por doctos; y lo peor es que a sí mismos no se lo persuaden; pues entremos un poco por las ciencias, que son el fundamento de esta República, y verás cuantas cosas en ellas y en sus profesores hallas de risa; mira la vanidad y presunción de los gramáticos, que soberbios de lo que saben de géneros y pretéritos, se atreven a discurrir y aun a corregir las ciencias, criminar los libros y a sus autores, sin perdonar a ninguno, llamando a Platón confuso, a Aristóteles tenebroso, a Virgilio ladrón, y de poco ingenio a Cicerón; ocioso en sus digresiones, frío y flojo en las gracias a Lucilio, turbio a Plinio, acumulador de cosas sin luz ni orden a Aulo Gelio, derramado a Salustio, afectado a Terencio, ladrón de las comedias de Labeón y Escipión, y a Séneca cal sin arena; mira cuán pagada y enamorada está de sí la retórica aduladora, que es especie de tiranía, arte de cautivar los sentidos y de mentir, alcanzando con una dulce violencia lo que no puede la verdad, por lo cual justamente Platón la desterró de su República, y Roma dos veces a los oradores, y Sócrates dice que no deben tener en la República oficios eminentes, porque engañan y ciegan la plebe, moviéndola con la dulzura de sus palabras a lo que ellos pretenden; los cuales, fiados en esta potencia persuasiva, siempre son sediciosos,

como lo mostró la experiencia en los Brutos, Casios, Gracos, Catones, Demóstenes y Cicerones. Hermana de la Retórica es la Poesía, que desprecia todas las demás ciencias y vanamente presume que entre ellas se le debe la preeminencia porque a ella sola se levantan teatros, y no conoce que es arte pordiosera y especie de truhanería, desvanecida, inútil, afectada, deliciosa, cuyo blasón es mentir y hacer guerra a la verdad; ni se acuerda que fue desterrada de la República de Platón, y no admitida de Cicerón, y que quien la estudiaba (según dice Aulo Gelio y Catón) era tenido por malhechor, y en Roma se señalaron censores que corrigiesen su lengua maldiciente con que fácilmente quitó la honra a Dido, que fue buena mujer, y echó en los infiernos a Minos habiendo sido un rey justísimo, sólo por odio de que movió guerra a los atenienses. No es menos dañosa a la República la Historia, porque como los hombres apetecen la inmortalidad y esa se alcanza con la fama, o sea buena o mala, y una a otra se conserva y vive en la Historia, de aquí nace que siendo más fácil a la naturaleza humana el ejercicio del vicio que de la virtud, hay muchos que como Eróstrato emprenden alguna insigne maldad porque de ellos hagan memoria los historiadores; y también como en los anales hallamos escritos los vicios de reyes y potentados, aunque también se escribían sus virtudes, más cierto es que tomemos sus vicios para excusa de los nuestros, que sus virtudes para imitarlos; pero lo que más me mueve a risa es ver cuán injustamente se han arrogado a sí los historiadores la Política, pretendiendo que tan solamente en sus escritos se halla teórica y práctica, como si la prudencia se aumentase por saber los años que vive la Fénix, y cuantas naves fueron sobre Troya; y aunque de los sucesos de las cosas pasadas se pudiera adquirir la experiencia y con ella la prudencia, pero si por ellos nos gobernamos tropezaremos, asentando el pie sobre falso, porque o con amor propio, o con lisonja, o odio, o por vicio particular, o poca noticia, apenas hay historiador que en sus narraciones sea fiel. Vuelve los

ojos a los griegos, verás que hacen estudio de apartarse de la verdad; y lo mismo hallarás en los latinos, pues Flavio Vopisco se movió a escribir por parecerle que hallaria compañeros de sus mentiras en Tito Livio, Salustio, Tácito y Trogo; y cuando en algún autor se hallen los sucesos escritos fielmente, no ayudan a la prudencia, antes la pueden engañar, porque es necesario saber la causa de ellos, y esta, aunque la ponen los historiadores, es incierta, imaginada o aprendida de la común voz del vulgo ciego y ignorante, porque o pocos o ninguno de los historiadores se halló presente a lo que escribe, y cuando hayan estado, no pudieron asistir a todo, ni fueron llamados al consejo de los Príncipes para saber los escondidos motivos de sus acciones públicas y secretas, y así la procuran por sí mismos rastrear, y entonces su villana naturaleza, enemiga de los nobles, ayudada de la viveza del ingenio, las juzga maliciosamente, llamando temerario al animoso, pródigo al liberal, flojo al prudente, y al cauto temeroso; de suerte que los historiadores, con el interés lisonjean, y sin él satirizan; y así Patérculo alaba a Seyano, a Livia, a Tiberio; y Tácito vitupera la ambición de Seyano, el adulterio de Livia y la disimulación de Tiberio, dando más crédito a la sospecha y malicia de lo que (como él juzga), el pobre emperador encubría en su pecho, que a la compostura de sus palabras, que por lo menos siempre sonaron modestia; y Jenofonte no escribe lo que fue Ciro, sino cómo debía ser; de esta lisonja salió la fama que dieron los historiadores a Hércules, a Aquiles, Héctor, Teseo, Epaminondas, Lisandro, Temístocles, Jerjes, Darío, Alejandro, Pirro, Aníbal, Escipión, Pompeyo, César; los cuales fueron famosos ladrones del [mundo]; deja estas cosas de poca sustancia y pasa a las mayores, y verás la vanidad de ellas; mira la Filosofía natural, reducida a sofisterías de palabras, sin haber quien levante los ojos y la consideración a penetrar los secretos ocultos de la naturaleza. Y si entras por la Filosofa moral, apenas podrás contener la risa, viendo la confusión de sectas de filósofos

que hay en esta República, los cuales con falsas apariencias y ásperos exteriores se muestran perfectos y disimulan sus vicios, siendo los epicúreos deliciosos, los peripatéticos avarientos, los platónicos y estoicos arrogantes y vanagloriosos; pues si entras en sus escuelas hallarás tanta variedad de opiniones como de maestros en constituir la felicidad del hombre; porque Epicuro y Aristipo la constituyen en las delicias; Pitágoras, Sócrates y Aristóteles en la virtud, y Teofrasto en la fortaleza; los peripatéticos en la especulación; Diodoro en no sentir dolor; Periandro en la gloria, honor, potencia y riquezas; los platónicos en la unión con el sumo bien; Dienómaco y Calipso en las delicias juntas con la virtud; mira si has oído más ingeniosos desvaríos; pues no los hallarás menores en las Matemáticas si discurres por ellas; mira la Aritmética, que olvidada de que nació por las despensas y bancos de mercaderes, se ensoberbece y presume vanamente de sí, que en sus números están incluidas las ciencias; de que tuvo la culpa Pitágoras, que la desvaneció con estos sueños. Y la Geometría no está menos jactanciosa, porque con ella los egipcios hicieron estatuas que articularon la voz; Arquitas Tarentino una paloma que volaba; Arquímedes los orbes de vidrio que en sus movimientos seguían a los celestes, y no se acuerda de su villano nacimiento, pues con otros imperfectos animales nació de las inundaciones del Nilo, si bien se puede alabar que entre las ciencias humanas sus principios son más ciertos, y en que todos concuerdan, y no como los de la Astronomía, en que discrepan los árabes, egipcios y caldeos, así en el número de los cielos, como en sus movimientos, orbes diferentes, ecuantes y epíquides, fingiéndolos cada uno a su modo, sin más certeza de lo que allá pasa que sus mismas imaginaciones, porque viéndose confusos en la variedad de cursos de los astros, imaginaron un número de cielos, orbes y movimientos con que el ingenio se quietase, midiese y regulase el curso celeste, no porque con [la] ciencia alcance que hay tales cielos, sino porque no puede sin imaginarlos y

presuponerlos, comprender los movimientos de los astros; y esta ha sido la más noble mentira que se ha imaginado y de quien mayores y más verdaderos efectos se han seguido, pues sin errar en un minuto se saben por ella los eclipses y aspectos futuros y los movimientos de los planetas y estrellas, si bien algunos no están de todo punto ajustados, como el de Marte y otros que nuevamente se van descubriendo con los antojos largos, y estando estos por averiguar y siendo tan necesario el ajustamiento de todos para hacer juicio por ellos, ¿cómo la Astrología se atreve a pronosticar los futuros sucesos, si son efecto del movimiento y disposición de los cielos?, ¿quién hay que con esta verdad no se desengañe y ría de la temeridad de la Astrología, que se atreve a pronosticar al hombre por inevitable el discurso futuro de su vida, siendo imposible que el ingenio humano pueda conocer las virtudes de los astros, porque no tiene medio proporcionado y suficiente para ello?; solamente por los efectos se pudiera conocer, pero estos son pocos respecto al gran número de estrellas que hay, ni se puede alcanzar si nació de esta o aquellos principalmente, que era la variedad de aspectos de los planetas, así entre ellos como en las estrellas fijas se puede quitar o alterar, o por particular virtud de alguna estrella, y es imposible alcanzar la fuerza y naturaleza de cada una en particular, pues ni aun los ojos alcanzan el infinito número que hay de ellas, y cuando se conocieran perfectamente las virtudes de todas, si solamente inclinan y no fuerzan, ¿cómo se puede hacer juicio que no sea temerario, si la libertad, la educación, las costumbres, el lugar, la obediencia, la prudencia y otras muchas causas corrigen o quitan las inclinaciones?; lo que dice Orígenes y Alberto Magno, que las estrellas no son causas de los futuros contingentes, sino señales de lo que ha de obrar el libre albedrío, lo cual, Dios, como quien antevé todas las cosas, escribió en ese libro de los cielos, cuyas letras son las estrellas, por las cuales se lee lo que ha de suceder; porque tantos y tan varios sucesos del libre albedrío y otras cau-

sas es imposible que se puedan señalar por astros que se mueven con uniforme y necesario curso; pues si la Astrología es tan falaz, ¡oh, cuanto más lo serán sus hijos bastardos! La Fisonomía, cuando se sirve de la disposición del cielo para juzgar por la proporción y compostura de los miembros humanos los futuros contingentes. La Quiromancía, que pronostica por las rayas de la mano. La Geomancía, por los puntos. La Piromancía, por el fuego. La Hidromancía, por el agua; y otras muchas ciencias supersticiosas en que la mayor parte de esta República vive ocupada y a quien ciegamente cree, sin convencerse por los mismos pronósticos, de cuya falsedad ha sido burlada tantas veces. Pero al fin los que trabajan en esta ocupación pueden tener alguna especie de disculpa, pues procuran alcanzar la noticia de las cosas futuras que tanto tienen de divinidad; pero los jurisconsultos que velan en pleitos y trampas ajenas, ¿qué disculpa tienen? y ¿cómo dejaré de reírme viendo que pasan su vida en facultad donde la memoria es un elefante que sustenta sobre sus hombros castillos y aun montes de textos y libros, y el ingenio, olvidado de su generosa libertad, obedece a la voluntad y palabras del legislador, obligándose a defenderlas como si siempre estuviesen fundadas en los fijos principios de la naturaleza, sin los cuales no sé cómo se atreven a llamar ciencia la Jurisprudencia, hija del entendimiento humano, tan corto, ciego y mudable?; y así me río mucho de ver la sagacidad de los legisladores, que teniendo por flaca su autoridad, persuadieron al vulgo ignorante que las leyes que recibían de ellos eran inspiradas de los dioses: las de Osiris de Mercurio; las de Carondas de Saturno; las de Salón de Minerva; las de Minas de Júpiter; las de Licurgo de Apolo, y las de Numa Pompilio de la ninfa Egeria; muchas de las cuales si cargamos la consideración, hallaremos que declinan de lo honesto y razonable y del dictamen de la naturaleza, y que saben a la malicia humana que las dictó. Tenemos prueba de esta verdad en las respuestas de los jurisconsultos de que vamos

[hablando], en los 50 libros de las *Pandectas*, pues con ser sacadas de las Doce Tablas, donde estaban las que usó Grecia, la más docta provincia del mundo, y haber sido después autorizadas por leyes recibidas casi de todas las naciones, se aparta muchas veces de lo que decía la luz de la naturaleza, porque enseñar que es lícito a los contrayentes engañarse, repeler con fuerza, quebrar la fe a quien la quiebra, que no es fraude engañar a quien engaña, que una culpa se compensa con otra, que no deben gozar de la justicia ni fe los que no la merecen, que al que quiere no se hace injuria, que vale tanto la cosa en cuanto se puede vender, que es lícito mirar cada uno por sí, aunque sea en daño de otro, que uno, engañando a otra que también lo es, en ninguna cosa está obligado, y otras muchas proposiciones como estas, en que nos dan libertad y licencia de engañar, contra la misma razón que dice que ni por propios intereses, ni por ejemplo o malicia ajena debemos declinar de lo honesto. Pues madre que tal enseña, ¡qué tales hijos criará!, y más sustentados al pecho del mismo engaño y que viven entre trampas y enredos, donde los aprenden de los mismos litigantes que en sus propios intereses los estudian. No sé si en esta República haya gente más dañosa que los letrados, a quien pagamos porque hablen y porque callen, de suerte que hasta su mismo silencio es costoso de precio; sin duda que juzgara que son los más que arruinan esta República, si en ella no estuvieran médicos, porque si aquellos destruyen las haciendas, estos las haciendas y vidas, y los que más experimentan este daño son los príncipes, porque los médicos, por razón de estado, viendo que son estimados y queridos de los hombres enfermos y achacosos, porque la naturaleza apetece su conservación y ama los medios con que se sustenta, usan muchas medicinas con los príncipes, enflaqueciéndoles con ellas sus complexiones para tenerlos sujetos y gratos con la necesidad y deseo de salud, y poder fácilmente alcanzar de ellos grandes gajes y favores; y de esto y de las muertes que causan hallo que la ciencia de la Medi-

cina es un arte militar civil, que se ejercita no en la campaña, sino dentro de la ciudad, donde sin duda la introdujeron las guerras civiles, y que hoy, como con arcabuces nos hacemos guerra, así de la primera edad se la hacían con médicos cuando no había tantas especies de armas como ha inventado la soberbia de nuestra naturaleza, amiga de ser obedecida. Por eso, Roma, queriendo conservarse en paz y aumentar el número de sus ciudadanos, que es el nervio mayor de la República, desterró la Medicina como a enemiga de la conservación humana, y con no poca razón, porque siendo casi de todo punto ciega y falsa, se atreve con soberbia a hacer experiencia de sí en lo que tenemos de más estima.

»Carga un poco la consideración, verás que siendo las complexiones de los hombres tan varias y diferentes como los rostros, y tan dificultoso que otro las pueda conocer, sino es el mismo sujeto con larga experiencia de sí, cada uno solamente se puede curar, y aun esto es peligroso, porque como las complexiones con el tiempo por infinitas causas se van trocando, perdemos el conocimiento de ellas, y cuando le conservásemos y viésemos nuestro interior como por vidriera, son tantas las enfermedades a que están sujetos los cuerpos humanos, y tantos los accidentes de donde proceden, que es imposible penetrar sus causas, ni los remedios que se han de aplicar, por ser corta y limitada nuestra capacidad y haberlos ocultado la naturaleza en las aves, peces y animales, yerbas, piedras, y en todo lo criado, y de tal suerte que no se hallasen juntos en una región, sino en diferentes, porque con la necesidad de ellos se comunicase el mundo, y de esta comunicación naciesen vínculos de amor y amistad; y aunque la experiencia trabaja siempre en descubrir los secretos de la naturaleza, es peligrosa, porque para ello se aprovecha de los sentidos, los cuales fácilmente se engañan, y lo que hasta ahora ha descubierto es una parte muy pequeña, y en ella aunque hay algunos remedios que aprovechen a algún órgano del cuerpo, esos mismos por otras propiedades ocultas

dañan a los demás, y así con peligro de mayor daño se aplican. Mas ¿para qué te canso en probarte con argumentos la incertidumbre de la Medicina, si te convencerán fácilmente las muertes de todos los que has conocido?; pues ninguna hallarás que haya sido natural, sino todas violentas, de que es la causa lo poco que alcanza la Medicina, o los que la profesan; pues si se supiese perfectamente, habíamos de morir (si Dios no dispusiera otra cosa), no por accidentes, sino por resolución de los cuatro humores, corrigiéndolos de suerte que blandamente y con igualdad se fuesen consumiendo.

»Esta es la perfección de las ciencias, consideradas no como ellas son en sí mismas, porque son ciertas y perfectas, sino como las poseen los ciudadanos de esta República, y como están en ellos; siendo pues falaces y vanas ¿qué mucho que hoy me ría de la soberbia y vanagloria de los que las profesan, y la estima que hace de ellas el vulgo ignorante, que solamente tiene por sabios a los que en Filosofía, Medicina, y Matemáticas o Jurisprudencia se aventajan?; sin reparar en que por estas ciencias (si bien dan luz al entendimiento), no se llega a la verdadera sabiduría, y que sin ellas se alcanza, porque solamente es sabio el que conoce la verdad de las cosas y la falsedad de las opiniones del vulgo, y desestima los que él tiene por bienes: las riquezas, el honor, la gloria y la salud; los cuales recibe como ajenos y prestados, y por el tiempo que se le concede usa de ellos con igualdad del ánimo, y queda con la misma cuando la disposición o voluntad suprema se los quita, porque sabe que son ajenos y que solamente es señor de las obras propias que nacen de la razón y libre albedrío y no están sujetas a algún accidente, por lo cual en ellas solamente constituye la felicidad, que es un bien libre de mudanzas, y de tal suerte compone y fortalece el ánimo con la razón, que vive señor y no es esclavo de sus pasiones; a este tal solamente venero por sabio y casi igual a los dioses. E así, cuando encuentro en la calle algún filósofo o letrado, soberbio, vanaglorioso, enamorado de sí, despreciando a los

demás y enojándose fácilmente, me río de su ignorancia y me parece que encuentro con un animal, el más fiero que crían las selvas, porque en la ferocidad, inhumanidad y selvatiquez de su ánimo intratable, en nada difiere de ellos; de estas causas generales nace mi risa continua, que alguna vez se aumenta con motivos particulares, como el que ahora me obligó a soltarla más que otras veces y te dio ocasión de preguntarme la causa de ella; fue, pues, que había un poeta, el cual, habiendo hecho un epigrama, aun antes de enjugarle la tinta salía de su casa a mostrarle a sus amigos, con tanta priesa como si se fuese desangrando o le hubiesen cortado las narices y buscase barbero que a sangre caliente se las pegase.» A este chiste, Demócrito y yo levantamos tanto la risa que oyéndonos Heráclito, que estaba a un lado de la calle, los ojos en tierra, vertiendo lágrimas, levantó con la voz el rostro y serenando con el calor de la ira aquellas continuas nubes, dijo: «Que se ría un forastero no es mucho, pues no debe amor a esta República; pero en ti, Demócrito, que has nacido en ella y ves que por momentos se va acabando, es muy culpable esa risa, cuando el celo había de convertir en lágrimas tu corazón; ¿cómo, si eres hijo verdadero, no te mueve a dolor el miserable estado de tu madre, ya en el último trance de la vida? Vuelve los ojos, si puedes, sin lágrimas, y mira tu República turbada con el hurto de sus ciudadanos, los cuales robándose unos a otros no cuidan de buscar y desentrañar los mineros que en estos campos vecinos escondió naturaleza; ¿qué casa se fabrica que no sea con las columnas y piedras hurtadas de las del vecino?; de donde nace que ni las riquezas, ni los edificios de esta República se aumentan, antes van cada día en disminución. Vuelve los ojos y mira tantos ciudadanos virtuosos, y en premio de muchos trabajos y años de estudio duélete de los pobres que, persuadidos que al trabajo acompaña el premio, y a la virtud el honor, pretenden ser ricos y estimados por el estudio, siendo más breve y cierta granjería acomodarse a oficios mecánicos; mira las dos lenguas latina y

griega, de que usa esta República, ya tan desconocidas y acabadas que hay muy pocos Plautos que hablen bien la latina, y muchos Acursios que la destruyan con su barbaridad, y de la griega solamente se conocen los caracteres, para leer una etimología y trasladada en libros con que muchos quieren parecer griegos. Ya las ciencias están destruidas, porque de la Filosofía solamente se estudian algunas niñerías sofísticas con que se atormentan los ingenios y hacen tercos y obstinados por sustentar sus porfías con falsas agudezas y cavilaciones de palabra, y por términos fantásticos y ridículos, sin llegar a penetrar las causas de naturaleza, ni conocer la verdadera Filosofía moral, que forma y compone el ánimo dándole a conocer la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio, y desengañándole que no es feliz el rico, ni el que manda, aunque por tales los juzga el vulgo, sino el que es señor de sus pasiones y afectos, ya quien solamente alguna fuerza mueve, pero ninguna turba. Las Matemáticas son aborrecidas y menospreciadas de todos, y sus instrumentos sirven en las librerías, no al entendimiento, sino a la vista y ornato, como los gatos y leones de cartón sobre los escritorios y cajones. La Jurisprudencia ya no se estudia, sino se busca en repertorios donde la dejan en herencia y vínculo los padres a los hijos, y los que en Universidades la estudian gastan el trabajo y el tiempo, porque no entran en el Derecho por los rudimentos y principios, haciendo capaz al entendimiento y introduciéndole, antes a un mismo tiempo oyen los principiantes y los provectos las más grandes materias del Derecho, y los maestros no procuran aprovechar, sino admirar a los oyentes, haciendo ostentación de sus ingenios con número de alegaciones y buenas letras sin sustancia ni provecho de los discípulos; ¿quién hay ya que se aplique a la Retórica? ¿quién al Arte poética?; nadie, porque todos se contentan con sola la lumbre de naturaleza, y como hongos, en un día, sin industria humana nacen y se hinchan; de aquí viene que sus ingenios son selvas incultas que arrojan fecundos partos, pero sin

orden, produciendo a un tiempo y en un mismo lugar los mirtos y las zarzas, los cardos y las flores; las letras humanas han destruido las ciencias, porque habiendo de servirlas de gala y perfil, y algunas veces para inteligencia, han arrebatado a sí los ingenios y los han divertido de lo principal, y sucede lo que en la milicia, que habiéndose introducido la gala para el ornato de las armas y levantar y ensoberbecer los ánimos, ya con el demasiado uso los ablanda y afemina. Estas cosas son de reír, Demócrito, o de llorar hasta perder la vida y vista, por no ver un ciudadano tan destruida su patria». No por esta reprehensión, acompañada de un justo sentimiento y copia de lágrimas, se entristeció Demócrito, antes se reía más de las veras de Heráclito, donde era imposible el remedio; yo me reía de entrambos, viendo que aquel reñía porque éste no lloraba, y éste porque aquel no reía; y dejándolos en su tema, pasé adelante y parece que ya se había turbado la paz de aquella República, porque a pocos pasos vi a Sofía, desgreñada y llorando, que salía de su casa a la calle pidiendo favor de la furia de su padre, el cual con un garrote en la mano la venía siguiendo muy enojado; detúvele y diome muchas quejas de su hija, que divertida con la Poesía no cuidaba de los oficios de casa, ni sabía dar un punto, contentándose con saber hacer un epigrama elegante a los virotes de Cupido; harta lástima tuve al buen viejo que por la liviandad de su hija pasaba tan mala vejez, pero con algunos colores de disculpa le apacigüé, y dejando compuesta aquella pendencia pasé viendo la ciudad, donde vi aquellas celebradas hosterías de Plantino, de la Flor de Lis, del Grifo, de la Salamandra, y otras, donde era notable la abundancia de todos manjares; allí había *Eneidas* estofadas, cocidas, empanadas y enjigote; *Fastos* y *Metamorfoseos* asados, en tortilla, fritos y pasados por agua, y otras mil diferencias de guisados, a tan buen precio que pienso que por aquella estudiosa gula andaban amarillos y achacosos los ciudadanos de aquella República, con indigestiones y flaquezas de estómago, por debilitarlos con tanta abundancia; la

cual me llevó luego los ojos y el deseo, principalmente unos menudillos de poetas que vi en la hostería de Plantino, donde hubiera entrado si el sacerdote que me acompañaba no lo dilatara para después de vistas las chancillerías donde se administraba justicia y el buen gobierno de aquella República, a las cuales fuimos luego y en entrando en una sala, en cuya puerta eran porteros dos gramáticos, vi en unas gradas altas los cuatro políticos Aristóteles, Platón, Jenofonte y Tácito, jueces de aquella sala; dio principio a la audiencia el Gran Capitán, el cual habiéndose señoreado de sí y de la sala dijo:

«Nunca pensé que ciñendo ésta fuera necesario pedir satisfacción de agravios por justicia; pero de pendolarios, gente vil y afeminada no se puede tomar de otra suerte; los cómicos de Italia en sus comedias introducen un capitán español echando bravatas y que en la ocasión, acobardado, se deja apalear infamemente, con cuya afrenta y menosprecio quieran sacudir el miedo y borrar la estima que de su valor tiene el pueblo, y aunque esto es imposible, porque con sus hazañas avivan cada día la memoria y aumentan la fama hasta aquí ganada, con todo eso porque semejante desvergüenza no dé brío a otras mayores, os suplico pongáis luego el remedio que conviene, ejecutando la justicia que siempre han hallado en este tribunal los que la piden». Estuvieron los jueces dudando un poco y por no hacer el caso grave y de reputación, lo echaron en burla, y respondió Platón, sonriendo: «Sí, es verdad que en las comedias italianas apalean un español, pero quien recibe los palos es italiano, y en persona ajena no se puede hacer afrenta; principalmente que los bufones no agravian, y los italianos fueron criados de Júpiter para el entretenimiento del mundo; y así, estad seguro, Gran Capitán que ninguna nota reciben vuestros capitanes, y que cuidamos de su honor porque son la defensa de nuestra República». Satisfecho el Gran Capitán con esta respuesta, se salió de la sala y luego entró un contradictorio entre Mureto y Alciato, los cuales largamente porfiaron si en tiempo de

Príamo se usaron antojos; resolvieron los jueces que sí, porque Jenofonte mostró una medalla mucho más antigua que la fundación de Troya, en cuyo discurso se veía la justicia distributiva con antojos; yo me maravillé mucho, notando de la antigüedad del uso, como que aun siglos tan atrás y siendo la justicia tan niña fuese corta de vista; no se quietó con esta sentencia Mureto, antes esforzó la voz, prosiguiendo su porfía con tan poco respeto, que enojados los jueces los mandaron echar de las salas, desdén y afrenta bien merecida de Alciato, que olvidado de su gravedad se ponía a porfía con un gramático. Apenas se salieron de la sala cuando entraron Galeno y Bártulo, los cuales, habiendo reñido sobre la precedencia en acto público, venían a que se sentenciase a cual de los dos se debía; Galeno alegaba que la Medicina era ciencia más noble, pues de los tres bienes más principales: el alma, el cuerpo y fortuna, tenía por objeto el segundo. Bártulo probaba que era más excelente el objeto de la Jurisprudencia, que es la virtud de la justicia; al fin, oídas ambas partes, se votó, pero discordaron tanto los jueces que se dejó para otras audiencias la resolución; solamente dieron en la precedencia manutención a la Jurisprudencia, porque en los actos públicos, cuando se hace justicia, precede el ladrón al verdugo, yendo delante a caballo y el verdugo detrás a pie. Entró tras estos Garcilaso, maniatado y cercado de esbirros, a quien hicieron cargo de muchos hurtos cometidos en Toscana, de que testificaron de vista Sánchez y Herrera, y allí delante le convencieron que un gabán que usaba por casa era hurtado de Vigilio, el cual lo había hecho en Pusílico, y hubo testigo que juró que la capa que entonces traía, de luto por la muerte de don Bernardino de Toledo era de Frascastorio para la muerte de Marco Antonio de la Torre; hallóse confuso y avergonzado con estas acusaciones aquél noble mancebo, y aun yo me lastimaba de verlo, y con la misma lástima y pesar notaba a los jueces; solamente Platón se holgaba, o por odio antiguo contra poetas, o porque se conociesen los inconve-

nientes que nacían de no ser todo común en una República. Garcilaso en descargo de aquella acusación decía que injustamente llamaban hurtos a las que eran imitaciones, como las que se hallan de Menandro en Terencio, de Eurípides en Séneca y de Homero y Teócrito en Virgilio; con las cuales, siguiendo los ingenios las ideas de los más primeros, pulen y perfeccionan sus obras; principalmente que solamente se podían llamar ladrones los que despojan y quitan al señor lo que es suyo, y que así se le hacía agravio con tal nombre, pues si se mirasen los guardarropas de Virgilio y Fracastorio, se hallarían en ellos las cosas que a él le imputaban haber hurtado; a estos descargos añadía la ocasión de haberse hallado en Italia con extrema necesidad, sin poder acudir a los suyos, porque la padecían mayor Juan de Mena, don Jorge Manrique, Castillejo, Garci Sánchez y otros españoles, a quien hubiera representado su pobreza si pudiera prometerse algún socorro. Estuvieron los jueces atentos, y Aristóteles y Demóstenes daban por libre a Garcilaso; pero Platón y Tácito se oponían a esta sentencia, más con sutileza que con justicia; al fin se tomó entre los jueces este acuerdo: que atenta la necesidad de Garcilaso, que quedase con aquellos bienes ajenos de que ya con la posesión de tantos años y con propio trabajo había adquirido título, y que en pena de su atrevimiento y para escarmiento de muchos que largamente a título de imitar, hurtan, le acompañase el Múrtula donde quiera que fuese, desnudo, espíritu hombre en carne y güeso.

Entró luego Botero, y como agente de los políticos se querelló en su nombre de los cortesanos romanos, porque muchos sin experiencia, ciencia ni noticia de lo pasado ni presente querían gobernar el mundo, acusando las acciones de los príncipes, añadiendo y quitando las leyes políticas con tanto acuerdo establecidas y admitidas de los buenos juicios, y por largo espacio de tiempo confirmadas de la experiencia. Los jueces, sin oír descargos, porque estaban enterados de la verdad, los condenaron a perpetuo becoquí, corrimiento a las

muelas, cortejos, pleitos en Rota y quince años de Dataría sin sueldo.

Dos embajadores de las Indias Orientales y Occidentales pidieron que se remediasen los daños que en aquellas partes causaban los poetas, con las muchas sacas que hacían de oro, plata, ámbar, coral, perlas, piedras preciosas y otras riquezas de aquellos reinos, y gastaban vanamente en sonetos, romances y canciones con que estaban exhaustos y consumidos, y que así era necesario aplicar luego el remedio antes que se acabase el depósito que en aquella provincia había escondido la naturaleza, para tiempo de necesidad; pareció a los jueces grave el negocio y muy importante su buen expediente, y habiéndole consultado entre sí, determinaron que como las Repúblicas concertadas prohíben la caza en los tres meses del año, así también en marzo, abril y mayo se vedase la Poesía, porque descansase la tierra y pudiese producir sus riquezas y aumentarlas.

De Justo Lipsio se querelló Cicerón con una retórica oración, porque le había quitado a su mujer la lengua latina y la tenía en una torre encerrada, donde apenas veía luz, con gran deshonor suyo y escándalo de la República Literaria. Mandaron luego los jueces que se la restituyese, y condenaron a Lipsio a ensartar agujas de vainillas por diez años; esta sentencia me dejó vengado de la brevedad lacónica, tan afectada y prolija en los escritos de este autor.

Salióse Cicerón de la sala y entró una tropa de esbirros que traían a César Escalígero con una mordaza en la boca y esposas en las manos, y tras ellos entraron Ovidio, Plauto, Terencio, Propercio, Tibulo, Claudiano, Estacio, Silio, Lucano, Horacio, Persio, Juvenal y Marcial, todos estropeados y acuchillados por las caras: quién sin narices, quién sin ojos; unos con dientes y cabelleras postizas, y otros con brazos y piernas de palo, tan desfigurados, que ellos mismos se desconocían; habiéndose, pues, sosegado la sala, Ovidio, en nombre de todos, como más facundo y que en sus primeros años había es-

tudiado la Retórica y Jurisprudencia, se querelló así: «los daños que hemos recibido de este audaz y insolente ingenio los traemos señalados y escritos en nuestros cuerpos, y si nos desnudásemos se verían mayores; y es tanto más grave la malicia de este delito, cuanto nosotros nos hallamos más lejos de haber dado alguna ocasión, pues ni a él ni a otros hemos ofendido; testigo de esta verdad es toda la República literaria, en la cual, de mil y tantos años a esta parte habemos vivido quietos y pacíficos. ¿En qué pudo pecar Plauto y Terencio para que los tratase así, pues han sido siempre el entretenimiento y donaire del pueblo? ¿En qué Propercio y Tibulo, ambos blandos, suaves y amorosos? Pues Silio Itálico es tan humilde que a nadie ha dado ocasión de quejas, antes procura hallar en los demás la gracia que a él le falta; Claudiano solamente trata de su gala, y aunque Estacio es presuntuoso, y Lucano soberbio y altanero, es vicio propio de vanagloria y fervor de ingenio, y no en daño de tercero; si Horacio es grave y remirado, no es con desprecio de los demás, sino con estimación propia, y si moteja, es con urbanidad y por risa y pasatiempo; yo confieso que Juvenal es satírico, pero es hombre de bien y lo hace con celo de que se enmiende esta República; principalmente, que nunca se acordó en sus sátiras de este hombre, ni de cosas suyas; y menos Persio, el cual es tan obscuro, confuso y intrincado en sus sátiras que, cuando le hubiera ofendido en ellas, pudiera no darse por entendido, pues nadie alcanzaría lo que quiso decir, ni a quien quiso motejar; solamente Marcial, con su condición terrible, pudiera haberle dado ocasión, pero jura que ni le ha visto la cara, ni supo jamás de él; pues de mí digo sin jactancia ni amor propio, porque es bien sabido en esta República, que siempre he sido tenido por humilde y blando de condición, y aunque soy fácil para cualquier cosa, no he ejecutado esta facilidad en daño ajeno, y si bien he tenido algunas liviandades, como mozo, en materias amorosas, ya por ellas he sido desterrado, y nadie por un mismo delito ha de ser dos veces castigado; más ¿qué mucho que

contra nosotros, profanos, se haya atrevido este insolente, si también ha puesto las manos en los hombres píos y religiosos como Viva, Sannazaro y otros? Volved, pues, jueces integérrimos, por nuestras honras, por la quietud de esta República, escandalizada con las insolencias y atrevimientos de este ciudadano».

Apenas Ovidio acabó su querella, cuando Escalígero, quitándose la mordaza respondió en su descargo con tanta soberbia y menosprecio de aquellos poetas venerados de la antigüedad, que irritados de verse afrentar en lugar público, sin acordarse del respeto que se debía a los jueces, arremetieron a él y arrastrándole por la sala, fueron jueces y ejecutores de la sentencia que pudieron esperar de aquel tribunal; atrevimiento que les saliera muy caro si no se divirtieran los jueces a otra cosa de más consideración y fue un tropel del pueblo que entró lamentándose que madamas Ciencias faltaban de su palacio, y que en él tan solamente se hallaban algunas señas y rastros de lo que habían sido; levantaban los ciudadanos los ojos y las voces al cielo, y acrecentaban el dolor y lágrimas mostrándose unos a otros los vestidos de aquellas perdidas damas; quién mostraba un vaquerillo de primavera de la Retórica; quién un tocado de cintas de resplandor de la Poesía; quién un antifaz de la Jurisprudencia, y quién un espejo de la Filosofía; turbáronse mucho los jueces con aquellas nuevas, y casi sin sentido, por tan gran pérdida, se salieron de la sala a informarse del caso y procurar el remedio; quedáronse los poetas ejercitando en Escalígero sus iras y maltratábanlo tanto, que movido a piedad los quise apaciguar con cortesía, pero anduvo tan villano Estacio, y el sueño era tan vivo, que me enojé mucho, y levantando el brazo como si estuviera despierto, me arrojé a darle una puñada en el rostro, y dando en un brazo de la cama, desperté bien lastimado y dudoso si había sido verdad o sueño lo pasado.